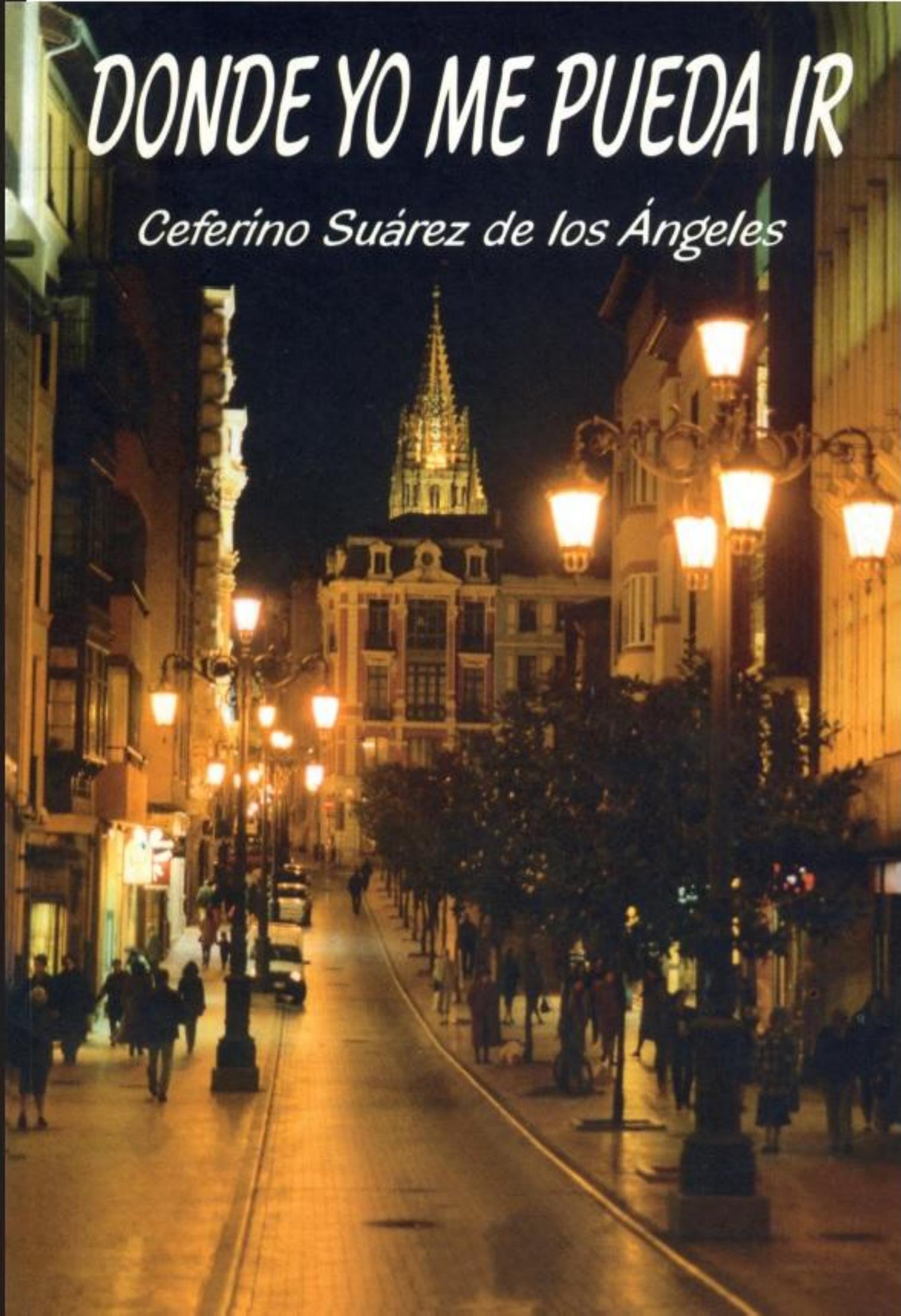


# *DONDE YO ME PUEDA IR*

*Ceferino Suárez de los Ángeles*

Ceferino Suárez de los Ángeles

DONDE YO ME PUEDA IR







CEFERINO SUÁREZ DE LOS ANGELES

**DONDE YO ME PUEDA IR**

NOVELA

Diseño portada: Celso Díaz  
Foto Portada: Herminio Sánchez  
(Calle San Francisco. Oviedo)

© Edita: EDICIONES AZUCEL  
Avda. Fernández Balsera, 28  
3340 AVILÉS/ ASTURIAS/ ESPAÑA  
Telf.-Fax: 985 56 31 45  
e-mail: azucel@mrbit.es

Fotocomposición e Impresión: Imprenta Narcea S.L.  
Depósito Legal: AS 2391/98  
I.S.B.N.: 84-86546-58-3

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión de cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación y otros métodos, sin el permiso previo por escrito de sus editores.

*Que de espejo nos sirva  
El prójimo, y nuestra propia imagen  
Observemos en él, más no la suya,  
Ocurre a veces. Quien interroga a otros  
Por un desconocido, debe contentarse  
Con lo que halla, aun cuando sea huella  
Ajena superpuesta a la que busca.*

**Luis Cernuda**

*Huye, Adso, de los profetas y de los que  
están dispuestos a morir por la verdad...  
Quizá la tarea del que ama a los hombres  
consiste en lograr que éstos  
se rían de la verdad, lograr que  
la verdad ría.*

*Fray Guillermo, El nombre de la rosa,*

**Umberto Eco**

*En esta novela todo es imaginación y fantasía.*

*Espero que los excluidos perdonen  
mi superficialidad a la hora de enredarme  
con sus sueños. Saben muy bien lo fácil  
que es el error en la inexplicable realidad  
tan necesitada de voz y de palabra.*

**El autor**



*Para Falín,  
porque aún acuna mis sueños.  
Para Charo y Carlo,  
feliz con su regreso.*



# INDICE

|                                                     |     |
|-----------------------------------------------------|-----|
| 1.-LA ARMONÍA TOCA A QUE UNO ROMPA LA SOMBRA . . .  | 11  |
| 2.-NI MÁS NI MENOS QUE NADIE . . . . .              | 19  |
| 3.-HAY QUE MIRAR Y VER . . . . .                    | 33  |
| 4.-EL AMIGO SIEMPRE ACUDE LUEGO A LA HERIDA . . . . | 63  |
| 5.-NOCHE INTERNA LIMITADA E IMPOTENTE . . . . .     | 73  |
| 6.-INESPERADO REMOLINO ENCENDIDO . . . . .          | 115 |
| 7.-CUANDO ABRIÓ LOS OJOS . . . . .                  | 155 |
| 8.-COMO SI A VER UN ESPANTO ME LLAMARA . . . . .    | 161 |
| 9.-LAS COSAS QUE SOSTIENE MI VIDA . . . . .         | 169 |



## 1.- LA ARMONIA TOCA A QUE UNO ROMPA LA SOMBRA

Durante estos días de verano - los primeros del mes de agosto - es sin duda la primera vez en años que disfruta de una tranquilidad, sin peso alguno asomada por todos los rincones de la casa y subrayando con su silencio todo el sentir de las pequeñas cosas. Aliviado y contento sobre todo por saber que su gente está ahora disfrutando también por Asturias o Italia, tiene tiempo para recuperar ese estado de ánimo que debiera tener cuando durante el año se presentan preocupaciones mayores. Sólo, sin las tensiones urgentes del resto del año, puede vagar ahora descansadamente por la paz más reconfortante. Entre las paredes de la casa. Como si un indefinible reposo se hubiese apoderado incluso de todos los objetos. Cuando en este entretenido país todo el mundo ha salido a buscarla no sé dónde, él la encuentra muy deletreada en el ensanchado espacio interior. En este silencio extendido recupera la tranquilidad del refugio hogareño. Con todo, está sorprendido de no haber agradecido aún este breve privilegio. Sí, es todo un placer. La paz es la alegría más viva, la vacación más firme.

Fuera el tiempo es lo que la gente llama maravilloso. Es curioso que las sensaciones percibidas constituyan una experiencia que en nada se parecen a otras. Los chicos lo estarán pasando bien. Se para a pensarlo. La verdad es que si no fuera por pensar ahora en ellos, no se ocuparía de abrir lentamente el balcón. El verano no es su estación preferida. Aunque la ciudad está también distraída con una quietud sorprendentemente crecida por todas las partes, aunque ajena a los recuerdos que en su casa hoy silenciosamente se levantan con emoción alumbrada.

Está visto que hoy no está dispuesto a mover un dedo. Deja el balcón abierto de par en par, pensando que el calor hoy no se pasaría. No piensa salir pues en todo el día. De ninguna de las maneras modificará el paisaje sentimental de la celebración. Sabe que nunca nadie pretendió aguarle el memorial. Sí; está seguro que podrá evadirse de todos los problemas, encontrarse con un día no perfilado por el azar. Como si no le afectara a nadie más, sólo a su intimidad.

Cumple cincuenta y dos años. Pero este dato no le inspira ceremonial alguno, ni tan siquiera el pararse a contar con los dedos los años transcurridos. Es tan sólo algo que le recuerdan los otros. El se deja seguir con la broma: "Es la estación, y no el cultivo, lo que produce la cosecha." No atiende a los números, le distraen otras cosas.

La luz refleja su brillo en todo lo más cuidado de la habitación. Pertenece a ese tipo de personas escrupulosas con ciertos detalles. Puede ser que lo haya hecho sin darse cuenta. Pero aquella elocuente distribución de las fotografías en las paredes nos descubre que allí hay algo más que un modesto espejismo. Al llegar o desde que llegamos. El las contempla ahora como quien ve un inmenso mural. Un denso enjambre que hoy aletea interminablemente.

Ahí están todos sus seres queridos. Los vería sin falta de mirar. A los vivos..., a los muertos... Primero uno a uno. Después a todos juntos. Sin que se rompa el encanto porque la vida sigue. Es imposible la indiferencia...

Pedro sigue pensando más en los problemas ajenos que en los suyos; aunque el matrimonio le ha madurado, sí, le ha cambiado. A Magnolia le consideran ahora una madre ejemplar quienes antes la tenían por un poco cabeza loca. Vivir para ver. Javier en esa otra galaxia construida por una fuerza de voluntad partiendo de cero. Ros extrañando su desorientación con el desahogo de su salero. Iván a su libre albedrío, pero dispuesto al entendimiento, aún en busca de sueños imposibles. Carlo, como sensibilidad de relámpago que inesperadamente se oculta en la sombra. Y la brillante sonrisa de la comitiva de los más pequeños: Santiago, Aarón, Pablo, Yedra, Lirio. Y también los muertos. ¿Su vida se vuelve cada vez más una vida con sus muertos? Hoy no escuchará en vano su silencio. Sus padres ya no temen ninguno de sus riesgos. Chano se siente a gusto presidiendo; aún parece subsistir y llamar desde la pared cuando la melancolía lo descubre.

No es por ser este día algo especial; se puede decir que en esta casa todo va últimamente bien, aunque fuera no sea así. A veces se siente un poco agotado, pero las tensiones no le inquietan. Es cada día más hogareño, aunque parece sentirse menos dinámico fuera de casa. El no lo niega; y ya es un modo de afirmarlo. La mayor naturalidad preside su vida diaria, y no hay ningún otro misterio que desentrañar. "A los que son felices en su casa, les conviene quedarse en ella." No son unos robinsones, claro. Tampoco les gusta hablar de lo que en su casa se cuece. Aunque sean muchos los que piensan en lo difícil que tiene que resultar semejante experiencia, a él no se le ocurre nada que decir cuando se lo preguntan.

Hoy lo hace todo de modo tan instintivo, que ni siquiera se para a pensar que de otro modo quizá su contento resultara más duradero. La apacible disposición de la escena, como la de siempre, le conforta. Piensa en blanco y

negro. La intensa tonalidad del verano representa la única extrañeza. El día en nada se parece al resto del año. Para los tres más jóvenes, que viven en este piso con él durante el año, el vivir es ante todo aprender. En un mundo tan raro en el que tanto se habla y tan poco se dice, él también va descubriendo en su compañía que saber es ante todo buscar sin evitar las perspectivas, los puntos de vista personales, los prejuicios propios y los de los demás. Pero, hoy, evidentemente todo esto está fuera de lugar.

Tumbado en el sofá, mira con fijeza las fotografías que resplandecen. Vuelve a cerrar los ojos intentando mantenerse receptivo. Confiar en la memoria lo más posible es la forma más sencilla de ceñirse a la realidad. Quince años de convivencia han dado mucho de sí. Ya no tiene nada que sortear. La experiencia, y no las grandes ideas, vino a reorganizar su existencia. Usó a tiempo su amor propio para enfrentarse a los consejos de refugiarse en su vocación, aun cuando no estaba seguro de tener fuerzas. Ya no recuerda los pensamientos que entonces le vinieron a la cabeza. Ni, a decir verdad, le interesa, le tiene sin cuidado.

Nota un centelleo por dentro de la cabeza que viene a iluminar de repente todas las imágenes. Comprueba que esto también ocurre en las paredes. Aunque, en realidad, no necesitan hablar para animarle. "Soy como un niño, que arrastran de la mano por la fiesta del mundo."

No necesita ya buscar explicaciones para lo que ve tan claro. Elegir el lugar de trabajo en la ciudad cercana, lejos de casa, no sólo fue un primer pensamiento lógico sino que resultó un acierto. Desde el primer momento, los chicos también lo vieron así. Aunque al principio algunos no las vieran de ese modo. No sabía por qué ese empeño de algunos en recordarle que había buenas intenciones pero imposibles. Sea por los chicos, sea por no crearse problemas ante sus superiores, terminó hablando con la mayor naturalidad de sus dos-vidas bien distintas. Pero ¿qué importa ahora eso? Mucho más le preocupa no haber vencido ciertos temores. Y esta cuestión tiene importancia para él, como se ve. Aunque hoy no va a sentir esta incomodidad pues no pretende liberar nada. Son otras cosas las que le merecen su atención. Y eso es lo que le importa.

Está claro que hoy nada teme. La paz interior no se agotará. Contra lo que dice fuera de casa, comprueba que sus dos mundos, familiar y vocacional, están unidos en una experiencia única. Es lo de siempre: unos verán cosas muy distintas. Le da lo mismo. Nadie le forzará a ver otras cosas sino sólo este pequeño y único mundo, y ya tan suyo.

Mas debemos andar con cuidado. Esta paz no es una tarea rutinaria. La paz se asegura cuando uno se las arregla para enfrentarse con otras experiencias infelices. Esta paz de hoy no pasa simplemente, transfigura la intensidad de una aventura.

Pero no puede permitirse el lujo de la distracción. Debe dejar un manojo de imágenes flotando. Sería imperdonable para él cierto olvido. La memoria le reclama con urgencia. No tiene más remedio que seguirle. Si bien el tiempo se ha encargado de enfatizar la tranquilidad del recuerdo.

En su día todo resultó un desarreglo. Todo se precipitó de súbito. Hasta terminó preguntándose qué le quería decir la vida entera. Quedó viendo visiones, tan anonadado que no se recuperó en años. La muerte de su primo fue el más duro golpe que recibió en la vida. Aquel acontecimiento iba a quedar estacionado casi veinte años en la inquietud de los rabiones del río Órbigo.

Seguramente no hubiera arreglado nada. Pero nunca se perdonó no haberle acompañado hasta Gijón, como se lo había pedido. Y además, para mayor vergüenza, sabía que su primo andaba aquellos días bastante preocupado. Le habían denegado el permiso para acompañarle, pero esto no era razón suficiente. Es lógico que a la inicial consternación siguiera un gran sentimiento de culpabilidad.

Es posible que su muerte no ocurriera tal como decían, pero era lo mismo. ¿No pudo sospechar que, tras su marcha de casa, esto pudiera ocurrir? ¿Tenía algo que ver con los problemas de corazón que arrastraba? ¿Tanto le habían afectado aquellos disgustos en casa? Su cabeza empezó a punzar. La cosa ya no tenía remedio. Y de nada servirían ya las conjeturas. Ante la muerte no existen explicaciones razonables.

Ahora se distrae mirando de nuevo su gran mural. Mientras mira, no quiere atar ningún cabo. Las restantes figuras no prestan atención especial a su primo. Claro, no le han conocido... No importa esta indiferencia. Los disculpa porque supone que algo intuyen sin embargo. Naturalmente, le basta que le respeten este aniversario del 10 de agosto.

Nunca supuso que la gente fuera tan complicada. Aunque ahora ya se tragara todo lo que no se podía explicar. Era lógico que su novia llegara pronto al tanatorio, pero no advirtió por dónde había entrado. ¿Venía a depositar aquellas cartas de amor en el ataúd? Le fue difícil salir de su asombro: se las entregó a él. Se paralizó. Se sintió sobre una ola que zumbaba irracionalidad.

Para qué pensar más. Qué difícil es saber lo que es el amor. Su primo entra solo por la soledad de un pasadizo sin retorno.

Pero esta forma suya de pensar no es una manera de escapar de la verdadera naturaleza de los acontecimientos de ahora. Viene determinada por unas coincidencias nada frecuentes.

Todavía hoy cree que para entenderse, tiene que pasar por aquella muerte tan incomprensible. Las fronteras de sus recuerdos más agradables coinciden con la nieve que tan abundantemente caía en Asturias; las de los momentos más tristes, con las del bochorno del 10 de agosto de hace treinta años.

¿Por qué Ros, el chico africano, vuelve tan inesperadamente? El portazo corrige el color del mural. ¿Por qué no se lo ha anunciado? El chico había quedado en volver el día 15. Hasta Ros nota su sorpresa. Debe recomponer su pensamiento. La verdad es que nunca se ha parado en hablarle al chico de su temor a las sorpresas en un día como el de hoy. Ahora mismo se lo explicará todo. Aunque mejor sería esperar a otro momento, pues el chico quedaría más azorado que convencido. Resultaría inútil intentar explicarle las cosas. No cabe duda alguna que celebran cosas muy distintas. Por lo que trata de desviar la conversación.

- ¡Ah! Otra cosa. ¿Por qué no me has llamado para decírmelo? - le dice al chico.

- Como quieras. Pero te dejaré tranquilo. No pensé que vendría a estropearte el día.

- ¡Ros! Bueno..., no sabía que...

Empieza a preguntarse si toda su reacción no vendría, por mucho que le importara la vuelta inesperada, de que él no controlara los sentimientos que ahora se interponían.

El chico puede tener razón: se está realmente pasando.

- Nada - continúa -. Olvídalo. No tiene importancia alguna.

- Entonces, ¿a quién esperabas?

- ¿Qué me estás diciendo? No es eso. Te podrás imaginar que has venido a cambiar los planes. No hay nada más que eso.

- Yo no te fastidiaré el día.

- Seguro. Tú nunca vienes a fastidiar nada, Ros.

- ¿Seguro?

- Segurísimo.

No merecía la pena continuar. Tal vez no ha procedido con el tacto que el chico requería; pero planteárselo ahora, sería olvidarse de otras obligaciones, cosa que lamentaría aún más.

Las cosas pueden ser más sencillas. Pues sí. Dentro y fuera, aquí y allá, solo o con todos, con los que ya no pueden venir y con los que llegan. Lo son en su pequeño mundo familiar, aunque, según él dice, con poco rigor deductivo y poco preparado para situaciones de emergencia. Por otra parte, diez largos años luchando por sobrevivir vienen, sin que te des cuenta, a fijar en exceso la mirada en el desasosiego del momento y reducen el tiempo para escapar al futuro. Pero no continuará por el derrotero de este último pensamiento.

- No entiendo. ¿Es que vas a seguir todo el día así?

- ¿Por qué me lo dices, Ros?

- Bueno, no me lo expliques hoy. Hablaremos otro día.

Un amigo viene a llamar a Ros. Juntos se marchan a la piscina. Las cosas se arreglan. Nunca se le atraviesan en la garganta. No entiende bien a sus superiores. ¿Quieren que abandone esta experiencia por imposible, o que deje muy claro al menos su voluntad de no mezclar cosas tan diferentes? Se da cuenta de esto. Son diferentes, no hay vuelta que darles. No necesita explicaciones para verlo. Pero no comprende que no vean que ambas se enriquecen mutuamente.

Pero, ahora que Ros se ha ido, prefiere quedarse levitando hasta que su corazón se inhiba de toda pesadilla sin valor. Recuerda que sus experiencias más agradables nunca rindieron tributo al mes de agosto.

Pero, de golpe, llaman a la puerta. No se alarma, aunque su respuesta es inmediata. No podría ser otro que Ros a quien algo se le olvidara. Sin embargo, se encuentra con Ricardo, concesionario de la cafetería en la que trabaja Carlo.

- ¿Está Carlo? - pregunta.

- Aún no. Pero lo espero esta noche. Aunque tal vez venga a la mañana para irse directamente de la estación al trabajo.

- Pero ¡si tenía que haber venido ayer!

No logra salir de su perplejidad. ¿Le habrá pasado algo? ¡Cómo no habrá llamado! Y observa que la incredulidad está crispando el rostro de Ricardo.

- Pues bien que fastidia a su compañero que iba a salir hoy de vacaciones - dice muy enfadado.

- ¡Pues es muy extraño esto en Carlo!...

Aún no se trata de una sensación de alarma. Mira a la calle. Le irritan los gritos que se pone a dar un loco en la acera de enfrente. Hasta llega a asociar la irracionalidad de aquellos gritos con otros que ya creía olvidados. Y tiene la sensación de que la temperatura ya no puede subir más.

No sabe qué pensar, aunque sigue seguro de que Carlo nunca podrá llegar a confundirle. Ha ido a pasar estos quince días con su madre. Cuando se lo anunció, le pareció la idea más acertada. Por lo demás, Carlo sabía el significado que el día de hoy tenía para él. Seguro que no quiso molestarle llamándolo. A la noche, o a la mañana, le llamará sin duda alguna.

En el silencio que sigue, se ve alertado moderadamente. Pero al encontrarse con otro enfoque al volver a contemplar las fotografías, se activa una especie de inquietud mayor. Aunque no resulta una sensación angustiada. Parece que su primo se da cuenta de algo a lo que los demás no le dan importancia. Pero no está seguro de lo que le quiere insinuar, y a lo mejor no es eso. No entiende por qué de pronto una expresión pueda decir cosas tan distintas. Le gustaría saber qué haría él en una situación parecida.

Casi sin darse cuenta, un momento después, se ve dependiendo de un desarreglo de su visión. O bien no se había fijado, o bien estaba equivocado. Le resulta difícil tener que aceptar el no haber reparado nunca en la expresiva ausencia en la mirada de Carlo. Pero puede ser que su retraso venga a cambiar la perspectiva. Todo es posible. Aunque todavía no presume lo que pueda estar pasando.

Se promete hablar de esto con Ros tan pronto como llegue. Aunque no debe dejarse llevar por la imprevista preocupación que ahora va sintiendo. Esperará a que todo se aclare. Hoy es el día de Chano. Tiene, por lo tanto, mil razones para convencerse de que dentro de la casa ninguna sorpresa hoy le aguarda. Está seguro de muchas cosas. De aquella su familia aunque no le pertenezca; propia aunque ajena a un tiempo; reunida y rigurosamente distanciada a la vez. Piensa que es imposible que, en tales condiciones, nadie venga ahora con la exigencia de que se pongan a estas alturas a vivir para fuera.

Está a punto de echarse a reír de sí mismo por dejarse tentar por la confusión. Repara de nuevo en la fotografía de su primo. Mantiene la brillantez a pesar del tiempo transcurrido. No ha cambiado. Sigue sabiendo la fórmula.

La contrariedad que supone el retraso de Carlo es insuficiente para venir a cambiarlo todo, aunque inserte una extraña sensación en el mensaje del día.

No se va a parar en ciertas dudas. ¿El pasado determina la densidad de lo nuevo, o al revés? No está hoy para aclararlo todo.

¿Cómo puede ser tan estúpido? Mañana será mejor, y Chano lo hará bien. Le enseñará a considerar las cosas lo más serenamente posible.

Es una incontestable evidencia. Todo pensamiento se recoge ahora bajo la música y la música suscita la esperanza. Sin un día así la vida se volvería mucho más misterio. Para entender adecuadamente hemos de considerar desde cierta distancia. Hacía tiempo que Chano no se adelantaba a ponerle su canción asturiana preferida: "Anda y señálame un sitio, donde yo me pueda ir."

## 2.- NI MÁS, NI MENOS QUE NADIE

Es una tarde de invierno, una de esas tardes que uno no tiene que hacer. Las palabras que acaba de cruzar con sus compañeros son triviales y ordinarias, siguiendo el método sencillo de preguntas que no buscan respuestas. De pronto piensa en el agua nieve que fuera sorprende a las calles desnudas. Se le ocurre salir a dar un paseo. No va a perder esta ocasión. Cuanto más fría es la tarde, menos confusas son las ideas. Qué cierto es. Cuando cae el agua nieve, lo que puede parecer inesperado y raro, se convierte en simple y natural. Y más, en una ciudad protocolaria y abigarrada del Levante

De inmediato, en lugar de hallarse rodeado de lo que le envía el firmamento extrañado, se encuentra a solas con el chico a la puerta. Le pide dinero para poder dormir esta noche en una pensión. Lo ha pedido antes a alguien que creyó que se trataba de un joven que venía a apuntarse a algún grupo de juventud. Está ahí, a la puerta de la iglesia. Perdido y desorientado, sin duda alguna.

Se siente confundido. Es extraño el misterio inicial de aquella presencia. No le conoce de nada, pero su mirada y su tono le resultan familiares. No sabe si el chico nota su sorpresa. Hace treinta años le hubiera reñido, pero ¿qué ahora tú aquí? Le inquieta la mirada del chico y su espera. Cada vez le resulta más difícil. Ni sabe por qué no logra hablarle con precisión, ni decirle abiertamente que no tiene dinero. Teme que su reacción pueda estar también turbando al chico. No le resulta fácil hablarle. No se explica por qué ya se ve pensando en el asombro que resulta encontrarse con seres tan semejantes. En un instante se ve volando, como aquellos puntitos, a ese pasado lejano pero no olvidado.

Encontrarse con un chico pidiendo no es cosa de otro mundo. Pero, en tan corto espacio de tiempo, olvida el motivo de su salida a la calle. No cree en el destino. Tampoco que las cosas de la vida se vuelvan a repetir. Sin embargo, se siente obligado a responderle, no puede marcharse; tendría que renunciar a sí mismo. No lo va a hacer. Los encuentros no surgen de la nada.

Ve cómo el chico sigue sus pasos hasta la Casa de Asturias. Las calles han recuperado la frescura. Viene detrás de él. Tal vez para poder observarle mejor. A él no le importa el hecho, aunque dificulte la conversación.

Mientras cenan, no deja de hacerle preguntas.

- ¿Qué edad tienes?

No le echa más de dieciséis años.

- Ya tengo dieciocho.

- ¿Ya?...

- Los he cumplido en julio. Y me llamo Carlo.

Tal vez no le gusten las preguntas. Se para. Pronto se le ocurre hablarle de la cocina asturiana. Observa que el chico tiene hambre realmente.

- He venido por Irún. Desde allí me ha traído un camionero. Me dejó junto al Parque.

- ¿Eres italiano, no?

- ¿Aún no te lo he dicho? Pues sí.

- ¿Y saben en tu casa dónde estás?

- No - responde, con prontitud.

- Pues llámales.

- No tengo dinero.

Comprueba su voracidad. Pero disimula esta observación y continúa preguntándole.

- Pero ¿querrás hablar con tus padres?

- Con mi madre, sí.

Se para. Como si un hueco se le abriera en el corazón. Poco después, el chico le pregunta:

- ¿Por qué me has traído a este sitio?

- A mí no me gusta cenar en sitios desconocidos. ¿No estás a gusto? Soy un poco raro para estas cosas.

- No es eso. Verás, yo soy de muy pocas palabras...

- Pero me has respondido a todo.

- ¿Por qué te preocupas tanto por mí? - pregunta -. Pareces un hombre especial.

Intenta imaginar qué otras preguntas no expresadas pudieran estar revolviéndose en la cabeza del chico. No parece turbado. Tiene una expresión tranquila y concentrada. Sabe que es responsable de que este chico esté ahora allí. Un amigo se acerca a saludarle. El ambiente se va animando. Por otra parte, si dijera que el chico venía a cambiar algo de su vida, mentiría. El que hable durante un largo rato con su madre por teléfono, le tranquiliza. Oculta su rostro. ¿Está llorando? Lo presentará a los otros chicos esta noche. Por la mañana lo llevará a una conocida residencia para jóvenes. Todo es lógico y natural, nada es extraordinario. En el ambiente regional de la casa

todo se va impregnando de simpatía y comprensión. No tiene conciencia alguna de estar apostando por nadie. No es que le preocupara algo, sino que solamente siente que debe atenderle como, sin duda, lo haría por ¿Chano? Sí; esto es lo que piensa.

Al día siguiente, están en la Finca de Recreo. El murmullo de la música no desdibuja la percepción inconfundible de la mirada bondadosa de la naturaleza. Pasean por la colina de enfrente. Carlo ya parece otro. Le escucha. Le cuenta que debido a ciertos conflictos familiares, se ha criado con su primo y con su tía sin posibles, lo cual le ha obligado a abandonar la escuela a los once años y a ponerse a trabajar a los once en un taller de confección.

- Pero Tomás y yo no hemos querido bautizarnos en la Iglesia de su madre.

- ¿Tomás es tu primo?

- Claro. Pero tampoco es de ninguna religión.

- Entiende pero yo no voy a preguntarte nada de religión. No es ese mi estilo. Además, ¿por qué me lo dices con esa seriedad?

- Vaya, pues quería decírtelo para que lo supieses. Tú desde el primer momento me has dicho quién eras.

- Lógico, ¿no?

No parece fijarse en lo que podía verse desde allí. Se veía que tenía más ganas de seguir hablando.

- ¿Cuándo podré seguir charlando contigo? - pregunta - Carlo.

- Por supuesto, tendremos tiempo. No te preocupes.

- De algunas cosas no te hablaré...

- Claro.

- De verdad, ¿no te va a molestar?.

- ¿Por qué?

- Mi madre, al divorciarse de mi padre, ha tenido muy mala suerte: lo ha dejado por borracho y se ha venido a casar con un borracho mayor.

- Está bien, no te preocupes. Tendremos tiempo para todo. Subamos ahora hasta la cima.

Le sigue, pero realmente el chico parece estar en otra parte.

Carlo siente una fuerte emoción al saber que su familia está abajo en el portal. Pero recibe la noticia como un acontecimiento contrariante y sorpresivo. Están esperando cinco personas. Todas susurran. La angustia pasada y la emoción sentida inundan de lágrimas los ojos de su madre. Besa

sólo a su madre. Los demás se retiran para dejarlo hablar a solas con su madre. En media hora no logra consolarla. La ha traído un vecino. Sigue llorando la desconsolada mujer. Parece que le quiere convencer para que se vuelva a casa. La han traído unos vecinos. Tienen que volverse pronto, pues mañana tienen que trabajar. Carlo no se atreve a mirar al rostro de su madre. Habría que meterse en su pellejo para comprender esa vergüenza que no parece propia en él. Lo inexplicable es mucho más profuso que lo que comprendemos. Al despedirse de su madre, lo que le dice es aún más desconcertante: "Mamá, no me pidas otra vez que vuelva, me vas a entristecer más. Quiero realizarme en otro país." Como se puede ver, estas palabras no son ningún consuelo para su madre.

Casi todos los días sale el tema de la religión. Carlo, sin embargo no parece ser muy religioso. O no está muy informado. Este tema termina derivando en un diálogo sobre la familia. Siempre. Con todo, es evidente que renuncia a continuar la charla cuando se introduce en la conversación la religiosidad de su madre.

- ¿Y lo del Vaticano no te parece un negocio? - le pregunta.

Es también por la noche. Mira el póster de Covadonga que hay en la habitación.

- ¿Cómo quieres que lo sepa? ¡Si nunca he ido!... Te hablaría por hablar.

- Es de pena todo aquello, vamos.

- ¿Sí? Y por cierto, dudo que con todo esto vayamos a sacar algo en limpio. ¿O quieres verme a mí pronto hecho una pena?

- Tienes razón. ¡Si te oyen los de la Curia!

- ¿Sabes?, a veces me pregunto de dónde saca la gente el dinero para tanto turismo religioso. Yo nunca lo consigo. Para el turismo, claro. Mi fe para llegar a Dios no necesita tantas vueltas. Ah, pero me voy a Covadonga todos los años. Allí no sé si hay dinero, es otro cosa.

- Me resulta extraño. Hay muchas diferencias entre la gente, cosa que no me había imaginado.

- ¿Y no te parece bueno eso?

- Sí..., pero... ¿por qué las ha de haber entre mi madre y tú, por ejemplo?

- Las diferencias nos enriquecen a todos.

Carlo se queda pensando, para luego añadir:

- Te estás escabullendo.

- Tal vez. Pero creo que ahora ya estamos hablando de otra cosa.

También hay momentos para las sorpresas. Una de las cosas que venía olvidando es atender a las diferencias que existen entre los chicos. Es así. Aunque siempre surgen las ocasiones que inesperadamente te recuerdan que están ahí. Esta es la contradicción de la existencia. Pues, pasados unos meses, la vida doméstica continúa poco más o menos igual. Cuando están todos a la mesa, Carlo está un poco aislado. Una y otra vez los demás le animan a hablar más. Es poco abierto y muy introvertido, pero atiende con interés la locualidad de Ros e Iván. Como se sabe, la extraversion no se hereda ni se contagia.

Una mañana, al volver de Asturias, se sorprende cuando se da cuenta de la fotografía que Carlo ha puesto junto a la de Pedro.

- ¿Qué es eso? Es un bonito detalle. Perdóname no haberlo tenido yo.

- No tiene importancia.

- Vamos, vamos. Hoy me tienes que decir por qué la has puesto junto a la de Pedro.

- ¡Por Dios! No hay secreto alguno. Simplemente, que es el que mejor me cae.

- Me lo figuraba. No está mal.

- Claro que no, es natural.

- ¿Por qué no junto a la de Javier?

- ¡Vaya, hombre! ¿Qué quieres saber ahora? Javier habla muy poco conmigo. Y, cuando habla, no lo entiendo. Ya sé que le admiras...

- ¿Iván?

- Bien lo ves. Me tiene envidia. Bueno..., no sigas.

- No sé qué decirte. Desde luego..., nunca hemos hablado de estas cosas.

- No hace falta. Tú siempre has comprendido a Pedro muy bien.

- ¿Quién te lo ha dicho?

- No hace falta que nadie me lo diga: se ve a la legua.

- ¿E Iván?

- ¡No digas tonterías! Yo envidio a Pedro.

- Gracias, pero me extraña lo que estás diciendo. Es algo que no esperaba.

- Pues... no le des tanta importancia.

- La tiene.

- No conviertas una tontería en un drama - dice Carlo.

No está preparado para las sorpresas que vengan de Carlo. Algunas como si estuviesen contra la imagen que todos tienen de él. Como otros días, va

temprano a despertarle. Es precisamente este encargo el que le recuerda todos los días antes de irse para la cama. Le sorprende esta mañana que no se levante con la rapidez de otros días.

- Yo no quiero ir a trabajar más a ese sitio - dice inesperadamente.

Esconde su cabeza entre las sábanas para decirlo. ¡Qué extraño! Ha causado una buena impresión a todos sus compañeros...

- Pero, ¿qué te ha ocurrido? - le pregunta.

- ¿Te parece mal? ¿Te vas a enfadar conmigo?

- Sólo te pido que seas realista. Ahora tengo que ir al instituto. Dentro de unas horas volveré. Ya hablaremos.

- No te enfades. Hoy mismo me pondré a buscar otro trabajo.

- Espera. Antes hablaremos.

No tiene tiempo ahora para entrar en detalles. Claro que no entiende la decisión del chico, y mucho menos esta manera de decírselo. ¿Qué le preocupaba más al chico? ¿La pérdida del trabajo, o su reacción? ¿Cómo puede ser que haya cambiado de pensar de la noche a la mañana?

Su jefe es verdaderamente una persona temperamental, aunque también es alguien a quien se le pueden decir las cosas. Y, por otra parte, le han salido bien las cosas desde el principio, cosa que pudo hacer olvidar sus dificultades con el idioma y el carácter regional de la cafetería. Sin embargo, no es la primera vez que se encuentra con una situación así. Con Pedro en varias ocasiones. Pero ahora tiene que concentrarse en sus clases.

No va a pensar más en ello por ahora. Tampoco va a pararse a considerar si el chico también tenía una baja autoestima. Para no hacerlo, decide marcharse cuanto antes para el instituto.

Es un chico ordenadísimo. Ha logrado decorar su habitación con tan pocas cosas. La naturaleza asturiana se transforma en movimiento de alguna que otra moto, para terminar en un inesperado póster que viene, sin que te des cuenta, a borrar la señal de identidad que te has formado. El orden termina en cierto desconcierto, eso sí.

- Eres joven. Lo único que no sabía es que admiraras a Jim Morrison.

- No me digas que no sabes que soy muy soñador - responde Carlo.

- Debía suponérmelo.

El tiempo es maravilloso. El chico no tiene por qué explicarle las razones de su estado de ánimo. Un día así invita a hablar de cualquier cosa. Antes de que salga para Valladares, le cuenta alguna verdad.

- ¿Qué se te ha perdido tan lejos? - le pregunta.
- ¿Por qué decírtelo? No seas tan curioso.
- No insistiré. De todos modos, estoy seguro que allí no has perdido nada.

Al revés.

- Naturalmente.
- ¿Cómo se llama tu novia?
- ¿Preguntas?
- Claro.
- Pues: Laura.
- Bonito nombre. Vaya; si no te lo pregunto, ¿no me dirías nada?
- ¿Qué importancia tiene eso? No la veo.

Queda pensativo.

- Es bueno que lo hablemos todo, ¿no? Sólo eso.
- Pues pregunta lo que quieras.
- ¿Qué edad tiene?
- La suya.
- No me hace maldita gracia tu respuesta.
- ¿Qué quieres que te diga? Bueno, veinte años.
- ¿Estudia o trabaja?
- No te creía tan cotilla. Pero sigue..., sigue preguntando. Vive con su hermano. Estudia eso de los ordenadores.
- ¿Informática?

Desaparece la brillantez de su rostro.

No va a inquirir más. Le pide excusas. Y luego se quedan ahí sin hablarse durante unos instantes. Se lo cree todo. Carlo está sorprendido por las preguntas tal vez. Pero debe ser cosa de la edad que rehuye las preguntas íntimas.

Con dieciocho años, parece estar ya decidido a tener que un día ir desprendiéndose de él, a reivindicar su autonomía, a abordar cualquier camino, fuera el que fuera. Tiene su derecho.

- No quieras saber - dice - demasiado. Yo no sé. Piensa que yo no me casaré hasta después de los veintiocho.

No hablan más. La brillantez del día entierra cualquier otra pregunta. Aunque con tanta luz resulte difícil el olvido. Sin duda, nadie sabrá cuál de los dos está más inseguro.

Viene del funeral celebrado por Andrés. Una hepatitis y el sida acabaron rápidamente con sus veinticinco años. No se arrepiente de haber asistido,

pero llega desanimado, como no comprendiendo nada. Al menos, el trabajo y el dolor de la madre bien merecían el acompañamiento de los que conocían el calvario. Vistas las cosas, la tarde ya le parece equivocada, irracional, absurda. No va a preguntarse si el sentido de la vida es la muerte, pero no comprende por qué un vecino tiene que pagar un funeral así. Hay momentos en los que los que deben tampoco saben estar. Le vienen a la mente las palabras de María Zambrano: "Necesita negar para creer. Y necesita, por lo visto, creer aún más que ver." Así que llega a casa con un malestar metido en el cuerpo. Estaba hablando de otras cosas con Carlo, hasta que le saca a colación el tema.

- No lo pienses más - le dice el chico -. ¿O es que piensas arreglar tú el mundo ahora?

- ¿Cómo puedes...? ¡No! Pero veo que hay bastante falta de humanidad.

- ¿Y te sorprende eso?

- ¿Dónde estaban todos sus compañeros de hace tan poco tiempo?

- ¿Piensas acaso que la gente es como tú? Mira, estás muy equivocado.

- ¡Carlo, por favor! No hablemos de mí. Piensa en esa madre.

- ¿Por qué me lo dices a mí? ¿Cómo voy a sentirlo? No me lo digas a mí, eres tú quien la conoces. No me pidas cosas imposibles.

- Me lo imagino. Tan sólo quería desahogarme contigo. No, no me parece justa esa soledad de una madre.

- No sigas, por favor. Pero ¡vamos a ver! ¿Qué esperas tú del mundo de la calle?

- Eso mismo pienso yo. De todos modos es muy triste tener que aceptarlo.

Pensando estas cosas siente de veras mal gusto en la boca. Sería bueno no enfurecerse con ciertas acciones humanas, sino sólo comprenderlas. Pero éste no es el momento.

Iván ha estado recordando lo bien que cantaba su madre. Nunca lo ha dicho, por eso se notaba más. Estaba escuchando la conversación que se traían los chicos. Cuando Pedro se pone también a hablar de su madre, cosa que no le parece bien a Iván. Entonces les propone cambiar el tema de conversación.

Unas tres horas después, Carlo hierve de impaciencia. Había permanecido callado mientras hablaban los demás chicos.

- ¡Qué ingenuo es Pedro! - dice -. No me gusta que la gente hable de los muertos. Claro que yo no soy nadie para decir estas cosas...

- ¿Por qué no?

- Ni siquiera me atrevo a hablar de mi madre que está viva...

- Pues déjalo.

Pero el chico continúa.

- Es de lo más curioso. A veces no sé si realmente mi madre me quiere. Pero es como si me preocupara pensar eso. Tengo la sensación..., una sensación de que es mejor no hablar de las madres.

- ¿Estás seguro?

- ¿Cómo voy a estarlo?

- ¡Por favor, lo pasado, pasado! Carlo, ¿por qué no se lo hablas las próximas vacaciones? Te tranquilizará.

- Te lo agradezco - dice -. Pero ya no voy a arreglar nada.

- ¿De qué me estás hablando?

- ¿No me acabas de decir que lo pasado, pasado? ¿O qué quieres que hiciese con cinco años?

- Te escucho. Vamos, no te estoy bromeando, Carlo.

- Bueno, no sé por qué vengo ahora a decirte estas cosas. Además, desde que estoy aquí, parece que pienso de otra manera.

- Espabila, venga. Vámonos.

El chico, como un poco avergonzado, se marcha para con los demás. El no se queda seguro. El chico se va incómodo. El momento es tan confuso como la tarde que es una mezcla de incertidumbres a la espera de otras más consoladoras palabras. No es tan inocente como para esperar que los problemas se arreglen así como así. El resto de la tarde será como un aplazamiento, un respiro.

Carlo entra y se para ante las fotografías familiares. Son tantas que puede ocurrir que planteen la contrariedad del que se pare a desenmarañar el sorprendente significado que puedan tener.

Esta tarde tiene tiempo y se pone a retrotraerse a las experiencias que permanecen latentes en las distintas fotografías. Procura ordenarlas lo mejor posible. Se vuelve al chico y le pide que le ayude.

- ¿No exageras? A veces no te entiendo - le dice el chico quedándose inmóvil - ¡No sé por qué a algunos todos les sale bien! En mi familia no es así.

- ¡Qué cosas estás diciendo! En todas las familias hay de todo, no lo olvides.

- ¿Puede saberse qué hay de malo en la tuya? No hay más que mirar: estás muy orgulloso.

- Claro, pero porque me quedo siempre con lo bueno.

- No te entiendo.

- ¿Qué es lo que no entiendes?

- Que me quieras ver también a mí orgulloso.

- Inténtalo.

- Me pides demasiado. ¿Me dirías eso cuando yo sólo tenía cinco años?

¿Quién era yo para aconsejar a mamá?

- Es lógico.

- Ya será algo menos.

- ¿Por qué no fue lógico?

- Pues, no; claro que no. Si no llega a intervenir mi abuela, mi madre no se hubiera casado, y menos con ese hombre. Mamá quería irse a trabajar a Milano y llevarme con ella.

- No has aceptado el matrimonio de tu madre, por lo que se ve.

- Pues claro que no. ¡Tenía cinco años!

- ¿Y ahora?

- Ya no se puede evitar. Déjalo. No es eso lo que ahora me preocupa.

- No me imagino lo que es.

- Algo muy raro. Quizá me guste pensar que mi salida de casa le facilita las cosas a mi madre, pero quizá no acepte que ella piense lo mismo.

- Eres sincero. ¿Te sientes mejor? Me gustaría hablarte ahora de mi familia. No creas que somos tan distintos.

Es una tarde helada de febrero, y a través de la ventana se veía cómo la gente iba envuelta resguardándose en sus sueños. Los chicos siguen hablando de fútbol. Al parecer se cansan, pues el tema no les da para tantas horas. Carlo se acerca y corre la cortina, pero como si no advirtiese nada allá afuera.

- ¡Qué diferentes somos! Ni en estas cosas nos ponemos de acuerdo.

- ¿Te imaginabas que íbamos a ser iguales? - le dice.

- Ya. Pero, desde luego, no tan diferentes.

- ¿De qué habéis hablado?

- También de chicas.

- ¿Qué pensabais aclarar en unos minutos?

- ¿Por qué crees que vengo a ti si no?

- ¿De qué quieres que hablemos?

- Supón que ninguno de nosotros sabemos lo que es el amor. Mira, podemos pasar el día hablando de eso, terminaremos sin saber en qué consiste. Me gustaría saber en qué consiste. Y Laura sabe tan poco del amor como yo.

- Se ve que eres una persona que amas. Pero ¿estás enamorado?

El chico permanece callado. El se queda oyendo el eco de otra conversación que ya no viene de Carlo, sino de un tiempo ya lejano pero que desde el primer momento localiza.

Esta tarde de marzo cruzaban otra vez nubes oscuras el cielo de la ciudad. Acaba de llover durante unas horas. Sin duda las calles olían a aire fresco. Pero el chico, metido en otros pensamientos, no repara en ello.

No le gustaron los chistes que Ros le ha contado.

- En la escuela, lo mismo. Una y otra vez, tenía que soportarlos. ¿Por qué tenía que reír sus gracias? A no ser que intentaran irritarme, ¿por qué todos se volvían para observar el rojo de mi vergüenza?

El aire fresco no siempre barre el desconcierto.

Todos vivimos en nuestros sueños, en nuestra imaginación, en donde nos alimentamos de esperanzas; y si no, soñaremos de prestado, con los símbolos prestados por 7los otros. Es necesario que la gente sueñe. El también sueña. Y sabe quiénes son los que en casa son más soñadores.

- No te llesves a engaños: yo soy muy soñador.

- No sé... no sé. Realmente nos contamos muy pocos sueños.

- No te puedes imaginar lo que sueño.

Has de ser prudente, distingue siempre entre sueños y realidad. Si quieres conseguir algo, no seas idiota pero tampoco iluso. Es lo que piensa, pero no se lo dice. Tampoco está muy seguro de que el chico transcribiera con exactitud lo que le preocupaba.

- ¿Qué te dice la palabra dinero?

- Hoy lo es todo. Pero no lo quisiera tener... Me sería más cómodo que tú lo tuvieses. Pero no me creas así como así.

- ¿En qué situación no te quisieras ver?

- No lo dudo. En aquella que tú me descubrieses y me dejases sin razones para defenderme.

- Pues sí, ¡qué tremendo sería también para mí! Estoy seguro que no ocurrirá. ¿Hay algo que te repatee?

- ¡Bien lo sabes! Lo que ocurre es que no sé qué tengo que ver yo en todo eso.

- ¿Qué es?

- Está bien. Bueno, pues que me recuerdes tanto a ese primo tuyo. Pues no sé... Yo diría que te pasas un pelín.

- Puede ser. Pero te voy a seguir preguntando. ¿Qué situación evitarías?

- Lo tengo muy claro. Aquella en la que tú descubrieses esa faceta mía que te desconcertara. ¿Vale?

- ¿Qué harías si te quedara un día de vida?

- Me pondría tan nervioso que desearía que pasase cuanto antes.

- ¿De veras? ¿Cómo eres capaz de decirme eso? Quisiera pensar que algo se dijera sin contexto.

- ¿De qué estás hablando?

- No sé. Ojalá de una tontería.

Es algo totalmente inesperado. Ha pasado la noche entera esperándole. Cada vez le resulta más difícil saber lo que está pasando. No puede evitar pensamientos improcedentes cuando tanto está pasando por su cabeza. A las nueve de la mañana se presenta en casa. El siente un presagio inusitado y la anomalía de su incapacidad de no saber qué decirle. En un repente desconcertado le mira al fondo de los ojos. La mirada de Carlo tiene la frialdad del más extraño, como si no sintiera nada. ¿De verdad se parece tanto a su primo? Se siente cortado. ¿Por qué? ¿Para conocernos es necesario separarnos de los espejos del recuerdo? La confusión le hace olvidar que le ha conocido en compañía de lo inolvidable.

Es una mañana de primavera. Ni más, ni menos que otras. Una estación que viene a confundir a otra tan llena de promesas como es la del invierno.

- Pues aquí donde me ves - le dice el chico casi musitando - aún no sé lo que te disgustarías si yo me marchase.

- ¿Qué ocurre? No digas majaderías de esas.

- Está claro. Bueno... de acuerdo. Nunca te haré eso.

- Sí, ya lo sé. Pero ahora siéntate y piensa en otra cosa.

- Te haré caso. ¡Pero nunca te pongas así! ¿Por qué has de tomar las cosas de esa manera?

- Porque no eres ni más ni menos que otros. A cualquiera de vosotros que oyera decir estas cosas, me disgustaría.

- No lo pienses más - dice el chico -. Todo ha sido una broma. Nunca más te volveré a contrariar. Puedes estar seguro.

- Lo estoy.

- No tienes por qué temer. Jamás - añade con decisión - te volveré a disgustar.

Le resulta inviable poner un poco de orden en el tótum revolútum que se forma en su cabeza. Y esto le sorprende más pues no advierte ningún presunto atisbo de anormalidad en la evidencia de la sinceridad de Carlo. Este nunca puede venir a confundirle. Así que aprovechará el momento para mostrarle su enfado momentáneo. Y luego cambiará de conversación



### 3. HAY MAS QUE MIRAR Y VER

De pronto se da cuenta de algo que venía olvidando desde hace tiempo. Algo que un día quiso dejar claro y que no estaba tan claro: la distinción entre la función discente y docente, entre la enseñanza y el aprendizaje. Ahora le presta atención porque se percata de que los que enseñan han de seguir siendo aprendices. Debe reconocer esta limitación. De modo que, por obra de esta modestísima idea, afrontará el curso de las cosas como si fuera un alumno que busca el sentido de todo lo creíble e increíble.

Jueves, 11. Falta poco para el mediodía. El cielo es límpido y de un azul transparente. Mientras espera a Ros, decide adentrarse en la lectura de María Zambrano. Nunca es tarde si la dicha es buena. Sus páginas le transportan por un espacio, intimista y abierto a la vez, que por otros caminos ha buscado. Hallazgo posible ahora tal vez por la ausencia de estrépito en la calle que tanto le exaspera durante el año. "Meditación, que es adentramiento. Pensar no es sólo captar objetos... Si el pensar no barre la casa por dentro, no es pensar, sería clarificación lógica. Quien piensa se clarifica."

Sin duda, mirar las cosas de una determinada manera y mantener un constante discurso crítico no es cuestión fácil. "Para mí - escribe Platón - el pensar es una especie de discurso acerca de las cosas que examina... esto y no otra cosa es el diálogo, o las preguntas y respuestas que el alma dirige a sí misma, unas veces afirmando y otras negando." La lectura le hace ser lo que es: un ignorante que se lo cuestiona todo, según dice.

Por otra parte, la fragmentación a la que nos lleva el pensamiento débil de nuestra época le conduce por necesidad al tema de la ética. Pero en esto anda con sumo cuidado: el pensamiento fuerte y rearmado, encandilado bajo tantos focos sobrenaturales, lo ve débil a la hora de fijar cuotas de comprensión y fiabilidad. Tiene la impresión de que debe afrontar otras cuestiones sin debilidad. Pues algo tiene seguro. Sabe que no debe perder el sentido del humor. La persona dotada de sentido del humor sabrá perfectamente cuándo es tiempo de sonreír y cuándo de preocupación. El sentido del humor no es otra cosa que la sonrisa del amor.

Pero, conforme avanza el día, le saltan otros extraños pensamientos. ¿Cómo es posible que Carlo se haya retrasado? No lo puede creer. No se explica lo que pueda estar ocurriendo porque aún no se lo cree. No se atreve a asomarse al balcón para ver la tormenta que amenaza.

Viernes, 12. "No os amoldéis a este mundo, sino dejaos transformar por la nueva mentalidad, para ser vosotros capaces de distinguir lo que es la voluntad de Dios, lo bueno, agradable y acabado."

- ¡Qué pena! ¿Y a dónde piensas llegar tú con todo eso? - dice Ros, frunciendo el ceño.

- ¿Pena? ¿Cómo quieres que piense?

- Bueno, al menos veo que no estás tan seguro.

- ¿Algo más?

- ¡Como que cualquier día vas a encontrar a Carlo en un libro!

- Eso está mejor - le responde -. Tú dirás. A mí me parece que no perder la esperanza es lo mejor.

- O sea, ¿que con sólo esperarlo lo arreglarás todo?

- Por probar...

- O sea, que la cosa sigue.

Los dos se quedan solos, mirándose uno al otro. Cuando Ros se sale, su pensamiento retorna a lo que había leído en María Zambrano: "La situación sin salida ofrece una variedad indefinida de modalidades, de grados; mas por absoluta que sea, como humana que es, puede ser relativa a la luz de la esperanza." Aunque, si bien se mira, él todavía no se ve metido en una situación sin salida. Es demasiado pronto.

Pone un telegrama a Italia: "¿Dónde está Carlo? ¿Por qué no ha venido? Preocupado. Llamadme."

A la noche termina en las páginas de **Llámalo sueño**, de Henry Roth. "Hubiera podido también llamarlo sueño. Sólo yendo hacia el sueño cada pestañeo de sus párpados podría provocar una chispa en la nebulosa yesca de la oscuridad, encender en las esquinas sombrías de la alcoba tal miríada y tales vívidos chorros de imágenes."

La alegría natural es caer en la cuenta que todo es humano, tener conciencia clara de que es una utopía el esperar aquí en la tierra una felicidad perfecta, una experiencia de abundancia. Bello es acabar con el hermoso libro de Henry Roth. Pues cuando la vigilia no nos trae mayor novedad, hermoso es que el sueño venga a conferir carácter a la esperanza.

Sábado, 13. Esa primera lectura de la mañana bien se la puede aplicar. "Y más conociendo las circunstancias; ya es hora de despertarse del sueño, porque ahora tenemos más cerca que cuando empezamos la salvación. La noche está avanzada, el día se echa encima."

Mientras se acerca al convento de la Visitación, un pensamiento surge con fuerza en él: uno ha de ser uno mismo, sin utopía ni mimetismos, sin trampas, sin esclavitudes ni dependencias. Aunque, al observar la cantidad de personas que siguen dormidas en sus cajas de cartón a lo largo de la calle, decide con cierto pudor frenar un poco sus pensamientos. Para no perderse en el desierto de la propia independencia, no hay que vivir lejos de la sombra del desamparo que duerme y calla a estas horas de la mañana. Como Francis - **Tallo de hierro** - también "estaba seguro de que nunca alcanzaría el equilibrio que permitía a tantos vivir en paz, sin violencia y sin huir de nada".

Alguien le pide un cigarrillo, sacando su brazo por un agujero de la caja tan pronto como oye sus pasos. Sonríe. Con humor no se pierde el rumbo en las situaciones comprometidas, se da el siguiente paso sin pensarlo, de manera automática, y seguro que por el camino más acertado.

A la tarde vuelven a casa Javier e Iván. Hay que planchar. Siente vergüenza, pues ellos lo hacen mejor. Se ríen de él. Pero las incapacidades son más llevaderas cuando son reconocidas en compañía. Ya no se sonroja cuando ve que va con mucho retraso en el aprendizaje de las cosas más elementales.

Domingo, 14. Al haber dado vacaciones en la comunidad asturiana, disfruta de más tiempo libre. Así pues, vuelve a pasear por las calles del centro. Hace años que no disfruta de una mañana dominguera. Es una mañana sofocante y calurosa.

De nuevo le llama la atención el silencio de los marginados, retraídos y mugrientos todos, como en camino hacia una última frontera, pasivos, inmediatos y remotos a la vez. Sumidos en un reposo que da vértigo. En el centro de la ciudad, los marginados ya no son una circunstancia exterior, un simple accidente: son su mutilado de esperanza.

Allí están, ajenos por completo a todo. Sin embargo, le invade pronto una sensación de pesadilla. Los antiguos profetas hablan en favor de los pobres y honrados, y defendían a las viudas y los huérfanos, a los oprimidos por los malvados y poderosos. Pero ya no se oye su voz tan insoportable como desesperada. Por ejemplo, Jesús de Nazaret ha ido más allá. Además de bendecir a estos, se situó entre los parias de su mundo, entre aquellos a los que los respetables despreciaban.

- ¿Pero tú sabes lo que es la marginación? - le pregunta Ros con desenfado.
- Bueno, lo que todo el mundo.

- Ya lo sabía. Está bien, no te hablaré más de eso.

- ¿En qué estás pensando?

- En que para saber lo que es la marginación, no te hacía falta ninguna ir a darte un paseo.

Permanece largo rato pensando en lo que había querido decir Ros. No debía desviarse hacia otras cosas ajenas a lo que estaba ocurriendo en su casa. Casi todos los domingos tristes terminan mareando la inquietud.

Lunes, 15. Es la fiesta de la Asunción de María. Un día también para pensar. Cuando algo es inteligencia razonable de algo, debe ser entendido por toda persona razonable y no sólo por aquellos que de antemano creen en ello. Muchos entenderían este triunfo presentado como el de un ser que ha pasado una vida insignificante, pobre, sobria en un rincón de Palestina.

Hace unos años, en una columna de "El País", José Miguel Ullán clamaba en cambio ante el ringorrango al que había llegado las exageraciones emocionales que utilizaban ideológicamente la argumentación agustiniana. El buen poeta no andaba descaminado.

Por la tarde, se apresura sigilosamente en llamar a Italia. Ha conseguido los prefijos buscados. Coge el teléfono su hermanastro.

- ¿Habéis recibido mi telegrama?

- No. ¿Qué ha pasado?

- Pero... ¿dónde está Carlo?

- ¿No está ahí?

- No.

- Pues ha salido la noche del día 7 para ahí.

- ¿Cómo?

- Aquí todos pensábamos que estaba ya con usted.

Es evidente ahora su estado de desconcierto. Iván lo observa y le dice: "No te comas el coco. Ese chico está un poco loco." La preocupación, acurrucada a muy poca distancia, se desenrosca. Todo se convierte en una arremolinada atmósfera de pensamientos, aunque sin especificar.

- ¿Sabes algo más? - pregunta Ros.

- Nada. Cada vez menos.

- Déjalo. ¿No te parece una locura que te haga eso?

- Hablas por hablar, Ros. Bien sabes que locuras hacemos todos. Lo conoces muy bien. Y sabes que es incapaz de hacer una locura de éstas.

Mientras los chicos cenan, dirige su atención a la contemplación de la familia. Aquí, espacio de sueño verdadero, no puede quedarse con una imagen abstracta del amor, sino con la imagen de un amor a personas muy concretas.

Por razones de fácil comprensión, su mundo familiar se fue haciendo un mundo aparte, excepcional y autónomo. Es consciente de todo ello. Sin embargo, y por ello, el deshacerse de los chicos siempre le pareció el consejo más injusto. Ni las gracias debe a nadie para tener que pararse ahora a escuchar lecciones tan gratuitas. Son tan sólo tambores que no lograrán inquietar sus sueños. Cree, por supuesto, que vivir es errar, andar a la deriva, como dice María Zambrano. Pero nunca hará de su pasado una respuesta, de su experiencia una lección meritoria.

Martes, 16. Decide abandonar la lectura de María Zambrano para tiempos más tranquilos. Sin embargo, por alguna razón, se para en los últimos consejos de la autora: "En la vigilia el sujeto está entre la zona de claridad y la de la sombra: acechado por una y un tanto ofuscado por la otra, participa en las dos sin anegarse en ninguna."

Va pronto a la policía para denunciar la extraña desaparición de Carlo. Pronto vuelve a casa, pero bastante desanimado. Pero, aún así, más le desanima la madre del chico que le telefona.

- ¿Y cómo tampoco se fue al trabajo? - pregunta ella.

A partir de entonces se pone a formular otras hipótesis. Pero, ¿podría venir al trabajo y no a su casa?

- No, no es eso lo que quiero decir - añade la madre -. Pero es que Carlo es una persona muy difícil...

- Pues, la verdad, no lo parecía.

Sin explicárselo, termina el día recordando a G de John Berger: "Empiezo a alegrarme de haber vivido la mitad de mi vida. De una parte de ella no puedo quejarme. Pero desde ahora todo irá peor." Pero rechaza terminar pensando así.

Miércoles, 17. La mañana viene a levantar la extrañeza que se ha ido incubando en su ánimo. No recuerda haber tenido sueño turbador alguno sin embargo. La luz resulta evocadora acariciando sigilosamente las margaritas puestas la tarde de ayer junto a la fotografía de sus padres. Tal vez el aumento de la extrañeza esté relacionado - tampoco se puede afirmar que no lo esté - con el ruido de las obras en la calle. Pero no se para en esta consideración. Al contrario, piensa que una oración más confiada multiplicará los espacios

que pueda abarcar su mente durante el día. "Que la esperanza os tenga alegres, sed enteros en las dificultades y asiduos en la oración."

No debía encerrarse en su habitación. Las personas que sólo buscan certeza o seguridad frente a la verdad, jamás se verán libres de la angustia y del miedo. Es verdad que aún no tiene una palabra que designe lo que está pasando, es demasiado pronto. Pero la apertura al Espíritu siempre es buena, y le conferiría sin duda una claridad más profunda del carácter de nuestra vida y de la responsabilidad respecto a los que estaban a su alrededor.

Jueves, 18. En cierto modo, la mañana es bastante ajetreada. Tiene que sacar tiempo para muchas cosas. Por la tarde, no le sorprende que Javier muestre deseos de hablar con él. Es el chico más sensato que ha conocido, no hay nadie en casa cuyas opiniones sean más respetadas. Le pregunta si no sería mejor con todos. Trátese de lo que se trate, el hecho de sentarse a la mesa con los chicos le hace sentirse protegido. Por otra parte, esta familia ha logrado mantener una memoria lineal entre tantas dificultades gracias al intercambio de mensajes, ahora ya arraigados sobre todo en los momentos difíciles.

Por supuesto, se reúnen todos. Adivina ya en el primer momento la preocupación de los chicos. Su espontaneidad le encanta. No conseguiría, por otra parte, este su grado de seguridad de no contar con su sinceridad. De esto está muy convencido. Aunque para merecerla, es evidente que tuvo que librarse de muchos temores, tirar lejos bastantes caretas.

- ¿Dónde va a estar un chico enamorado y a quién despide su novia en la estación? ¡Por Dios, no seas tonto!

- ¿Creéis que Carlo está con Laura, vamos?

- Me parece estúpido que aún lo dudes - dice Javier.

- De ser así, ¿creéis que Carlo hubiera obrado de esa manera?

- ¿Por qué no? Vete a ver el tipo de novia que es ésa.

- Los estamos prejuzgando. Y, además, no sabemos dónde está.

- Bueno, pero hay algo que no nos ha querido decir.

- ¿Qué es lo que piensas tú, Javier?

- Que es una situación verdaderamente sorprendente. Pero que es él el que tiene que sacarnos de dudas. Hablaba muy poco... Con todo, no es eso lo que nos preocupa.

- ¿Y qué es lo que quieres decir con eso?

- Que la gente piensa mal. Deberías ser muy prudente.

- ¿Y de quién crees tú que pensarían mal?
- Sí, de ti. ¿De quién otro?
- Sería tener mucha imaginación, ¿no?
- No lo deseches. ¿De qué otra manera suele pensar la gente?
- ¡Santo Dios! ¿Y nos vamos a cruzar de brazos por eso?
- Tal vez no me explique - continúa Javier -. Estoy seguro de que si Carlo está con Laura, algo te está ocultando.
- Pero ni aún de eso estamos seguros.
- ¡Vaya! No creo que te podamos ayudar - interviene Iván -. Pero me gusta que te pongas en lo peor.
- Lo que pasa es... ¿Qué puedo hacer?

Las personas nunca serán como queremos que sean. No nos sirve de nada pedirles todo, pues al final podríamos quedarnos sin nada. Lo mejor que podía hacer ahora es dejarse sorprender. "Nada de impedir, el que no está contra vosotros, está a favor vuestro." El Señor, en la profundidad de su pensamiento y en la grandeza de su carácter, fue un maestro incomparable en el arte de descubrir lo más íntimo de la verdad remitiéndola a la relación existencial del hombre y del hombre con la verdad. ¿Pero cuál era ahora la verdad?.

Viernes, 19. Examina, con la idea de encontrar alguna pista, las cartas que Carlo ha dejado. Es consciente de que eso es violar una interioridad ajena, un espacio sagrado no suyo. Pero no se le ocurre otra cosa. Pero, ¿por qué de pronto el italiano se le hace tan incomprensible? ¿Aquella ominosa preocupación era de su madre, o tan sólo una ofuscación suya?

A través de las persianas la noche se ha acercado. El ruido de la gente que ha salido al frescor iba aumentando. Sus pensamientos no hacen ningún cambio de guión sin embargo. Es probable que para que Carlo dejara tras de sí alguna luz, no bastara que él hablara claramente. Como todos, el chico sólo pudo dejar tras de sí ambigüedad.

Es increíble. Hace tiempo que no se le ocurrían semejantes pensamientos. Pero en esta respetuosa quietud se le ocurren. Por otra parte, es evidente que Dios canta algunos de sus mejores cantos durante la noche. La Iglesia conoce muy bien este misterio. Precisamente celebra sus vigiliias durante la noche. ¡O vere beata nox! Sea en el establo de Belén o en una tumba vacía de Jerusalén. La noche lo hace todo nuevo. Pero ésta le recuerda a Anthony de Mello:

"Una oveja descubrió un agujero en la cerca y se escabulló a través de él. Estaba feliz de haber escapado. Anduvo errante mucho tiempo y acabó desorientándose"

Sábado, 20. Va leyendo **Trastorno** de Thomas Bernhard para poder soportar aquel primer viaje al barrio aquel tan a la periferia. "La salvación está donde no vamos, porque no podemos volver." Como el príncipe de la novela de Bernhard, lo hace desanimado y, en realidad, lo está.

Le cuesta Roma con San Pedro encontrar la dirección que busca. El dueño del bar se muestra muy amable... Le llama poderosamente la atención de esa persona desconocida. Hasta llega a pensar en la posibilidad de que allí pueda encontrar alguna pista. Pero también podía ser que no hubiera sido capaz de disimular su angustia.

Le resulta todo muy extraño. No se ve un alma a lo largo de toda aquella calle. Pero la aventura le tienta.

Hasta que, por fin, ve al anciano matrimonio asomado al balcón de un cuarto piso. Como estaba dispuesto a hacerlo, alegando preocupaciones orientativas, se atreve a gritarles. Baja el anciano al portal.

- ¡En modo alguno! No conocemos a ese chico. ¡Da vergüenza decirlo! No se comprende... Son pisos baratos... Debían controlar esto un poco. Esto es una procesión continua de extranjeros. ¿Quién los trae y quién los lleva? Los que hoy se marchen, pronto se volverán a visitar a los que vengan. Y ya lo habrá usted deducido: aquí nadie le informará.

Por lo que deduce, a aquel matrimonio no le hacía ninguna gracia la fauna que parecía venir y encontrar allí cierta ocultación. Por su parte, no quiere ejercer de ninguna de las maneras las funciones de espía. Sin duda, ha sido un viaje inútil.

Domingo, 21. Al mediodía, está en el piso de los chicos casados. Pablo, el cuarto de los nietos, le dice al llegar: "Abuelo, la guarra de la Vanesa me ha dejado para irse con el Iván." Encuentra cercana, inmediata la sencillez del niño de cuatro años. No necesita hacer esfuerzo alguno para acercarse a lo más sencillo de la vida, para comprender la ira del pequeño. Pero todo tiene cierta peculiaridad de interregno. También le gustaría reírse pronto de las inesperadas aventuras amorosas de Carlo, saberle enredando risas jóvenes por el Levante, aunque fuera con la pasión de un joven apenas desligado del desconcierto.

Lunes, 22. En casa se las ingenia para que nadie le recuerde que es el día de un cumpleaños. Pero no es posible. Desde hace catorce años esta casa está envuelta de sorpresas afortunadas. Observa cómo lo que los huma-

nos llaman fortuna es mentira: nadie se la pasa y sólo engorda en las mismas manos. Su fortuna, en cambio, nunca engordará ni resultará incómoda porque ha nacido muy espiritual. Por eso es tan grande, tan frágil, tan propia.

A la hora de comer, Santiago le dice que él va a ser cura. Le recita el Padre Nuestro que ha aprendido en la Catequesis. Yedra, su hermana, también lo sabe pero se niega a decírselo. Aarón les interrumpe para decirles que él será boxeador.

- ¿Boxeador?...

- Sí.

- ¿Y para qué?

- ¡Para qué va ser!... Para poder dar más ost... a los niños de mi colegio. Cuando los hermanos ya han salido del comedor, Yedra se queda con él.

- Tú al Santiago no lo creas, abuelo.

- ¿Y por qué no, Yedra?

- Porque soy yo la que va a ser cura, no él.

- ¡No me digas!

- ¡Ya ves! ¡Y bien que conoces al cura con el que me casaré!

Mariposas sutiles llenan la casa. Afortunadamente había llegado a tiempo para entrelazar el día con la interminable candidez del júbilo de los pequeños.

"Pero les entró la idea de cuál de ellos sería el más grande. Jesús adivinando lo que pensaban, cogió de la mano a un niño, lo puso a su lado y les dijo: El que acoge a este niño por causa mía, me acoge a mí; y el que me acoge a mí, acoge al que me ha enviado, porque el que es de hecho más pequeño de todos vosotros, ése es grande."

De vuelta, recuerda también a Proust: "La mejor parte de nuestra memoria está fuera de nosotros, en el soplo lluvioso, en el olor a cerrado de la habitación..., allí donde encontramos de nosotros mismos lo que nuestra inteligencia, no habiéndolo empleado, había despreciado, la última reserva del pasado, lo mejor."

Martes, 23. No es agradable comenzar la mañana con semejante hallazgo. Debajo del colchón de la cama de Carlo encuentra algo inesperado. Es curiosa su reacción. Si tal hallazgo le inclina a pensar en Carlo y en su novia; por otra parte, le altera el sonrojo de Carlo si se enterase de tal descuido. Lo tira al servicio no pensando más que en verlo desaparecer rápidamente. También en esta casa hay trapos sucios.

No dice nada a nadie. Tampoco más tarde, a la mesa, se le ocurre suscitar una conversación. Pero de ello se encargan los pequeños. Ellos están de buen humor. Es una ayuda. Y vuelve a sentir esa punzada de orgullo al pensar lo afortunado que era el tener una familia tan sencilla en su profundidad...

- ¿Has encontrado a Carlo, abuelo?
- Todavía no, pero pronto.
- Pues a papá le parecía buen chico.
- Sí lo es.
- ¿Lo querías como a mí?
- Menos que a vosotros, pero tanto como a papá.
- Y si Iván se fuera, ¿lo buscarías? - sigue Aarón.
- ¿Por qué no?
- Ah, pues yo lo dejaría. Eso es una fiera, no me hace maldito caso.

Les lee la parábola del Hijo pródigo. ¡Cuántas cosas entraban en su cabeza en este momento que los niños no comprenderían! ¿Cómo les diría que el padre de la parábola no era él? También él había perdido el tiempo, teniendo envidia. No se pondría a hablarles de lo que no sabían. Con cuatro años, había llevado en brazos a su hermana de meses para que se la cambiasen en la tienda más próxima por una caja de galletas.

San Francisco de Asís había llamado a la inseguridad "hermana". Y hay que creer que lo que uno elige para sí es bueno. "El que trata de poner su vida a seguro, la perderá; en cambio, el que la pierde la conservará". San Ignacio de Loyola, en una meditación de sus Ejercicios Espirituales, la de las dos banderas, nos describe la estrategia del mal como una posesividad de seguridades otorgadas por la riqueza, el prestigio y la instalación de la soberbia, que es la absolutización de la seguridad en uno mismo. El proceso cristiano es el anverso al camuflaje natural de la seguridad. La cruz es el lugar humano último de la seguridad. Es un monumento a la inseguridad.

Miércoles, 24. Debía ir a buscar trabajo para Ros. El hecho de que tal vez tuviera que repetir curso, le hacía pensar en un trabajo que pudiera compaginar con los estudios nocturnos. Era la primera vez que recurría a esos amigos. No volvería más por allí. Nada conseguiría. Todos los que alcanzan cierto poder, pasan el tiempo justificándose y alabando su propia obra. Pero es evidente que con estas consideraciones nada práctico lograría. Pues los mismos chicos no deberían a ciertas edades demorar importantes decisiones sobre su identidad, descubrir qué clase de personas desean ser. Ninguno de

ellos puede dominar solo la situación. El diálogo es mucho más que un lujo del que podamos vanagloriarnos: es una necesidad vital.

Por la noche vuelve a llamarle la madre de Carlo. Y le hace las preguntas que más le desaniman. Pero intenta comprender su desarme. Una madre es una madre. Y es que de ninguna de las maneras puede entender que él no sepa nada de Carlo. El comprende su desesperación. Esa desesperación le lleva otra vez a Bernhard: "Lo esencial de una persona, dijo su padre, sólo se nos mostraba cuando teníamos que considerarla perdida, cuando esa persona se estaba despidiendo de nosotros."

Jueves, 25. Antes de empezar el día ya había decidido disfrutar cumpliendo con sus obligaciones, sentirse completamente relajado sin exigirse esfuerzo alguno. Lo sabía. La oración del Señor había sido el espacio en el que él comulgaba íntimamente con su misión y en el que renovaba su acuerdo total con lo que quería el Padre. Estaba dispuesto a que su alabanza fuera un desahogo silencioso, por mucha caligrafía divina que encontrara que por su trazo increíble, por el manantial de su expresión increíble viniera a trastornar las líneas de sus deseos.

Viernes, 26. Empieza muy mal el día de un débil santo. Las cosas no iban a mejorar tampoco más tarde. Ha tenido un sueño particularmente angustioso, sin transcripción posible. Desde su cama, observo una enorme rata que no sabía cómo había podido haber entrado en su casa. Se quedó mirándola. Estaba muy silenciosa, pero permitiéndose ciertas familiaridades. Ella se aproximó excesivamente. De repente, ¿había intentado atacarle el corazón? Los pelos se le pusieron de punta. Fue presa de una desazón insostenible, cuando, en un instante, fuera ya de la cama comprobó que la rata había sorprendentemente desaparecido. El despertar no le tranquilizó, pues las preguntas sonaron en su cabeza como tambores. ¿Era a él o a Carlo, a quien quería destruir la rata? ¿Había huido como Carlo?

Un día así no era para estar preso de nada, indignado o algo así. ¿No había leído cosas que no podía olvidar aún teniendo sueños de este tipo? Por ejemplo: "En los períodos particularmente angustiosos se multiplican hasta formar un mundo aparte y paralelo al de la vigilia y más real que él." ¿Con el sueño toda la vida coincide? Podía ser. Sin duda, la emoción tan intensa del sueño viene a teñir el estado de ánimo de todo el día.

Se afeita muy temprano. Pero antes de hacerlo, pasa un paño por el espejo, tantos días abandonado al laberinto de las huellas. Nunca había comen-

zado un 26 de agosto con un exordio tan desagradable. Tampoco exigía demasiada fantasía un santo que ya no aparecía en las epactas. Parece ser que alguien lo había tachado de hereje, o algo así. Puede ser que como era papa, nadie se atrevió a echárselo en cara.

¡A ver cómo lo celebras!, parece decirle el espejo. Iba a hacer lo posible para no echar nada de menos durante el día. Acallando el sueño tenido, indiferente, pasaría el día. Pensando como Vasco Pratolini: "El corazón del hombre es un mecanismo de precisión, provisto de algunas palancas, que resisten al frío, al hambre, a la injusticia, a los malos tratos, a la traición, pero que el destino puede vulnerar como el niño al ala de la mariposa."

Por la noche se despidió del santo: "Que tenga una idea de sí mismo que corresponda lo mejor posible a lo que realmente soy."

Sábado, 27. Vuelve al dichoso barrio. Y en realidad advertido de que su viaje podría terminar en fracaso. Por todos los rincones ahoga la modorra del verano. En cualquier otro momento se hubiera alegrado con las vacaciones de la gente sencilla, ahora no. Sin embargo se entera de que Laura volvería a la mañana siguiente. Cuando se lo dicen, se le abren infinitas de puertas. Aunque advirtiera extrañado que lo que descubría ponía en peligro todo lo que Carlo le había dicho sobre su novia. Se para a pensar. Aquella disonancia cognoscitiva no debía caer, en cambio, en la vieja costumbre de matar al mensajero. Tendría que superar el miedo a cambiar de perspectiva, adaptando puntos de vista hasta ahora insospechados.

Domingo, 28. No es un día como los demás. Al mediodía logra hablar con Laura, muy sorprendida. Le dice que espere un momento. Poco después le habla, al parecer, desde otra habitación. Le cuenta lo que está pasando y le pregunta si puede ir a verla. Ella le responde que prefiere venir a su casa, y que lo haría al instante.

Y la verdad es que no tiene mucho que esperar. Le sorprende la rapidez. Pero, sobre todo, tiene que pedirle disculpas por no haber bajado a esperarla. ¿Viene acompañada de su madre? Pronto sale del error: Laura era la que cojeando visiblemente se apoyaba en las muletas. Era su amiga Rocío quien la acompañaba. Inmediatamente intenta subsanar su error, tratándola con cierta afectada amabilidad.

- Me ha puesto usted nerviosísima hablándome de la policía.

- Lo siento de veras - le dice -. Pero a mí, comprenderás, no me preocupa en absoluto la policía sino Carlo.

- Pues durante todo el mes no lo he visto. ¿Lo ha llamado a Italia?

Nota cierta alarma en la chica.

- Ha desaparecido la noche del día 7.

- Pues tampoco ha llamado a una amiga, le había prometido llamarla.

- ¿Has ido a despedirle a la estación, no?

Ahora le viene como una sacudida, un estremecimiento.

- Sí. ¿Y quién se lo ha dicho?

- Carlo se lo dijo a uno de los chicos.

Se alivia con su respuesta.

- Sí, he ido.

- ¿Tenía algún plan de futuro?

- Si lo tenía, no me lo ha dicho.

- Y siendo novios... ¿no te ha extrañado que no te llamara durante todo el mes?

- Si ya lo sabe, ¿a qué me lo pregunta?

Se da cuenta de la incomodidad de la chica. Pero esto no le frena, pues ese su no querer hablar de Carlo le descorazona.

- Te quería decir... que me sorprende tu manera de hablar de él.

- Sin duda alguna porque usted cree más a la policía.

- Eso sí que no me preocupa. No creo en la policía ni la policía me cree a mí.

- ¿Entonces a qué me llama?

No estaba dispuesto a tolerar su respiro y le miente:

- Carlo ha venido a España y aquí lo han recogido la mañana del día 8.

- ¿Quién se lo ha dicho?

- No te lo voy a decir.

- Pues yo no sé nada de Carlo. No lo he visto en todo el mes. Y dígaselo así a la policía.

Asoman unas lágrimas en sus ojos. No cree que lllore para ella ni para su amiga. Lloro para él.

- ¡Pues vaya mono con la policía! ¿Y Carlo? - termina diciendo.

- Iván y Ros habían salido a la calle para dejarlos con mayor libertad. El primero en volver es Ros.

- Me ha dicho Iván que la novia de Carlo es muy majilla.

- La rubia del vestido azul era su amiga - le dice con bastante mala leche.
- ¿No vino Laura entonces?
- Sí.
- Entonces Iván se confundió.
- Es lógico.
- ¿Qué te pasa? Estás un poco raro, ¿no?

Todos se sienten muy mal. Cuando pasan a charlar a la salita, todos parecen estar interpretando una misma cosa: ¡cómo una novia puede venir a interesarse por otras cosas y no por su novio desaparecido!

- A mí que no me vengan con paripés, esas tipas saben demasiado - dice Ros.

- ¡No hables así! Pero ¿qué te importan?
- Iván tiene razón. Esas zorras algo están liando - interviene Ros.
- Por favor, poneros en el pellejo de Carlo. No hablaríais así, ¿no?
- Eres un ingenuo. ¡Eso no es una novia!
- Eso lo tendría que decir Carlo.
- Como quieras. Pero ¿has logrado saber por qué no ha vuelto?

Se encoge de hombros y sonrío con tristeza. El tenía más motivos para otras dudas más serias ahora. Laura era pelirroja y no morena como le había dicho Carlo; sin duda, era bastante mayor que él, y aparentaba mucho más de veinte años. Sin embargo no le da excesiva importancia a estas observaciones. Comprende que lo que le hace sentirse tan mal, es haber esperado alguna luz en su búsqueda y encontrarse ahora temiendo que no la encontraría. Los chicos permanecen en la salita. El se sale cuando ve que ya no tiene palabras para expresarse. Debía dejar en lo posible las resonancias de la visita y ponerse a pensar otras cosas.

Asomado al balcón, mira el turbio confín de la calle, el indiferente regreso de la noche. ¿Cómo cuestionar sus principios sin abandonar sus preocupaciones? La moral cristiana no significa fidelidad al catálogo de mandamientos, sino a la incatalogable vivacidad del bien que no se mueve bajo el "debes" de los mandamientos, sino bajo el impulso del "puedes" del amor.

El amor consciente deberá seguir alimentándose con el servicio desinteresado, la acción concreta, con la búsqueda sosegada por malas que sean las circunstancias.

La esperanza se nos morirá entre las manos si tenemos la impresión de que hemos fracasado, que Dios nos ha abandonado. Pero nada tiene priori-

dad en su talante sobre su qué hacer en la búsqueda de Carlo. Hay que seguir buscando, aunque este no saber qué hacer, sea una peligrosa tentación. Esperaría contra toda esperanza.

Lunes, 29. Al despertarse, decide quedarse en la cama pues se siente bastante mal. Su propio diagnóstico no es alarmante. Tiene claro su problema: todas esas dudas que tiene sobre lo que hace y lo que debería hacer. Pero Iván aparece a la puerta de la habitación. Había venido a casa un policía amigo. Probablemente traería alguna buena nueva.

- ¿Tú sabías a quién tenías en casa?

- A un chaval muy formal.

- ¡Pues, menudo pájaro!

Le alarman estas palabras.

- ¿Cómo me dices eso?

- Piensa lo que quieras. Pero estaba explotando a una anciana. Fue detenido cuando intentaba cobrar un cheque falso.

- ¿Dónde está?

- Escondido por la ciudad.

- Me resulta imposible creerte.

Y de ninguna de las maneras lo creía. Pero sin embargo se va corriendo a la policía. Sin saber por qué, todas sus ideas bordean la perplejidad. Lo tiene claro: nadie le vendría a descubrir un Carlo completamente distinto.

- Sí, se trata de Carlo Dini. ¿Usted lo buscaba, no?

- Claro. Pero mi chico no se apellida así.

- Ese chico estuvo aquí conmigo hace unos días.

- No lo entiendo. ¡Pero si yo he puesto la denuncia hace ya veinte días!

- Pues me vino, después de que el juez lo dejara en libertad.

- Pero ¿cuánto tiempo llevaba con la anciana?

- Casi dos años, al parecer.

- Eso es imposible. Carlo no salía de casa en toda la semana. Sólo los viernes y sábados. Y era muy cumplidor en el trabajo.

- No lo controlaría bien usted... Bueno, es muy difícil controlar a un chico de esa edad.

- Estoy enormemente sorprendido. Carlo sólo me ha dicho una mentira. Claro que yo he sido muy imprudente preguntándole la edad de su novia. Perdóneme usted, pero lo que me ha dicho me resulta imposible. Le ha dicho que llevaba dos años con la anciana, ¿no? Eso es imposible.

Es una mala tarde. Se encuentra tan mal que hasta el intento de relajarse con la lectura le resulta fallido. Coge **El baño** de Raymond Carver. Era posible que no fuera la narración más conveniente para aquella desazón. Todo le iba saliendo mal, hasta que suena el teléfono:

- "¡Acabo de llegar!

- "Aquí hay una tarta que no han recogido.

- "¿De qué habla?

- "La tarta -insistió la voz.

- "No sé de qué me habla.

- "No me venga con esas -dijo la voz.

- Perdone... pero... pensé que los chicos hablaban en broma el día 26. Quería decirle... que sólo querían tener simplemente ese gesto de encargarse por encargarse una tarta un día así. ¿Me perdonará?

- ¿Qué dice usted?

También debe pensar que estaba hablando con un loco.

Es difícil abandonar ciertas buenas costumbres. Tiene tiempo para comprobar que todas las buenas narraciones tocan a nuestra realidad en algún punto. Que ninguna es irreal.

"El universo nos responde con oscuros enigmas de un pasado que se niega a rendir sus secretos." (**Reliquias muy queridas**, William Kennedy).

Martes, 30. Se levanta pronto de la cama. Es lógico que a esas horas ande solo por la casa. Está leyendo hasta que siente ganas de desayunar. No recuerda lo que soñó. Pero tampoco hace esfuerzo alguno por recordarlo. Antes de tiempo, comienza ya a degustar la fruta y el café. No sabría decir por qué se acuerda de Bonhoeffer. Pero de todos modos, bien estaría que sus últimas palabras fueran su propósito de hoy: "Rompe el círculo de tus dudas ansiosas para afrontar la tempestad de los acontecimientos; guiado sólo por la ley de Dios y por la fe, la libertad acogerá tu espíritu en el júbilo."

A lo largo de la mañana, cada vez que terminaba de hacer algo, sus pensamientos volvían a Carlo sin embargo. Aquel pensamiento venía siempre a aminorar su felicidad. ¡Cuánto le daba que pensar! Con todo, seguía convencido de que Carlo había estado con Laura. Era evidente que ella había puesto sumo interés en negarlo. No obstante, piensa que la aventura de Carlo, para no ser injusto, había de ser valorada conforme a su especial inmadurez. No pocas cosas sorprendentes le aguardaban tal vez. La chica, por otra

parte, le había parecido lo suficiente taimada, por lo que había visto, para no meterse en riesgos imprudentes. Pero no duda a la hora de ponerse por fin a desayunar. Por otra parte, le permitía calmarse pensar que la sorpresa que le había dado la policía se debía a una confusión. Hoy no tenía otros motivos para una desazón mayor.

El reloj suena a las diez. Iván viene dispuesto a desayunar también. Tarda un rato para servirle. Siempre su desayuno era diferente. El chico espera. Es cada día más serio. Conversa con él. Pero hoy el chico habla con la misma celeridad del rayo.

- Haz lo que quieras. Pero lo estás haciendo muy mal.
- Nunca se deben tomar las cosas tan a la tremenda -le dice.
- Te encuentro cada vez peor. Vas a caer enfermo, ya lo verás.
- No te preocupes, Iván. ¿Qué es lo que te hace pensar así? Te lo agradezco, de veras. Pero aún no te puedo dar la razón.
- ¡Te lo digo yo! Te estás pasando.
- ¿Qué me estás diciendo?
- Hazme caso: llama a Laura y métele miedo. Ya me gustaría a mí tropezarme con ella. Ya verás como se aclarará todo.
- No me hables así, y llamaré a Laura.
- Será mejor que lo intentes hoy mismo.
- ¿Te digo lo que pienso?
- Pero ¿eres capaz de pensar en otra cosa?
- Claro que sí. ¿Por qué no vamos a desayunar fuera?
- Hecho.

Durante el desayuno hablan de todo. Todo lo que dice el chico le hace recapacitar. En verdad la huida de Carlo no era razón para arrinconar, como lo estaba haciendo, las cosas de los restantes chicos.

La familia es el reflejo de las personas que la componen. Por eso la desaparición de Carlo era visible en el desconcierto de la casa y hasta en el ambiente material: el orden, el horario de las comidas reflejaban bien a las claras el corazón de todos. La casa es como la prolongación del corazón. Si bien él se preocupaba más por Carlo y los chicos más por él. Durante el desayuno con Iván tiene por primera vez una vaga noción de su exceso. Aunque sabiendo que por ahora las amarras de su conciencia no cederían. Con todo, el amor no es hacer cosas extraordinarias o pasar el día pensando en Carlo, sino hacer también las cosas ordinarias con ternura.

Marca. Pasan unos segundos. Coge el teléfono una voz desconocida.

- ¿Quién es usted? -pregunta.

- Alguien que quiere hablar con Laura.

- Oiga: no nos venga a meter en líos a mi familia. Bien nos conoce el párroco que, oiga usted, bien le puede decir quiénes somos.

- Yo sólo quiero saber dónde está Carlo.

- No quiero saber nada de ese asunto. Pero le paso con ella.

Tal vez no fuese una persona tan desagradable, pues pasó el teléfono inmediatamente. Pero, a pesar de que sus pensamientos desconsolados lo frenan, piensa que no tiene tiempo que perder.

- Carlo me ha llamado ayer.

Hace como que no entiende.

- ¡Cómo!

- Sí. Pero no pudo hablar mucho.

Se lo estaba poniendo más difícil de lo que esperaba.

- ¿Qué te ha dicho?

- Que no podía hablarme desde donde estaba, que me llamaría por la tarde. Pero no llamó.

- ¿No se disculpó por no haberte llamado antes?

Una pausa.

- Bueno, me dijo que le escribiera a su madre, que estuviera tranquila, que no pensaba volver por ahora.

- ¿Le vas a escribir?

- ¿Cómo? ¡Si ni siquiera sé su nombre!

Sin conseguir poner en limpio el exacto sentido de lo que oía, en contra de lo que era habitual en él, le dice:

- Pero sabes muy bien que Carlo está escondido muy cerca.

- Pero ¿qué ha hecho ahora? -pregunta, notándosele la sorpresa ante su afirmación.

No esperaba su ingenua pregunta. Se sobrepone.

- Parece ser que la policía le busca...

- ¿Y por qué no me lo ha dicho antes?

- Si yo hoy no te llamo, ¿me hubieras dicho que Carlo había hablado contigo?

- ¡Usted no me cree!

- ¡En absoluto!

- Es problema suyo.

- No lo dudes. Pero desde ahora también lo será tuyo.

El teléfono enmudece. Pero, al fin y al cabo, ha descargado, es verdad. No sabe cómo ha llegado a decirle tales cosas; pero aunque cerrara una puerta con tantos interrogantes, estaba muy conforme con la decisión que tomaba.

¿Le dice lo que piensa a Iván? Para evitar cualquier desviación, se queda en silencio cuando éste vuelve.

Miércoles, 31. Ha tenido veintidós domicilios, no ha dado ninguna vuelta al mundo, aunque miles a Asturias y España; pero es justo decir que ya no le trastorna ninguna mala sorpresa. Y en realidad, se puede decir que no ha perdido la esperanza de recibirlas buenas.

Decide ir con los tres chicos -Javier, Iván y Ros- a sentarse en la terraza más cercana. Toda la gente parecía festejar algo. El mismo piensa: "Estoy bastante mejor." Responde todo a impulsos ocasionales, pero le sirve de desahogo.

- Hombre, si andabas como atontado...

- Ahora, que también te digo, que en tu lugar hubiera hecho lo mismo.

Vuelve a recobrar la calma. Pero todo tiene un precio. Para lograrla se propone no hablar de Carlo en toda la tarde. Por lo pronto las cosas salen bien.

Jueves, 1 de septiembre. Por la mañana se siente casi nuevo. Como si hubiera vencido algún temor: no con la fuerza de voluntad armándose de valor, sino simplemente con la naturalidad de un desinteresado despertar. A partir del primer momento, piensa en dedicar el día entero a la familia.

"Los reyes de las naciones las dominan, y los que ejercen el poder se hacen llamar bienhechores. Pero vosotros nada de eso; al contrario, el más grande entre vosotros iguálese al más joven, y el que dirige al que sirve."

El propósito dio resultado. Pero no por eso deja de sentir el latigazo de culpabilidad al caer la tarde. Se arrepiente de no haber pensado en el chico desaparecido.

Viernes, 2. Se levanta a altas horas de la mañana. Ha soñado que Carlo estaba a la puerta llamando. Sale de la cama de inmediato y a la luz del amanecer comprueba que a la puerta no hay nadie. Sin duda alguna, los sueños son rescate y aparición de lo perdido. Y teme que el día no vaya a discurrir según lo que se ha propuesto. Tal vez por eso, decide relajarse con un ejercicio de yoga, mientras escucha el **Concierto para violín nº 2 en mi mayor** de J. S. Bach. La serenidad, el silencio y la contemplación van liberando su interior.

"En la paz y el silencio de tu recogimiento, en la acción y la prisa de tu vida activa, busca y ábrete a la profunda transformación de tu persona, contemplando, con tu mente clara y tu atención concentrada, todo aquello que es tu propia naturaleza...".

Por otra parte, observa, más tarde, a los chicos un tanto nerviosos. Como si hubieran trabajado meticulosamente una pequeña escena pero muy importante para ellos. Y es así. Tenían la necesidad de que él ejerciera su autoridad, que se mantuviera en esos límites razonables para ellos. Cada uno sabe muy bien las preguntas que le va a hacer. No cabe duda alguna de que en el contexto familiar él debe proporcionarles un modelo de papel sexual y laboral en su período de transición. Y en una situación así él les agradece su valentía y sinceridad.

No quiere confundir el error de mezclar el entender con el explicar. Ellos son muy directos en sus preguntas. Piensa que las sombras dejadas tras la desaparición de Carlo salen ahora de ese rincón en el que las sospechaba. ¡Es mejor así! Por eso, cuando salen, intenta desde el primer momento comunicarse consigo mismo para poder entenderles mejor, Hablándoles de su libertad interior, logra explorar sus propias equivocaciones.

- No pierdas el tiempo con él. ¡Vamos! -dice Javier-. ¿Quién te va a entender?

- ¿De veras?.

- No es asunto para bromas -dice Iván.

- Bien; lo siento.

- ¿Comprendes lo que te queremos decir? -vuelve a decir Javier-. No entendemos esa actitud. No es lógica en ti.

- Desde luego. Aquí hay bastante poca lógica. Pero creo que mi actitud es bastante razonable -le responde.

- Pero eso no puede ser. Carlo se ha marchado, y tú, parece que has perdido alguna otra cosa.

- Puedes creerlo o no... Puedes creerme o no... Pero nunca os pediré una fe ciega, que puede tener unas consecuencias tan desastrosas como un amor ciego.

- ¿Crees que te has explicado? -pregunta Ros.

- Pues no mucho. Para lo que no entiendo, tampoco busco explicaciones. Sobre todo ante vosotros.

Debe recomponer su proceder en casa. Presiente que, si Carlo tarda en aparecer, las sorpresas empiecen a atropellarse. Decide actuar de otra manera.

Sábado, 3. "La ciudad, el invento colectivo más precioso de la civilización" -lee en Rojas Marcos- "se convierte en un enorme recipiente repleto de poderosas fuerzas y, a menudo, autodestructivas". Desde luego, los padres deben tomar conciencia del hecho que el conocimiento que adquieren los hijos no es natural ni objetivo, sino más bien una construcción social que encarna determinados intereses y supuestos. Sin duda, algunos son más vulnerables que otros a determinados tipos de presión. Pero, en todos casos, la influencia parental aumenta allí donde es más intenso el afecto padre-adolescente. ¿Los compañeros sólo ejercen un afecto nocivo bajo determinadas condiciones?

La verdad es que no sabe en quién está pensando al plantear estas cuestiones. Sin embargo, no teme sentir imposible el arribo a una explicación fiable, estar perplejo pues está seguro de la objetividad del amor que se tiene en casa y de su obstinada perseverancia.

En momentos así le basta recordar el texto de San Agustín. "Mas en aquella noche yo partí a escondidas, cuando ella (la madre) llorando y orando; ¿y qué pediría?; Dios mío, sino que no me dejases navegar; mas vos mirando altamente la raíz y meollo de su deseo, no hiciste por entonces lo que os rogaba, por hacer en mí lo que ella más quería."

A la espera, se sienta pacientemente a tomar unas notas en su agenda. Ros no tarda en llegar.

- Bueno, te veo más tranquilo -le dice el chico.

Le ha preguntado cómo había hecho el examen.

- No esperaba tu pregunta -continúa-. No sé qué decirte, me extraña ese tu interés por mis exámenes.

- ¿No es natural, Ros, que me interese por tus cosas? ¿Lo dudas?

- Sin duda. Pero estos días te veía en otro mundo.

- He decidido no hablar más de ese asunto.

- ¡Vaya! ¿Estás seguro de que lo harás?

- ¡Cállate! -responde al chico-. ¿No querrás ser tú ahora el que saque el tema? Charlemos de tus exámenes.

- Como quieras. Pero no sé aún los resultados. ¿Qué te pasa?

- No te preocupes por mí.

- ¿Lo ves? ¿Qué estás pensando ahora?

- Algo muy raro.

- No es posible.

- Me pregunto si sólo los sentimientos, y no las palabras y las razones, serán los que desde ahora nos unifiquen.

- ¿Por qué te haces ahora esas preguntas? No te comas así el coco.

- La cosa no es tan sencilla, Ros.

Domingo, 4. Tiene un mal sueño. Tampoco logra explicar con naturalidad a Magnolia la doctrina católica sobre el control de natalidad. Así que, después de comer, va a dar un paseo hasta el parque más cercano. No elige el lugar deliberadamente; sino que es la soledad hospitalaria quien lo elige. Lleva el libro de las Confesiones de San Agustín.

Esta lectura suscita en él, haciéndole retroceder en el tiempo, un paréntesis de desahogo en sus persistentes recuerdos que estos días le asedian en una especie de complicidad expansiva.

Se demora un buen rato pero retenido más por la lectura alentadora que por el sigilo del buen momento.

Lunes, 5. A media mañana encuentra a Iván y a Ros estudiando. No lo esperaba. ¿Quieren que él los vea? Se van a ir a jugar un partido de fútbol por la tarde. Piensa que para que ellos aprendan a aprender han de saber más bien que se trata ante todo de una cuestión de actitud o método. ¡Pero qué difícil resulta enseñarles a utilizar estrategias y tácticas! Su esfuerzo resulta a veces tan ímprobo como inútil. Con todo, bien se merecen que siga pensando en cómo ayudarles a reflexionar sobre las vivencias y a construir nuevos y más completos significados. Pero hoy no lo va a pensar más por ahora. Son puras cábales antes de un partido de fútbol.

Martes, 6. Cuando abre la novela **Campo de Agramante** de José Manuel Caballero Bonald, también empieza a sentir una sensación de vértigo que si bien no ha experimentado hace tiempo, es reconocible sin embargo. En un primer momento, piensa que tal vez tan rara sensación bien pudiera ser debida al agotamiento, pero pronto, al leer el remite de aquella carta que le entrega Javier, se pone a dudar del origen de su turbadora confusión. Aun sin saber el porqué, pronto descubre el irritante desajuste que le va invadiendo. Pronto Javier interrumpe la lectura preguntándole:

- ¿Cómo anda eso?

- Pues no entiendo nada.

- Y bien que se nota. ¿De qué se trata?
- No tiene mayor importancia.
- ¿No?...
- Es una carta de una institución benéfica.
- ¿Qué te piden?
- ¡Doscientas mil pesetas!
- ¡Caray! A ti todo el mundo te tiene calado.
- No exageres.
- Te conozco. ¿A qué viene eso ahora?
- Parece que ha habido una renovación de personal. Pero les he pagado el préstamo pedido en los diez meses siguientes. Esto ya hace doce años. ¿A qué viene todo esto ahora?...
- Anda, olvídale.
- ¿Por qué lo voy a olvidar?
- ¿Es que te dicen algo más?
- Que devuelva el dinero cuanto antes. Parece ser que quieren ser personas muy responsables.
- ¿Cómo?
- No tolerando que yo juegue con el dinero de los pobres.
- ¿Te dicen eso? ¿Por quién te han tomado?
- No digas más. Todo esto lo arreglaré. No te preocupes.
- ¿Te atreverás?
- Naturalmente.
- No, no es eso.
- ¿Qué estás pensando, Javier?
- Pero dime, ¿y sigues siendo...?
- Pero, ¿qué vas a decir? Me ofendes.
- Pero dime, ¿te defenderás?
- ¿De qué?
- Es curiosa tu manera de pensar.
- Déjalo.
- Después de esa carta..., ¿no les vas a tapar la boca?
- Ya lo estoy haciendo, Javier.
- Jod..., qué lenguaje tienes. ¿Y quieres que te comprenda?
- Me parece que estoy hablando con sinceridad contigo. Pues, para ellos, éste es un lujo peligroso que me toma a tu costa.

- ¿Y qué tiene eso que ver con el dinero que te piden?
- Una ocasión equivocada para decirme otras cosas.
- ¿Me lo explicas?
- Es muy sencillo.
- Lo será para ti... Sigo sin entenderlo.
- Sin duda me quieren trasladar y no se atreven por vosotros. Es posible que el nuevo director haya encontrado la concesión del préstamo... Pero en vez de comprobar lo ocurrido, seguro que se fue corriendo a contarlo. Pero no te preocupes. Resultará tan sólo una broma de mal gusto.
- Bueno; y también una admonición.
- Qué importa, cuando no se atreven a hablarme claramente. Pero ¿has entendido algo?
- Muy poco.
- Mejor. Cuando nos lo expliquemos todo, más lejos estaremos de la verdad.
- Quisiera saber si todo esto tiene algo que ver con Carlo.
- "¿Hay algún modo de que comprendas esto?... Hoy he comprendido algo acerca de mí y he tratado de explicártelo... Creo sencillamente que no tengo la habilidad necesaria para hacértelo comprender. No importa de quién es la culpa. ¡Al diablo con todo eso!"

El hecho de que tal vez no le diga las últimas palabras (palabras de Biff, **La muerte de un viajante**, de Arthur Miller) no le crea problemas. En fin, es difícil explicarlo. Javier se queda mirándole. Sin duda ha entendido muy poco. Pero a él le tranquiliza ver que su seguridad no se ha deshecho.

Es la experiencia la que es maestra de la vida. En un primer momento se siente confundido. La instrucción que ha recibido no le ha preparado para situaciones como en las que se encuentra. Aunque, en cualquier caso, siempre es mucho lo que hay que crear. Al entrar en la habitación, completamente oscura, advierte de que no es realmente así. Un pequeño rayo de luz que la ventana deja pasar, le recuerda que otros, por la calle, seguían los pasos de otra luz aún más insegura.

"La vida misma brota clara y fangosa de las fuentes. Por eso toda "pureza" excesiva carece de vitalidad... Cualquier renovación de la vida necesita tanto lo fangoso como lo claro y cristalino." (C. J. Jung)

Miércoles, 7. Recuerda con prontitud el sueño que ha tenido. Entraba en la estación del metro, veía una inmensidad de marroquíes parados en el ves-

tíbulo. Tal vez el metro estaba ya cerrado. Un desconocido, sorprendentemente amable, le dice: "Usted busca al chico perdido. Lo encontrará arriba. Lo tiene cerca." Da vueltas por arriba. Pero Carlo no aparece.

Comprende, al despertar, que sólo ha sido una liberación de su conciencia. Aunque también es posible que el sueño fuera el revivir alguna vivencia anterior que ahora le era imposible recordar.

No todo el mundo es igual sin duda alguna. El mismo Gustavo Thibon, al que ahora no sabe por qué recuerda, había dicho: "Me siento más cerca de un ateo profundo que de un cristiano superficial." Está sentado a la mesa invitado por su superior. En un ambiente bastante desapacible, incluso incómodo. Todo se reduce a un frío circuito de rutinas. Pero hay un momento en el que ve cómo le sonrío cada vez que con amabilidad forzada le habla de no sé qué capítulo de cierta novela. Cuando se da por aludido, no se le ocurre añadir respuesta alguna y da por cancelada semejante invitación. Salta y sale de estampida. Siempre ha creído imposible la ruindad entre los que se llaman compañeros.

Llega a casa. Iván le dice:

- Apostaría cualquier cosa a que tus compañeros siguen tus pasos. ¡Ten cuidado con ellos!

Le pide que le lea un pasaje de **Ataúdes tallados a mano**, de Truman Capote.

"Yo: He visto a un hombre que conocía.

"Jake: ¿A Quinn?

"Yo: No, a Quinn, no. A su gemelo.

"Jake: Habla en cristiano. Bueno, Bob, Quinn cree que es Dios Todopoderoso.

"Yo: No lo cree. Está convencido.

"Jake: Y algún día cercano labrará el tuyo. O yo no me llamo Jake Popper.

E Iván, con buen olfato, se para cuando Truman Capote empieza a liarse en disquisiciones demás. Sin duda alguna, no parece demasiado arroz para tan poco pollo, pues añade:

- ¿Este Quinn era cura?

- No. ¿Por qué?

- Porque el día menos pensado labrará el tuyo. O yo no me llamo Iván.

- ¡Qué sorpresa, Iván! ¡Interpretando un texto en el contexto más punzante!

Jueves, 8. Esta fecha recupera prolijos recuerdos. Su madre le dijo: "Debemos llevar un recuerdo." Aquella fotografía siempre está ahí, sobre la mesa de estudio. Está con su madre en la gruta de Covadonga. En negro y blanco nunca evadiéndose del color de la imagen de la verdad. O tal vez entrando en ella. Es la fotografía que más le gusta. Aún no sospecha que tan pronto aquel negro iniciara el instante de desear la muerte de su madre, pretendiendo en vano librarla de la crueldad de aquel sufrimiento. Negro que también le permite ver, el mismo día de su entierro, el cáncer que tan calladamente iba bordeando los límites de su padre. Le parece que ha sido ayer. Pero también el blanco le proporciona una evidente emoción a su mirada. Aquel dolor que no comprendieron, lo soportaron solidariamente.

Un día así, en esa casa es obligada la fabada asturiana. No es él el más indicado para decirlo, pero la verdad es que le ha salido buena. Aunque se queda corto, como temía. Con aquella comunidad a la mesa, mejor, abrazada a la fabada, goza de infinidad de sentimientos. Sin estos chicos ya no se entendería a sí mismo.

De vuelta, en el autobús, le sorprende su falta de sentido de observación esta tarde. No le hace ninguna gracia que un día así los demás viajeros se sientan más felices que él. Es el que está de fiesta. Apoya su cabeza en el respaldo para asociar su vuelta a casa con la paz que ahora acariciaría la gruta de Covadonga. Las presencias y las ausencias se igualan. Con todo, da las gracias.

"Por la entrañable misericordia de nuestro Dios,  
nos visitará el sol que nace de lo alto,  
para iluminar a los que viven en tinieblas  
y en sombras muerte,  
para guiar nuestros pasos  
por el camino de la paz."

Viernes, 9. Un amigo le transmite una contenida zozobra, una especie de intranquilidad proveniente a buen seguro de la novedad de la vía transmiso-  
ra.

- ¿Sabías que Laura hace tiempo que ya no es novia de Carlo?
- ¿Eh?
- Eso confesó la chica a la policía.
- ¿Quién te ha enterado de eso? Entonces..., ¿qué pintaba en la estación?...

¿Y el mechero?... Por muchas vueltas que le de, seguiré sin entenderlo. ¿Qué piensa tu informador?

- Pues dice que desde hace unos meses tan sólo eran amigos.

- ¿Te crees eso?

- Sí, quizá sí -responde el amigo.

- Pues yo no me lo creo.

- ¿Te sorprende?

- No sé. Tú dime lo que sepas -le responde-. Desde luego, ya no sé qué está pasando.

- Tenía la intención de... decirte... No quiero convertirme en aguafiestas.

Pero sospechan que haya una relación afectiva entre vosotros dos.

- Son libres para pensar lo que quieran, ¿no?

- Esto es lo que me han comentado.

- Gracias.

- No digas tonterías. Temo que no te ayudarán.

- ¡Que hagan lo que quieran! ¿Sumiso? ¿Por qué?

- No digas esas cosas. Debes olvidar a ese chico.

- Desde luego, yo creo que ese chico no se ha portado bien.

- Sin duda. De todas formas, nadie sabe el porqué de todo esto. Me dirás que soy un cabezón. Y tal vez tengas razón. Pero sabes que este asunto no lo voy a dejar así.

- Muy bien. Pero piensa en los otros chicos. Y en ti.

- Es verdad. No obstante, también he de pensar en mi conciencia. O en quien te informa antes a ti que a mí.

- Desde luego -dice el amigo.

- Pues voy a intentarlo. Simplemente eso.

Sábado, 10. Metido ya en septiembre, debe empezar a programar el curso. Después de unas vacaciones tan excitantes, ve que lo mejor que pueda hacer es quitársela de encima lo más rápido que pueda. Pero se encuentra como si no pudiera prever nada de lo más apropiado a transmitir. Lo deja para mañana.

- Perdona... pero... ¿por qué no vas al médico... y pides la baja? -le dice Pedro.

Se para mirándole. Sorprendido por la preocupación del chico.

- No es sólo eso, y tú lo sabes. Sería peor.

- ¿Cómo me dices eso? No te entiendo.

- Bien lo sabes. Siempre me recuperé ante las dificultades, me desmorono siempre después.

- ¿Te estás tentando a ti mismo?

- No. ¿Por qué me lo preguntas? ¿Notas algo raro en mí? Por favor, Pedro, no vayas a creer que sigo obsesionado con Carlo.

- ¿Puedo creerte?

Un raro placer resuena en el universo familiar. Lo deduce por la forma de su paz interior. Cuando entra en el comedor donde están los chicos, observa que Ros se las da de estar leyendo **Esperando a Godot**. Sea quien sea el que ha cocinado, lo ha hecho bien. De pronto se queda en suspenso. Se advierte sin embargo una connivencia no disimulada. Un simple bla, bla, bla. Los chicos hablan más de lo que saben para no decir lo que quieren.

- ¡No jorobes! ¿Quieres que nos pongamos a hablar de San Agustín?

- ¡Pues vaya con mi Ros! De todo te enteras.

- ¿Qué hacemos ahora entonces? - interviene Iván.

- Bueno, no hablemos más de política -dice Javier en un intento de conciliar-. ¿No le veis más contento?

- Contento, ¿de qué? -dice Ros.

Se para. Luego interviene:

- Dilo, aunque no sea verdad.

- ¿Qué tengo que decir?

- Di estoy contento.

- Estoy contento.

- Yo también.

- Estamos contentos.

- Es inconcebible... - comenta.

- Entonces, ¿hoy nos sacarás de pendoneo, no? -pregunta Ros.

- ¿Y si llega "Godot" ?

- Otro que tal... Pues que se espere otro poco más.

- ¿Qué tengo que decir ahora?

- Estamos contentos. ¿Y qué hacemos ahora que estamos contentos?

- Desde luego, hoy las cosas van a ser más sencillas. Haz lo que quieras.

Pero, por favor, llévate a Beckett.

Considera a la integración social como la cenicienta de la historia. Sin embargo, son otras consideraciones las prioritarias para él sin duda. La vida no la conocemos: sólo conocemos seres vivos. Y los seres vivos que tiene en casa no necesitan un sexto sentido para comprender esto.

Aunque se da cuenta que lo importante no es sólo lo que hace, sino cómo lo hace.

El ambiente familiar es donde sus chicos aprenden a relacionarse, descubrir e iniciar el proceso de su autonomía. Un abandono de este papel supondría serios desajustes en su desarrollo y crear graves dificultades en el proceso socializador.

- ¡Cómo cambias de la mañana a la tarde! -dice Pedro.
- Caramba, Pedro, ¿tanto?
- Desde luego...
- Luego ¿ya no me mandas al médico?
- Pues... no lo sé todavía.
- ¿Qué no sabes?
- No, no vale la pena -dice Pedro-. Déjalo.

Interrumpe el diálogo al ver que no comprendía lo que el chico quería saber. Pero una distracción voluntaria podía estropear la sinceridad.

- ¿Qué me querías preguntar?
- No vale la pena -dice Pedro simulando desdén-. Te iba a molestar. Déjalo. Te lo preguntaré otro día.
- ¿Por qué otro día?
- No sé.
- ¡Vamos!
- ¿Quién es?
- ¿Quién?
- No te hagas el tonto -le dice Pedro mirándole a los ojos-. Bueno, no sé lo que te parecerá. Pero a mí, verás, me gustaría saber más de él.
- No seas crío. Pensé que le conocías bien.
- Pero si no te hablo de Carlo.
- Entonces, ¿de quién?
- De ese amigo tuyo.
- Como quieras. Pero necesitaremos largo tiempo.
- No sé por qué, pero creo que te conviene hablar de él.

Calla, como si algo le molestara en la garganta. Necesitaría muchas horas para hablarle de él. El hecho de que Pedro le sorprendiera de esa manera, no le desconcierta. Se imagina que Pedro intuya sus pensamientos. Este tipo de coincidencias no son infrecuentes entre los que ocupan un lugar constante en las preocupaciones.

- No comprendo. ¿Crees que lo necesito?

- Buena idea. Además, nos dejarás más tranquilos a todos.

Se alegra mucho de oír a Pedro. Aunque es consciente de que el chico desconoce su verdadera intención.

- No sé...

Pedro, como dispuesto a no continuar, dice:

- Pues no se hable más. Pero piénsatelo bien.

Escucharle es grato, pero no lo es tanto explicarle las cosas.

- Está bien.

- Venga, así estará mejor; ánimos, que te saldrán bien las cosas.

El problema no es presentar su propia personalidad, sino asegurarse de cómo va a arreglárselas para organizar los detalles.

El aire está sereno, apenas una nube. En paz y silencio. Ninguna nueva discordancia se formula en su cerebro. Recuerda las palabras de Pedro. No se siente desorientado ni perdido. ¡Tiene que actuar ya! Tiene la seguridad de que todo mejorará.

#### 4. EL AMIGO SIEMPRE ACUDE LUEGO A LA HERIDA

Verle, sentado con semejante tranquilidad en la horchatería, me sorprende. De ninguna de las maneras lo esperaba encontrar con esta insólita serenidad y calma. Tal vez esté enterado de mi vuelta. No me lo puedo imaginar. A pesar de los años transcurridos, sigue siendo el mismo. Ninguna otra persona ofrece estas facilidades a la hora de retomar el hilo de una vieja amistad. Todo es sencillo. De todos modos, estoy un poco perplejo: no sé si soy yo o es él el que viene. Pero afortunadamente estoy aquí y podré decirle que me siento feliz.

Para mí lo fue todo. También el amigo de siempre. De todos aquellos años enhebrados en el recuerdo por esa perentoria necesidad de continuar deshojando las más limpias experiencias.

Su madre se había cortado con un cuchillo en la cocina. Al ver la sangre, no pudo soportar mucho tiempo la conmoción y pronto se cayó desmayado a sus pies. Por lo que, meses después, temiéndome lo peor, intenté disimular el corte que me había hecho en la mano. Pero no salí de mi perplejidad. Se acercó a mí y se hizo otro corte en su mano. La juntó a la mía. "Desde ahora llevaremos mezclada nuestra sangre." De la trascendencia de este infantil gesto tardé años en ser consciente. Pero al cabo del tiempo este recuerdo se adueña de mí acentuando la sensación de que mi lealtad está en deuda.

Me acompañaría al seminario. Nuestra amistad estaba garantizada. Ibamos preparados a compartir confidencias que, sin duda, nunca sobrepasarían las fronteras del más sagrado secreto. Allá lejos, y cuando identificábamos el respeto con el miedo. Cuando, lo veo ahora, iniciábamos el duro aprendizaje de la soledad. Pero esto nunca me lo reprocho.

En aquellos años, saturados también de envidias y perfidias infantiles, es mucho lo que recuerdo sin duda alguna. No había ningún secreto entre los dos. Sentíamos el poder de la misma sangre que llevábamos. Cuando le enseñé la poesía que había compuesto para Gianna d'Angelo, su expresión vino a confirmarlo: coincidíamos hasta en los mismos amores platónicos.

Nadie se puede imaginar lo que significó para mí. El color de la mañana se volvió claridad, como tantas veces.

- Recuerdas lo que hacía el Félix en los recreos, ¿verdad?
- ¿De qué me estás hablando? ¿Qué me quieres decir?
- Nada.

- Félix era un guarro, ¿no?
- Ya lo sé... No sé por qué te estoy diciendo estas cosas.
- Ese chico era mayor que nosotros.
- No quería más que decírtelo.
- Tranquilo. ¿Qué piensas hacer?
- Estoy avergonzado.
- Fíate de mí. Esta tarde lo confesaré yo con el padre Alfonso. Quédate tranquilo. Creo que tú también quedarás perdonado.

Aquellos obligados paseos de los jueves y domingos se iban haciendo insoportables. Era mucho más el tiempo que echábamos en filas de a tres, que el que nos daban para jugar. Y este sentimiento era compartido. Habitados y sin atrevernos a preguntar, en un rápido proceso habíamos convertido el paseo en un resignado sacrificio.

- ¿Por qué nos obligarán a ir en filas de tres? -me preguntó.
- ¡Idiota! De cuatro en cuatro ocuparíamos toda la carretera.
- Vamos, no bromees. ¿Por qué no de dos en dos?
- Eso ya no lo sé. Pero sería peor: no podríamos ir juntos.

Pero de golpe el tema de nuestra conversación quedó pronto cortado. El compañero que iba esa tarde con nosotros resultó muy hablador. Se puso a hablarnos de sus cosas. Tenía dos hermanas monjas y un hermano sacerdote. No era un caso infrecuente. Pero él nos lo contaba como desahogándose y, a la vez, con naturalidad.

- Ahora entenderéis por qué me dan esas buenas notas. Pero no les servirá de nada -dijo.

- Oye, tú, ¿por qué no hablamos de fútbol? -le dijo mi amigo.

Yo ya sabía que le incomodaba mucho el hacer de consejero. Temía verse cara a cara con el compañero que viniera a sincerarse con él.

Pero el compañero continuó hablando.

- Contigo se puede hablar de todo... De ese si que estoy de acuerdo con tu primo.

- Venga, díselo de una vez -intervine.

- Bueno, la verdad es que sólo me preocupa el disgusto que mi madre se va a llevar... Pero lo tengo muy decidido. No volveré al seminario después de las vacaciones.

- ¿No te equivocarás? -le pregunto.

- Yo, no sé. Pero mi madre sí se ha equivocado. Fue ella la que se ha empeñado en mandarme al seminario.

- Sería bueno que hablaras antes con tu hermano.

Intervine.

- Veo que no te ha dado una sorpresa. Si un día te dijera yo lo mismo, ¿reaccionarías así?

- ¿No tienes otra cosa que preguntarme?

- Pero ¿me vas a responder, o no? ¡Por favor! ¿Iráis tras de mí?

- ¡No! -me respondió con firmeza.

Su contundente respuesta me dejó de piedra. Estaba sorprendido, y no sólo por la respuesta. Sentí un mal sabor de boca mientras pensaba que debía decirle la verdad. Le admiraba aún más.

Una gran nevada lo cubría ya todo. Seguro que en todo el día aquello no iría a parar. Y cuando la nieve hace al paisaje ilimitado, las decisiones se toman con una voluntad más definitiva. Aunque el aprovechar aquella ocasión partió de un espontáneo gesto natural de amistad. Sin duda, le castigarían por no ir a misa. Me sentí excitado, pero me mantuve firme en mi decisión cuando al ir a entregarle mis botas para que pudiese pasar la revista que hacían a nuestro calzado. El cura de guardia me paró. "¿Ocurre algo?" "No te preocupes. Hay gente que no es capaz de entender ciertas cosas." Cuando todos se fueron, me metí debajo de la cama. El mundo sin embargo se convirtió en inmóvil. Los minutos se eternizaron. Fue algo inefable. Creo que nunca llegué a olvidar aquella identificación con el silencio del riesgo y la palpitación.

Cuando se lo fui a contar, llegué a darme cuenta de que era yo el que tenía mucho aún que aprender de él. Me sorprendió de nuevo. "Me lo supongo todo" -dijo-. "Pero ¿por qué has hecho las cosas así? ¿No podías haberlas hecho de otra manera? Pasé toda la misa pensando en ti. Vete si quieres. Pero yo les diré lo de las botas. ¡Lo que has hecho, ¿puede ser motivo para que te expulsen?!" A él no le entraba en la cabeza de que hubiera gente que no fuera capaz de quitar la máscara de su papel para poder ver lo que había detrás de todo gesto. Hoy pienso lo mismo que él, aunque en aquel momento actué sobre todo con otras intenciones.

Me despedí de él con lágrimas en los ojos. A pesar de lo cual, me marché suponiendo que él no olvidaría jamás aquella nevada. Como me enteré más tarde, sus compañeros notaron su tristeza. Hasta pensaron que sus días en el seminario habían comenzado su cuenta atrás. Pero se equivocaron. Empezó a estudiar más y, con el tiempo, logró mejorar notoriamente las notas. Pero

se volvió más serio. Con todo, los tiempos no se iban a parar. Siguió siendo mi consejero espiritual, el único. Yo no había perdido nada. Por extraño que parezca, su vocación pasó a ser desde aquel momento cuestión también mía. Aún no logro explicarme por qué ésta mi manera de pensar nunca ha dado marcha atrás. Tal es así, que vivo este instante sin la necesidad de tener que dar el salto. Mi presencia no es ningún movimiento especial de mi cabeza, sino que responde a la sencillez de una fidelidad muy espontánea. Por lo que todas éstas mis divagaciones históricas no son más que un agradable paréntesis.

Durante esas horas que pasábamos juntos en sus vacaciones de verano, nos pasábamos una y otra vez un cuestionario que no sé bien de dónde lo habíamos sacado. Me sentía obligado a responderle yo pues me incomodaba que en ciertos momentos él fuera el que parecía el alumno. La verdad es que muchas veces decía que se sentía más querido entre los amigos del barrio que en el seminario.

- ¿Amor?

- Yo no me enamoré del todo nunca. Así de claro. No soporto la idea de tener que sufrir un día - le respondí.

- No puede ser. Creo que te equivocas. ¿Tu deseo secreto?

- ¡Te vas a llevar una sorpresa!

- ¡No me digas!

- Lo tienes muy próximo a ti. Lo descubrirás pronto.

- Muy bien, ¿y por qué no me has dicho que no te hiciera pregunta alguna?

- Anda, haz lo que quieras. Sigue.

- Si fueras Jefe de Estado, ¿qué cambiarías en España?

- Ve despacio, tú. Bien, ¿qué harías tú? -le pregunté.

- Lo cambiaría todo. No quedaría títere con cabeza.

- ¿El qué?... Venga, que tú nunca cambiarás nada. Qué conste, tú no eres de esos. Pero sería interesante. ¡Qué sorpresa me darías!

- Espera un momento. Tengo más.

- No, si se nota que es tu día.

- ¿Qué harías si te quedara un día de vida?

- Y ésta, ¿para terminar? Y si te respondo, ¿te vas a quedar ya satisfecho?

- La verdad es que ya lo estoy, ¿no crees?

- Vale. Me pondría tan nervioso, que desearía que el momento fuese cuanto antes. Pero no quedes así. Ahora te voy a preguntar yo.

- ¿Qué quieres saber?

- ¿Novia?

- No sé para qué tantos rodeos hoy -me respondió-. ¿Importarme? No eres el primero. Eso tiene la importancia que tú le des.

Había decidido decírselo cuanto antes. Estaba seguro de que él estaba enterado de muy poco. Mi vida había cambiado mucho los últimos meses. Mis padres lo tomaron por la tremenda. Hasta el punto que ya no sabía si me lo decían por mis 17 años o porque tuvieran algo en contra de la familia de la chica. Mi madre bufaba. Por lo que, tan pronto como llegó del seminario, se lo conté todo.

Le escuchó sin la menor suspicacia. De pronto, tuve la sensación como si en mi cabeza se iluminaran bastantes de mis pensamientos. Y eso que no me dio fáciles consejos. "¿Qué quieres que te digan tus padres? ¿Es que les tiene que gustar también a ellos tu novia? Ten un poco de paciencia. Y no lo olvides, promételes estudiar más." Después de todo, aunque algo triste y melancólico, me había serenado.

La vida continuó. ¿Hubiera sido otro de no haberle conocido? No lo sé ni me importa averiguarlo. La realidad es que todos aquellos ataques de soluciones urgentes, mi improvisada búsqueda de su apoyo, el sentirme en tantos momentos desarmado ante él, me han servido para apreciarle ya no tanto por lo que opinaba o me aconsejaba, sino por lo que su persona significaba para mí.

- Yo no sé... en un caso como ése..., pero ¿qué te parece? ¿Es más honesto hacerlo con la novia o con otra tía?

- Que no, ¡coñ..., que yo no soy un celestino! ¡Yo qué sé!

- ¡Raro! Algo raro sí que te noto hoy.

- Bueno, ¿cómo te diré?... ¡Imposible!

- No me vengas ahora con rodeos tú. ¿Me vas a responder?

- ¿Qué más? -me preguntó.

- Te lo explicaré otro día. Estoy en otro apuro.

- Te comprendo.

- Pues sí, no sé quién te manda venir a liarte ahora.

- Vale. Que si sabes que el perdón lo tienes, es que otra cosa ahora necesitas.

- Me jod... bastante.

- Vamos, no te hagas el remolón. ¿Cuánto?

- Seis mil.

- Pero no se te ocurra darme las gracias. Me ofenderías.

- ¿Qué?

- Nada. Pero me preocupa tu estado de ánimo. A ver cuándo me devuelves tu alegría.

Yo andaba todo el día dando batidas por mi cabeza, incomodado de veras conmigo mismo por verme incapaz de escapar de las horas bajas que vivía. Como no parecía llevar camino de resolverse, se me despertó el deseo de ir a verle. Aunque en principio no me lo pensé mucho, lo decidí sin más demoras. Cuando llegué, pronto me arrepentí de no haber hecho caso de la sospecha que me había rondado: la de comunicarle antes mi visita. Estaba ocupado con su hermana. No oía lo que estaban hablando, pero parecían muy preocupados. Esperé pero reconociendo que había elegido el momento más inoportuno.

- Mi sobrino se ha escapado de casa. No sabemos nada de él. Le digo a mi hermana que no tome las cosas tan a la tremenda. Estaba convencida de que yo puedo saber algo de su paradero. Lo comprendo en una madre. ¿Cómo habrá podido perder la cabeza? Comprendo la consternación de mi hermana. Es el chico del que no puedes esperar nunca estas cosas.

- Perdona. Es culpa mía haber llegado sin habértelo dicho antes.

- ¿Pero de qué culpa me estás hablando?

- Pues sí. Porque yo tenía que echarte ahora una mano.

- ¡Y dale! Tú nunca me molestas.

- Me lo suponía. ¿Pero no crees que sólo me interesan mis cosas? Debía quedarme contigo ahora.

- ¿Es que ya te vas?

- Siento decepcionarte. Pero si te parece bien, podemos salir mañana a dar un paseo juntos.

- Venga, Chano, no te preocupes. No sabes cuánto me alegro.

Me comunicó que no podía venir. De modo que yo cambié de planes. A él no le dije nada. Por supuesto les dejé una nota a mis padres. El sol hervía sobre las aguas alborotadas y su vehemencia no se aminoraba. ¿Cómo explicar lo que ocurrió? Les puedo jurar que no lo recuerdo. Con todo, es algo de lo que estoy seguro que no vamos a hablar.

La tarde va cayendo con la mejor justificación. El silencio inesperado de la calle nos vuelve a compenetrar. Tengo la poderosa sensación de que va a

ser un acierto este reencuentro. Sin duda, no se quedará en una recapitulación de sueños o recuerdos. Cuando se han vivido tantos años en la distancia, resulta imposible simular o acallar los signos de la emoción súbita. ¿Qué nos puede importar ahora el pasado?

- ¡Por fin! Ves que todo es posible. Si no tengo palabras para la alegría de volver a verte...

- Y yo.

- ¿Qué quieres que te diga?

- Espero no decepcionarte.

- Basta conocerte. Ya me lo anunciaba el corazón. No quiero pensar como hace unos días. Me preguntaba si no sería mejor dejar las cosas como estaban.

- Aún estamos a tiempo de separarnos si crees que es lo mejor.

- No vuelvas a decir eso.

- No sabes cuánto te lo agradezco.

- ¿Qué acabas de decir? Soy yo quien te lo agradezco.

- No perdamos el tiempo con eso.

- Ahora no te entiendo muy bien.

- Es lo mismo. Soy yo quien te necesito.

Me deja un tanto sorprendido. Le pregunto:

- ¿Qué sabes del chico?

- ¿Y cómo te has enterado de eso? -me pregunta de inmediato.

- ¿Estás loco? ¿A qué he venido entonces?

- Pues sí, tienes razón. Debo estar agotado.

- Se nota a la legua. ¿Y si descansaras?

- También es verdad. Siempre soñé que tú llegarías a ser un día el consejero.

- Es difícil entenderte.

- Ya está.

- Déjame pensar.

- Las cosas se han puesto difíciles.

- Me lo figuro.

- No tienes más que mezclarte mucho con esa gente, soportar que te traten con indiferencia, hasta que te humillen un poco además.

- ¿No iba a ser yo desde ahora el consejero?

- Perdona. Ya veo que tendrás más suerte que yo, no lo dudes.

Observo mi rostro en el suyo y me pregunto cómo, después de tanto tiempo, es que nos podamos entender tan de inmediato. Aunque me siento un idiota ante semejante duda. He de reconocer que soy lo que he vivido y también lo que él está experimentando. Qué sensación de plenitud siento al volver. Aunque acertar a la hora de elegir lo que hemos de recordar u olvidar no sea tarea fácil. Recordar es necesario, pero olvidar es igualmente vital para seguir viviendo.

Ignoro hasta qué punto él necesita sustentarse de la memoria para seguir luchando. Aún queda algún compañero que lo sigue comparando conmigo. Es verdad que, en los años decisivos de la adolescencia, mi identidad se había vuelto una especie de mezcla con la suya. Yo creo que fue así y no al revés. ¿Y ahora? Por mi parte, prefiero no continuar pensando estas cosas. No se trata de eso. Intentaré hacer las cosas como él espera de mí. Sólo eso es lo que me propongo. Por otra parte, no creo que mi presencia le retrotraiga a experiencias pasadas, ni que su cansancio se haga atasco irreductible o mutismo contagioso. Tengo motivos para pensar que el tiempo en manos de su memoria adquiere certificado de simultaneidad. Le importa poco la cronología.

Permanecemos largo tiempo allí sentados. No me preocupa nada. El tiempo no pasa. Tengo la impresión de que quiere alargar el disfrute de la situación. Por otra parte, no existe ninguna razón para las prisas, pues sabe que no me voy a ir. Pero tan pronto como los chicos salen del portal, me invita a subir a casa. La verdad es que todo no ha sido más que un extraño paréntesis, una forzada distancia que ahora acaba estrechándose. Creo que son inoportunas ahora más preguntas. Y encuentro justificada mi reacción, pues nos conocemos lo suficiente para no tener que pararnos a preguntarnos para qué estamos aquí. Todo es evidente.

- ¿Hay rincón esta noche para mí? -le pregunto.

- ¿No pensarás meterte debajo de una cama?

- ¿Quién, yo?

- No sabes cuánto me alegra. No te lo quiero recordar, pero parece que fue ayer.

- ¿Ves? Te equivocas.

- ¿No pensarás que aún tengo ahí tus botas?

- Hombre, yo no sé. Pero desde las puertas para dentro cambias la tira.

- ¡Mira éste! -dice con ironía-. Se te nota el cambio de papel.

- En absoluto, no quería ofenderte. Como sé que estás un poco apurado, veía a devolvarte las seis mil pesetas.

- ¿Cómo? Sabía que ibas a ir a devolvérselas a tu tío aquella misma noche.

- ¡Qué fácil me lo pones!

- Es curioso -dice pensando-. ¿No lo recuerdas?

- ¿Qué quieres que recuerde?

- Nada, es que Quevedo...

- ¿Lo de la sangre?

- Algo así. Como el amigo, acude luego a la herida.

Se tranquiliza. Está incluso con humor, y también me tranquiliza a mí precisamente por esto. Al amparo de su esperanzado requerimiento, con su misma dimensión ilusoria, no dudo que podré asumir sus propias pesquisas.

- Pero ¿qué quieres decir con eso?

- Estoy pensando.

- ¿En Carlo?

- Por ejemplo, que no debe soportar lo que no se puede remediar.

- ¿Estás loco?

- Quizá sí.

- Pues piensa más en ti mismo.

- ¿Y quién soy yo sin los chicos?

- Me lo temía.

- ¿El qué?

- Piensa que metiéndote a filosofar lo vas a jorobar más. Ibas muy bien, no cambies.

- Entonces ¿ahora qué?

- Entrégame la memoria que estás escribiendo.

- La verdad, es que...

- ¡Basta! ¿Para qué crees que estoy aquí?

- ¿Contento?

- Contento.

- ¿Y si se entera Carlo? Déjalo para mañana.

- ¡Anda! -exclamé-. ¿Y por qué? Si yo lo hago por ti.

- Compréndelo: no es justo.

- ¡Bueno, basta ya de escrúpulos! ¿O es que ya sabes lo que está pensando el chico?

- Eso es lo que querría saber.

- Vamos, durmamos esta noche tranquilos.
- ¿Tranquilos?
- Bueno...
- Parece que también tú lo dudas ahora. Eso no es buena señal.
- Pues te equivocas.
- Me has dicho que estabas contento, es verdad.
- Lo estoy.
- ¿Me lo puedes explicar?
- ¿El qué?
- Lo que tantas veces dices que te he dicho.
- ¿Qué me has dicho?
- Siento que lo hayas olvidado. Que la fe mueve montañas.
- ¿Lo dices pensando en ti?
- No te preocupes. Después de todo, hoy dormiremos tranquilos. Reconozco que siempre tengo alguien con quien soñar.
- Sí, ya lo sé -le digo-. Y no te preocupes porque terminemos siempre pensando de la misma manera. Sigue recordando eso de la fe.

## 5. NOCHE INTERNA LIMITADA E IMPOTENTE

Al día siguiente me dispongo a dar el salto. La verdad es que lo lógico sería iniciarlo algún tiempo después. Admitiendo también que pueda equivocarme, pienso que esta inmersión en un mundo que entierra en su corazón la perturbación más secreta, es una aceptación gustosa a la que no puedo negarme, como una voluntad de compartir con un amigo la improvisada liturgia de un fracaso. Pero, como verán, hay algo más. Me preguntarán por qué esta urgencia en la búsqueda antes de determinar siquiera el comportamiento más acertado. No lo sé, pero no puedo quedarme dándole más vueltas al asunto. El me alentó diciéndome que lo que menos sabía era lo que él mismo había descubierto.

Domingo, 11. Siguiendo sus indicaciones, me dirijo hacia las cercanías de la Casa Regional. Llevo la caja de cerillas del Alegre Fiesta que el chico ha dejado sobre la mesita. Tengo suerte al encontrarme con un amigo que ha dejado hace cierto tiempo la complejidad del mundo nocturno. Conforme a todo lo que esperaba, se muestra muy atento y me acompaña. Hay pequeños bares aquí y allá, pero no nos detenemos en ninguno. Se ve que mi acompañante se lo ha tomado muy en serio.

En dicha taberna, sin esperar mucho, me dirijo al camarero más joven. Y la verdad es que me atiende inmediatamente. Le expongo como puedo, entre apocado y audaz, que ando buscando al chico de la fotografía. Recordaré siempre estos minutos a la espera de su respuesta. La observa con cierta frialdad pero con alguna seguridad. Sin responderme, se acerca al hombre sentado al fondo de la barra. Desde el primer momento me parece sospechosa su forma de ejercer no sé qué dominio. Pero veo que observa detenidamente la fotografía. Reacciona con cierta alteración.

- ¿Le conoce? -le pregunto.
- ¿Quién es usted? -me pregunta.
- Su padre.
- No lo comprendo. No puede ser.
- ¿Qué no puede ser?

Parece un tanto desconcertado ante mi pregunta.

- Bueno, me suena - dice al fin -. Pero hace tiempo que no viene por aquí.

Se vuelve para mostrársela al otro señor que está sentado a su lado. No puedo oír lo que hablan entre ellos.

- ¿Este chico no le ha dicho que se iba a quedar en Italia? -me dice.

- En absoluto.

- Pues tal vez no estemos hablando del mismo chico.

- ¿Cómo sabe que ha ido a Italia a ver a su madre?

- Ya le he dicho que me suena... Pero, créame, no puede ser el mismo. ¡No puede ser el mismo!

Vuelve a examinarla, pero por muy poco tiempo. Me la devuelve pensando o ¿dudando? Juraría que él también está seguro que estamos hablando de la misma persona.

Pregunto de nuevo al camarero:

- ¿Hace tiempo que no lo has visto?

- ¿Qué le han dicho los señores? - es su inesperada respuesta.

Cuando salgo me confirmo en mis ideas viendo que los tres, mientras los miro a hurtadillas, se reúnen. No sé lo que hablan, pero creo suponer que les he infundido ciertas prevenciones contra mí. Escaparé lo antes posible.

Me cuesta trabajo creer lo que veo ahora en la calle. Los jóvenes que se han reunido a la puerta se comunican sin duda lo que quedaría secreto para siempre. Desconocía por completo la existencia de tan abundante fauna nocturna. En ciertos lugares de esta ciudad uno podrá pasarse todas las noches del año sorprendiéndose hasta el pasmo. Me basta esta primera noche para ver que no sólo es imposible, sino peligroso abrirse a todo esto que no es ni naturaleza ajena.

Lunes, 12. Por la noche voy a echar un vistazo por la calle Verdes. Me acompaña el amigo del día anterior. Temo que todo suceda de modo fatídico. Debo decir que no se me iluminan los ojos cuando descubro al señor que nos espera. Como entra inmediatamente en detalles con mi acompañante, me ahorro el preguntarle qué quería. Es evidente que esta extraña visita ha sido deliberadamente concertada. Y pone bien de manifiesto que mi acompañante ha tomado el asunto con interés. Claro está, se lo agradezco.

- ¿De veras busca usted a este chico?

Su actitud parece atenta hasta el punto de que su intención de hablar es patente. Alguna luz viene a cambiar la expresión de mi desánimo.

- ¿Quién es usted?

Estoy completamente seguro que merece atención.

- Eso es lo de menos - dice -. Ayer nos hemos visto.

- ¿En la taberna de ahí?

- Más vale que no se lo diga.
  - Pero ¿qué es lo que pasa?
  - ¿Estás seguro que te conviene encontrar a ese chico?
  - Sí. ¿Por qué me lo dices?
  - Pues no me esperaba una situación como ésta. No eres su padre. ¿Qué relación tiene este chico contigo?
  - ¿Por qué me preguntas lo que sabes? Somos una familia. Hay otros cinco chicos; no, otros cuatro.
  - Eso ya me lo ha dicho este amigo. Lo tienes muy crudo. ¿Me oyes?
  - ¿Sí? ¿Y cómo?
  - Y a estas horas no lo vas a encontrar por aquí.
  - ¿Podré encontrarlo?
  - Haz caso de tu amigo en adelante.
- Y dirigiéndose a él, dice:
- Llévalo por el Dulce Vals a partir de las doce.
  - ¡Caramba! ¿No tiene muy mala fama eso? De todos modos, gracias.
- Aunque es muy tarde, nos acercamos hasta el bar indicado. Pero la verdad es que ya está cerrado.

Martes, 13. Me voy hasta el bar Dulce Vals solo. Es un lugar nada original y sin carácter. Me coloco exactamente en el sitio desde el que pueda mirar con el rabillo del ojo. Pido una cerveza. Pero antes de probarla, para mi sorpresa, veo cómo el señor visto en el Alegre Fiesta se alarma. Observo cómo con rapidez se marcha por la puerta más próxima. Salgo tras él. Está unos metros más allá, silbando de forma sospechosa y mirando hacia la pensión del segundo piso. Me acerco. Pero él, en un abrir y cerrar de ojos, se escabulle por el pasadizo cercano. No logro poder volver a verlo.

Vuelvo al bar para consumir la cerveza, sabiendo que ya no haría nada allí.

Ya por la Puerta de la Luna, desalentado, pienso en volverme a casa. Pero, en un atrevimiento desesperado, decido salirle al paso al Tábano, conocido drogodependiente.

- Oye, ¿conoces a este tío?
- ¿Cuánto me vas a dar?
- Ya me has pedido infinidad de veces, ¿lo recuerdas?

Queda clavado examinando la fotografía. Es patente que está seguro. Como queriendo demostrarlo, para el vertiginoso caminar de otro colega.

-¿Conoces a este menda, no?

- Sí. Es João.

Intervengo:

- ¡Pero si no se llama así!

- Este es João, lo conozco, repite el colega.

- ¡Basta ya de mentiras! Lo siento. Pues a mí no se me saca el dinero así.

- ¿Cuánto me das si te lo llevo a casa? -me dice el Tábano.

- ¡Atrévete!

- ¡No te vuelvas atrás! Con un poco de suerte, hasta te lo llevo con el mono. Que yo me lo busco, te juro.

- Pero..., eso no es posible. ¿O es que te lo crees? No estamos hablando del mismo chico.

- ¿Qué es tuyo? ¿Cómo va a ser...?

- Vale. Y no me mientas, tío. Y si pretendes jod..., te va a resultar imposible, ¿vale?

- Pues me da en ésta -dice señalando su cabeza- que mañana te volveré a ver por aquí. Sé moverme, ¿sabes?

Justo entonces, veo que han empeorado mis esperanzas. Le dedico una mirada perpleja y vuelvo a ingresar de inmediato en un sopor que no se parecía a ningún otro. Me veo allí como observando un mundo distinto desde un rincón ilícito. En el reloj suenan las tres.

Miércoles, 14. Como el miedo que no acuda a la cita no existe, le espero sentado tranquilamente en el último banco. Y así es: acude con puntualidad.

- Vamos a ver, ¿sospechabas algo de esto?

- ¡Cómo! ¡Yo de ninguna de las maneras te lo podía callar! Y lo sabes muy bien -me responde.

- ¿No estás excesivamente seguro?

- No me digas eso. No me puedo imaginar a Carlo metido en esas cosas.

- Quisiera también estar equivocado...

- Si Carlo estuviera enrollado así, no hubiera dejado toda su documentación en casa.

- ¿Y si Carlo no quiere tu ayuda?

- Sigo en mis dudas. Creo que me lo hubiera dicho.

- Hay muchas maneras de decir las cosas.

- Carlo sabe que yo no lo entendería. No lo haría así.

- Comprendo tu perplejidad.

- Lo sé.
- Debes ponerte en lo peor.
- ¿Te parece?
- Pero aún no he perdido la esperanza. No me voy a cruzar de brazos.
- Me parece bastante.

Camino por la calle Remonta abajo, lento y cansino. Pues a estas horas de la noche el helado sinfín de la búsqueda no puede ser pausa que me permita desviar mis pensamientos hacia otras frivolidades más cálidas. Quizá agravada mi ansiedad por desconocer por completo dónde encontrar la meta. No tengo más remedio que detenerme para encontrar la memoria perdida. Pero no tengo mucho tiempo para ello. Juraría que me han tirado de la cazadora. Me vuelvo y escucho:

- ¡Qué noche más cab...!
- Es una vieja prostituta.
- ¿Usted es el que busca al chico? -me pregunta.
- Sí.

Hay una pausa. Me paro en mis pensamientos.

- ¿Era su amigo?

Su malintencionada pregunta se funde rápidamente con el zumbido carnavalesco de la calle.

- ¡Ya le he dicho quién soy! Busco al chico que se ha escapado del colegio -le respondo, mintiéndole con la mayor naturalidad.

A ella le parece suficiente la media mentira para salir de otras dudas, pues inmediatamente ataca:

- Entonces, echamos un..., ¿no?

Dispuesto a liarle, todavía merecería otra cosa ¿no?

- Hermosa paloma, hay que volar más rápida; has llegado con quince minutos de retraso.

Agasajo inútil. La iracundia tiñe su rostro.

- ¡Uno, y encima con eyaculación precoz!

Cuando la mujer se aleja, me doy cuenta que el frío va insensibilizando toda la superficie de mi cuerpo. Debe ser algo subjetivo, pues veo que el cielo no se está desplomando para los demás. Todo el mundo va a su rollo. Yo también voy a mi rollo. Me parece que lo mejor es volverme a casa.

Jueves, 15. Por la mañana.

- Ahora serás tú el que vayas al barrio de la chica esa -le digo.

- ¿Has cambiado de opinión?
- De todo un poco. No estoy seguro.
- ¡Vaya!
- Eso te entretendrá.
- No es eso lo que me propones.
- ¿Por qué crees que te lo digo?
- Pues me veo con esa chica, ¿y qué? ¿Te sorprende que no me apetezca nada?

- ¿Y con Carlo?
- ¿Qué quieres decirme ahora?
- Que a Carlo lo han visto estos días por allí.
- ¿No serán cuentos?
- Carlo ha sido visto con Laura estos días.
- ¿No la había dejado?
- Nunca se deja lo que no se tiene.
- Explícate, por favor.
- Pues claro que sí, no eran novios.
- ¡Vaya conclusión!
- ¿Tú aún no has sacado conclusiones?
- Ya caigo. ¿Me quieres decir que Carlo sabe que le estoy buscando?
- ¡Pues claro!
- ¿De verdad?
- No me cabe la menor duda.
- Entonces, ¿por qué irme?
- ¡Qué pregunta! Si él no se atreve a dar la cara la tendrás que dar tú.

Por la noche. La gente anda con una intranquila rapidez por este deslizado hormiguero de Tránsito del Molino. Sin embargo, no me siento jadeado como esta enorme cantidad de jóvenes ni se me ocurre pensar que en algún momento me atreviera a ello. En un lugar como éste, tan saturado de intranquilas confusiones, experimento el retumbo de su fiebre y me callo fingiendo no oír sus murmullos martirizantes. Camino muy poco enterado, por no decir desentendido, de todos los pormenores. Luego me superpongo y encuentro tiempo para preguntarme a dónde realmente quiero dirigirme. Veo, cómo desde el fondo de un cuadro surrealista, que aquellos náufragos, que en nada reparan en mi presencia, hacen de una red inútil una falsedad libre. Soy un nadie en una oscuridad que sólo puede darme distancia. Evoco

con facilidad ahora escenas diarias de mi familia, pero veo con dificultad el infortunio de estos jóvenes.

Soy un extraño que nada entiende.

De modo que, sin pensármelo en absoluto, pronto me veo transitando por esa otra calle Figón de Panadés. A medida que avanzo, considero que me he metido en un lugar peor. Pero tan poco puedo quejarme, pues mi vagar por uno u otro lugar es bastante irracional. Y como cabe esperar, no tarda en aparecer lo que viene a materializar mi zozobra vergonzante.

- ¡Investigador! -me gritan unos cabezas rapadas que desafiantes se acercan.

Uno de ellos me pone su enorme bota como para impedirme el paso.

- ¡Pero..., so cab..., ¿qué parecido tienes tú con mi chiquilla?! ¿Vale...? ¡Así que andando!

Me dirigen una cara de extrañeza. Se alejan. De sus vituperios deduzco que me consideran un loco de atar. Yo tampoco me explico de dónde me ha salido la palabra "chiquilla".

No logro encontrar al drogodependiente por ninguna parte. A nadie me atrevo a hacerle pregunta alguna. Estoy perdiendo el tiempo.

Viernes, 16. No parece que mi presencia ofenda la indiferencia de la gente por esta zona nocturna. Aunque soy consciente que ando por un mundo donde lo esperado y lo inesperado se confunden. Y pienso que para proseguir me es necesario reencontrar los sueños de otros tiempos, que ahora con tanta facilidad vengo descuidando. Olvido que por aquí los momentos galopan. Pero, de repente, algo mueve mi corazón. Como queriendo indagar mis percepciones, un joven se planta en un santiamén delante de mí.

- ¿No te sobra algún taleguillo?

- ¡Jod...! Pareces muy divertido. ¿Por quién me has tomado?

- ¿No invitas a un café?

- ¿Qué pasa? Jod..., te he dicho que nada, tío.

- ¿Tampoco quieres hacer nada?

- Jod... contigo, menda. Pero tú, ¿de qué?

- ¿Es que no puedes hablar bien? No sé qué podéis hacer los gili... a estas horas por aquí - me dice mientras se aleja -. Guay, esta vida tiene metáfora.

Avanzo por la calle Alcázar. Veo a la Encanto, entre el infierno y la ingenuidad, buscando siempre a quien le escuche sus interminables penas.

- Pero también he tenido buenos tiempos, hasta un concejal... ¡Qué tiempos aquellos!... Pero ahora... ya en el tercer grado...

Sus palabras no me convencen, pero me desazonan. Quiero huir de allí.

- Es que yo...

No me deja terminar.

- A mí ahora todo el mundo me abandona, nadie quiere comprenderme.

La gente no debía ser así - dice.

- ... vengo a otra cosa.

- Pues por aquí uno no puede venir cortado. ¿Qué es lo que quieres? Pues claro que sí. ¿No es cierto, precioso?

- ¡Basta ya, Encanto! Quería leerte la última encíclica. Es justamente. Sólo eso.

- ¿Eres de alguna secta? -me pregunta-. ¡Anda! Yo aún me merezco algo más, pirao.

Me marcho a la velocidad de un cuarto grado si es que existe. Pero la dirección que tomo me lleva al conocido drogodependiente. Las decisiones que se toman con naturalidad son las más acertadas.

Sábado, 17. El verano se aligera y va adquiriendo un soplo de aire fresco. Lo cual me suministra a no dudarlo una buena razón para vernos en una terraza cercana. De todos modos, voy a ser breve, pues los finales de semana tiene más que hacer.

- ¿Qué hizo Carlo el último día?

- Comió conmigo en esta misma terraza.

- Luego habló contigo...

- Muy poco. Carlo siempre habló muy poco. Pero la verdad, yo metí la pata tontamente. Me puse a tantearlo, no sé por qué razón. Y esperé a decirle ya en casa que efectivamente le había cambiado sus 30.000 pesetas.

- ¿Por qué hiciste eso?

- No lo sé a ciencia cierta. Bueno, la verdad es que me estaba dando que pensar su actitud.

- ¿Qué actitud?

- La de los últimos días. ¿Pretendía que yo me enfadara? Evidentemente..., no lo comprendía.

- ¿Volviste a hablar con él ese día?

- Sí. Vino a despedirse de mí. Y, al decirle que se portase bien con su madre, se volvió para preguntarme si se había portado alguna vez mal aquí.

- ¿Algo más?

- No recuerdo. Aunque me extrañó su gesto: como si quisiera besarme, cosa que nunca ha hecho.

- ¿Quién te dijo que no había podido dormir en toda la noche?

- El.

- Perdona... Pero lo que pienso debo decírtelo.

- Así debe ser. ¿Qué piensas?

- Que a Carlo lo sacaron de tu casa.

- Eso es increíble. No... ¿Por qué iba a dejar entonces todas sus cosas?...

¿Para qué?

- En realidad, puede ser precisamente por eso.

Pero soy yo quien, venciendo el cansancio y viendo el trabajo que se le acumula, voy a ver a la chica. Que ni se inmutara por mi presencia, no me desequilibró tanto como su desmesurada reacción por aparentar una sonriente tranquilidad de ánimo.

- No lo entiendo. ¿Por qué cuando me hablas de Carlo, lo haces con ese tono de frivolidad? - le digo.

- ¿Y cómo quiere que se lo diga? - me responde.

De repente, se vuelve y se queda mirando como extasiada hacia la ventana.

- Muy bien. Pero creo que le estás mintiendo.

- Entonces, ¿a qué viene?

- No me sorprende tu pregunta. Pero no estoy pensando lo que tú crees.

Se incomoda.

- ¿De verdad? ¿No busca a Carlo?

- En cierto sentido, sí.

Me atraviesa con su mirada.

- Ahora me deja usted insegura.

- Vaya, lo siento.

- A Carlo no lo va a encontrar en mi casa.

- Desde luego que no.

Me mira fijamente a los ojos.

- Diga. ¿Qué quiere?

- Entender lo que has dicho a la policía.

Se revuelve en su asiento.

- Está usted usurpando papeles que no son suyos.

- No me importa. En cierto modo, la culpa la tienes tú. Le has dicho que Carlo no te había vuelto a llamar. Y me sorprende, sí, que le estés mintiendo.

- Puede usted estar difamando.

- No digas tonterías.

Nota mi tono despreciativo.

- No se ponga ahora a echarme sermones.

- Vamos, Laura, Carlo ha estado días atrás contigo.

- Usted lo está acorralando.

La veo un tanto agitada.

- Pero ¿cómo puedes pensar eso?

- De todas formas, es Carlo quien se lo deba explicar todo. Y todavía no me ha hablado usted de las imprudencias de Carlo.

- Eso me sorprende aún más. Veo que no puedo quedarme en estas dudas.

- Pues búsquelo en otra parte.

- Ya no es ésta la cuestión.

- Vaya, con ustedes habrá que tener cuidado. No son tan buenos como Carlo decía.

- ¿Más aún? ¿Qué pasa aquí?

A estas palabras sigue un largo silencio que acaba dando paso a mi marcha.

Domingo, 18. Tengo la impresión de que siendo domingo no lo es. Mando a Ros que me ponga algo de música. Pronto suena **Six Silver Strinnds** de B. B. King. La casa se vuelve un círculo en el que se enlazan infinidad de sentimientos. Pero Ros, que sabe que le espero, aprovecha la ocasión:

- Sólo encontré a quien me ofrecía un trabajo. Pero era para hacer strip-tease negro.

- ¿Y eso qué es?

- Bueno..., tú como el otro. ¡No me vengas ahora a decir que no lo sabes!.

- ¿Era blanco?

- Y además mar...

- ¿Le habrás dado una buena respuesta, ¿no?

La música quita tensión al momento. El peligro que los chicos corren en la ciudad es evidente. Pero alejo este pensamiento.

Esta vez es él el que me espera. Donde me dijo Ros. Le agradezco este hecho al que no me tiene acostumbrado.

- ¿Has ido a ver a la chica? -me pregunta.

- Sí.

- Mejor. Has hecho bien.

- De todos modos, últimamente todo me sorprende -le digo.
- Quizá porque no vas con la misma ingenuidad.
- No tengo esa suerte.
- ¿Te ha abierto los ojos?
- Pues, no; claro que no.
- Ya te advertí.
- ¿Dónde ha dejado Carlo su agenda? ¿Con los demás documentos?
- No. Estaba entre las mantas. Pero, ¿eso a qué viene?
- Tal vez haya sido ésa su imprudencia.
- ¡Diablos! ¿Lo consideras así?
- Temo que Carlo tarde años en volver. Debe pagar ahora esa imprudencia.
- ¿Y Laura?
- ¿Dónde tienes ahora la cabeza? Esa chica está con el alma en un hilo.
- ¿Por qué?
- Pues claro que sí, aquí hay un gato encerrado.
- ¿Hablas en serio?
- Más bien, sí.

Lunes, 19. Es ya bastante tarde cuando decido acercarme de nuevo al Brindis Fiesta. Me acompaña otra persona, Toni, un buscavidas ingenuo, pero dispuesto. Es la verdad que me retrae un poco la evocación de la visita anterior. Tal vez pueda averiguar algo, nunca se sabe.

- ¿Y ése?... -pregunta un chico al buscavidas, señalándome.

Me siento mientras espero el café que he pedido. Me pongo a presumir que nada me va a sorprender esta noche.

- Es un profesor amigo -responde Toni.
  - ¡Cómo va a ser profesor! ¿Desde cuándo te echas tú esos amigos?
  - Pues claro que sí, gili... ¿Me vas a decir si has visto a Joào, o no?
- No me gusta oír ese nombre. Arrimo el café.
- ¿Para que se lo cuentes a ese policía?
  - ¿Por quién me tomas? Bueno, basta.
  - ¡Pero, tío! ¡Qué cabeza más dura!
  - Sabrás que Pietro se fugó de casa sin decir nada.
  - ¿Qué diablos estás diciendo? ¿Te has vuelto loco?
  - ¡Qué va! Lo primero: no se llama Pietro.
  - ¡Estás pirado!

- ¡Mira!

Le enseña las fotografías. El chico no parece salir de su asombro.

- ¿De dónde has sacado esto? ¡Que no te metan en líos!

- Este señor es su padre. Y me ayudará un porrón, ya verás.

- Pues ésta que está aquí a su lado es un puto. Pero no pienso ayudarte señalando a una de las chicas de la foto-. Vámonos.

No estoy en condiciones de pedirles explicaciones. Salgo como si escapa de una cámara de sorpresas. La noche es más alarmante. Pero tengo la certeza de que no soy el único desconcertado.

Martes, 20. Es más o menos la hora que me habían dicho. También acierto a la primera quiénes son: los primos de Carlo. No me siento ni en un estado de indiferencia, pero tampoco de expectativa.

- ¿Y Carlo no se ha despedido de ese señor? -me pregunta Tomás.

Se expresa bien en español.

- En absoluto -le respondo.

- ¿Tampoco le ha escrito?

- No.

Me presenta al otro primo, Tulio, más tímido y que no habla español.

- Pues me dijo que iba a escribirle disculpándose ante él.

- ¿De qué?

- Bueno, me lo dijo cuando estaba en el pueblo.

- Pero ¿de qué se iba a disculpar?

- Pensaba quedarse en Italia.

- Pero, ¿eso es verdad?

- ¿El no lo sabía?

- No. A mí me lo dijeron hace unos días, pero no me lo creí.

- Pues sí que ahora no entiendo lo que ha hecho mi primo.

- ¿Cómo iba a pensar que Carlo quería quedarse en Italia? Que se quedara con su madre, sería para él la mayor alegría.

- Pues no lo entiendo. Nos hablaba muy bien de él.

- ¿Te habló de su novia? -le pregunto.

- También. Me decía que estaban muy enamorados.

- Eso mismo pensaba yo. Pero el otro día ella dijo a la policía que ya no eran novios hace ya meses.

- ¿Y eso es verdad? -me pregunta.

- Claro, Tomás. Pero aún no sé si pasaron el mes de agosto juntos.

- ¿Cómo hará eso Carlo?

- Bueno, por alguna razón que desconozco. Y, por supuesto, soy incapaz de imaginarme lo que está haciendo.

Cristo no ha sido un hombre frágil y resignado, sino el hermano valeroso de todos los necesitados y angustiados, en cuya compañía los marginados encontraron reconocimiento, respeto y dignidad humana. Para el Evangelio el más importante y el más próximo a Dios no es el que manda sino el más sencillo.

Llevo, según él me aconseja, a Tomás y Tulio hasta la zona de los Zarzualeros. Identifico con facilidad al buscavidas. Les advierte que no le llamen Toni en ningún momento. Como si con otro nombre encontrara la garantía de un mejor reconocimiento. Los dejo con él. No me parece esta zona adecuado preámbulo para una noche tranquila. Hay esquemas que no cambian de la noche a la mañana.

Me siento un poco incómodo, tal vez porque siento que esta visita tiene una enmarañada intencionalidad. Sin pensármelo mucho, le llamo.

- Oye, ¿dónde estabas hace una hora?

- Pues paseando por ahí con Iván y Ros.

- Bien. Pero ¿qué te han parecido esos chicos?

- Bueno, no me han caído mal. Aunque Tomás es el único que habla.

- Pues a mí me resultan curiosos.

- ¿Por qué dices eso?

- Para ser su primera noche en la ciudad, se desenvuelven muy bien.

- Piensa que Toni va con ellos. Si no, ¿de qué?

- Bueno, ¡es Toni quien me lo ha dicho! Y como sabes, tiene una buena psicología.

- ¿Qué te ha dicho? ¿Qué tal va la cosa?

- Bueno, vamos a ver...

- ¿Qué estás pensando?

- Bien lo sabes. Lo mismo que tú. ¿Te das cuenta? ¡Cielo santo, tampoco sé lo que pueda estar buscando Toni!

Miércoles, 21. Es el día grande de las fiestas mateínas en Oviedo. Mi amigo, tanto como yo, recupera prolijos recuerdos un día así. Incluso es posible que mentalmente haya despertado en nuestra ciudad. No le hace falta irse para revivir tiempos pasados. Me llama muy temprano. Como esperaba, me cuenta el sueño que ha tenido anoche.

Estaba solo en medio del gran salón de la casa que no era la suya. Contrariamente a lo que podía pensar, las plantas interiores venían a agrandar la inmensidad del salón. Aquella comodidad que le inundaba no se acomodaba nada bien con una persona que lo ha perdido casi todo. Se preguntaba qué hacía ahora allí. Su gente había desaparecido como por ciencia infusa. Su soledad se resistía a admitir que aquella oscurecida inmensidad viniera a enredarse con su destino. Así que el sueño le trasladó a un pequeño estudio, sin espacio para las plantas pero desde cuya ventana se podía extender el brazo y tocar el tren. El expreso de medianoche iba engalanado como el que acompaña el descenso de las piraguas. Veía que la mayoría de los viajeros eran jóvenes y, aunque ajenos a su silencio, también agrandaban el interior de su nuevo hospedaje. Así era, aunque el silbido del tren y la exaltación de los jóvenes tan sólo preludiara la nostálgica fiesta que en Oviedo les esperaba.

Al despertar, fue como si otros tiempos hubieran quedado inmóviles y aún permanecieran con él. Permanece largo tiempo en silencio. Para oír desde su interior:

"Busquemos como buscan  
los que aún no han encontrado  
y encontremos como encuentran  
los que aún han de buscar,  
pues cuando el hombre ha encontrado algo  
entonces es cuando empieza a buscar."

- ¿Pero no vas a tener ni un día para pensar en ti? -le digo.

- Si me lo dices porque ya estás cansado, no -me responde.

- Pero si acabo de empezar. Tranquilízate.

- Perdóname.

- ¿Estás seguro que hoy dejarás el tema de Carlo?

- Claro que me gustaría.

- Sí, lo sé. Pero ¿por qué no lo haces?

- De cualquier modo, si volara hasta Oviedo, allí encontraría lo mismo.

- Si piensas así, déjalo. No se hable más de eso.

- Además, te tengo a ti aquí.

- No sé cómo decírtelo... Después de tanto tiempo... estamos aquí. Estoy seguro que en Oviedo lo pasaríamos mal. Creo que ahora todo lo tenemos aquí.

- Está bien. Sí, será mejor. Además, es obligado.

- ¿Y por qué tiene que ser así? ¿Por qué empezamos a conocer a alguien cuando ya ha desaparecido?

Jueves, 22. Tomás y Tulio no llegan hoy hasta las ocho de la mañana. Su plan ha consistido en volver a curiosear ávidamente no sólo por la zona de los Zarzualeros, sino por casi media ciudad.

- ¿Por qué por tantos sitios? -les pregunto.

- Pues verá..., es que Antonio nos llevó.

- ¿Y a quién puede conocer Antonio por ahí?

- ¿Qué? ¡Si conoce a toda la basca!

- Ya os advertí que tuvieseis cuidado.

- Veníamos preparados para esto.

- ¿Creéis que Carlo anda por ahí?

- Seguro. Tulio también piensa en lo mismo.

- En ese caso, ¿no teméis que, si se entera, se nos escape?

- Lo hemos pensado. Y nos preocupa.

- A mí también.

- Pero nosotros seguiremos adelante.

- No lo sé... Os deseo toda la suerte.

- Puede que no lo encontremos. ¡Hasta de ésa se librará!

- ¿Qué os proponéis? ¿No estaréis pensando en tocarlo?

- No se ponga así. Sólo queremos tranquilizaros.

Desean acostarse. Sin intentar aclarar mi aturdimiento, procuro disimular mis dudas.

- Os deseo toda la suerte.

- Gracias. Bueno, saluda al amigo.

- ¿A quién?...

- Nos gustaría saludarlo.

- ¡Ah! No te preocupes, lo haré.

En la Finca de Recreo luce el sol al mediodía. Un claro fondo destaca tras de cada persona. Volver a la Finca es para él un despertar tranquilo. Se siente animado. Con su entusiasmo por el deporte, aquella riada de jóvenes deja poco tiempo a los adultos para dudar del acertado curso que su destino ha elegido.

Estoy de vuelta en casa antes que otras veces. He encargado una paella. Juan y Marisa, el matrimonio vecino, vienen a comer con nosotros. Los chicos se han ido a Toledo.

- Carlo me decía que pasaba las tardes sin salir de casa, viendo la televisión -dice Tomás.

- Es cierto. Eso lo hacía hasta el viernes. Los fines de semana salía todos.

- Era lógico teniendo novia -interviene Marisa.

- Sólo que un día del mes de junio llegó por la mañana a casa.

- Su madre le hubiera reñido -dice Tomás.

- Pensé que había pasado la noche con su novia.

- ¿Dónde la había pasado? -dice Tomás.

Le dirigió una mirada tan fría, que no le salieron las palabras.

- Nunca lo ha comentado con nosotros -dice Juan.

- Es verdad. ¿Qué quieres que te dijese? Bastante tuvo con aquella frialdad. No podía, naturalmente...

- Mi primo siempre ha sido muy raro.

- Es que yo... nunca lo han visto así.

- Pues el último día, cuando estábamos comiendo, llamó a mi padre embustero. ¡Y había pasado toda su vida en mi casa!

- ¿Por qué dijo eso?

- No, no tiene importancia -dice Tomás rápidamente, como queriendo no seguir hablando de ello-. No se preocupe. Haced buenamente lo que podáis.

- ¿Entonces?

- El día menos pensado aparecerá.

El único efecto que tienen las cosas reales es el de causar la creencia, puesto que todas las sensaciones que excitan emergen en la conciencia bajo la forma de creencias. Cada vez sé menos sobre lo que realmente creen en Italia. Me ahorraré rastrear por ese camino de cábalas. Sin duda esta visita me depara esa libertad que acude tras una sorpresa.

Le vuelvo a llamar, aunque más tarde que nunca. O más temprano, pues serán las tres de la mañana. La noche se ha convertido en un interrogante. Y procuro darle a entender mis dudas.

- ¿Tampoco tú aún no te has acostado?

- ¿A qué viene esa pregunta? Me conoces perfectamente.

- Pues... no sé para qué hablas tanto, si luego quedas tan intranquilo.

- ¿Qué me quieres decir?

- Es que tengo muchas dudas.

- ¿Qué pasa?

- No sé... como empezar.

- ¿No exageras un poco?
- ¿Puede saberse a qué han venido?
- Bueno..., querrán que no te intereses tanto.
- Pues, evidentemente, no me conocen.
- Entonces, ¿continúas?
- Vamos a ver: no me importan los problemas que se hace esa familia. Parece que les preocupan más otras cosas.
- ¿Hablas en serio?
- ¿Por qué no? Nada, no entiendo nada. ¡Bueno, como si Carlo les fuera un estorbo!
- ¡Vaya visita! Pero, a pesar de todo, mereció la pena.

Viernes, 23. Pienso como él. La mayoría de los chicos de la casa viven todavía esos momentos de empezar a necesitar valores personales. La independencia de la familia, la conciencia de sí mismos en su autoestima y autoconcepto, el desarrollo moral; y todo esto asociándolo al hecho de que los interiorizarán abrazando unos valores. Sabe que su conocimiento moral, por ejemplo, está expuesto a serias averías si es mera comunicación de preceptos, o él se mantuviera en una esfera inalcanzable para ellos, ajeno al amor que ellos demandan. Es para él muy atinado lo que leyó en Max Scheller: "Son más las personas que captan a Dios existencialmente a través del amor que los capaces de conceptualizar su conocimiento de Dios."

Pero le han llamado de Italia. Viene a decírselo un compañero. Y capta desde el primer momento la doble intencionalidad de la visita. Este descubre el contenido de la llamada.

- ¿Cuándo vais a acabar con el asunto ése?

El ruido que proviene del bajo le sirve de excusa para no prestarle demasiada atención.

- Gracias..., muchas gracias. Me alegran... tus buenos deseos.

El rostro del compañero se afila aún más.

- Pero ¿cómo? Creía que no me habías escuchado.

- Has tenido la amabilidad de venir a decirme que me han llamado. Es un buen detalle. No te preocupes más. Te diré que lo de Carlo ya está casi resuelto.

- ¡Ya era hora!
- ¡Vaya, me alegra que me digas eso!

- Sí. Estábamos seguros que nunca olvidarías que eres un hombre al servicio de otros valores.

En cualquier caso, se conocían demasiado y nada que dijese le podía molestar.

- ¡No te preocupes! Pronto podré dedicarme al estudio del hebreo.

- Bueno. Todos reconocemos que ya has hecho bastante. Ya es hora que los chicos se vayan defendiendo por sí solos.

Una especie de escalofrío se instala en su cuerpo.

- No lo entiendo. Explícame eso.

El compañero se excita.

- Normal en ti. Pero no esperes a que te lo digamos en hebreo. Pero ¿para qué?

- Sería curioso.

- ¿El qué?

- Si me pusiera ahora a hablarle en hebreo a esa madre. Estoy absolutamente seguro.

Tengo la sensación de que busque lo que busque no encontraré nada esta noche. No saldré. Con semejante estado de ánimo, todo intento de búsqueda está abocado a caer en el fracaso. Se lo digo.

- ¿Se han ido? -me pregunta.

- Sí - respondo.

- ¿Te han comentado algo?

- Me han pedido disculpas en nombre de toda la familia, ¿qué más podía esperar?

- No necesitamos eso.

- ¿Te extraña? -pregunto.

- No. Ya lo he visto desde el principio. Sólo vinieron a eso.

- Pero no lo digas.

- ¿Deseaban encontrarlo entonces?

- Supongo que también. Pero ese no es nuestro problema. Lo que me pregunto es por qué han de meter la religión por el medio. No tiene por qué ser así.

- ¿Qué le dijeron a Toni?

- Que si lo encontraban, lo iban a moler a golpes.

- ¿Y por qué?

- Están avergonzados de lo que Carlo hizo contigo.

- ¿Avergonzados? ¿Y conmigo?
- Lo mejor que puedes hacer es olvidarlos. Tendrás al chico más cerca.
- No lo pensemos más. Otros han de preocuparte más.
- Eso no lo veo razonable. ¿Son sólo rumores?
- ¡Un momento! ¿Y si nos comunicamos en hebreo?
- ¿Antiguo?
- ¡Vaya, hombre! ¿Nos estamos volviendo locos? Cálmate; no hay nada que temer.

- Es curioso. ¿Y por qué no?
- Porque los rumores, cuando se desmienten, aumentan.

Sábado, 24. Toni me propone esta noche irnos a otro pub, Bello Crepúsculo es su nombre, donde, según él, podremos encontrar información más segura. No encuentro motivo alguno para rehusar. Aunque siento cierta inquietud un tanto extraña.

- Pero ¿por qué precisamente a este sitio?
- ¿Por qué no? ¡no vuelvas a empezar! Vámonos.
- ¿Crees que lo vamos a encontrar ahí?
- Es lo que yo quisiera saber.
- Pero ¿cómo? ¡El chico no puede andar por aquí, seguro!
- Vámonos.
- Como quieras. No encontrarás nada.
- Pues claro que no. Vas a entrar sólo tú.
- ¿Qué dices?
- A mí no me deja pasar el mar... ese de la puerta. Ayer quería llevarme a la cama. A éste no se lo jiña ni un can.

Entro preparado para no sentirme extrañado de nada. En el interior se engolosinan todos los perfiles. ¿Cómo es posible? Esta realidad inexpresable es incapaz de otorgar indiferencia. Toda la fauna ostenta desenfadadamente su homosexualidad. El amanerado joven, que está tras la barra, cambia rápidamente su adornada frivolidad de azoramiento tan pronto como le pregunto si conoce al chico de la fotografía. Vuela a contárselo a su jefe. Al parecer, él no puede responder a pregunta alguna; aunque, por lo que se ve, escucha las conversaciones ajenas. De ninguna de las maneras puedo entender su nerviosismo. Por otra parte, es evidente que no sabe que yo estoy allí más por curiosidad que por lo que me pueda decir. Me mantengo en estado de alerta, pero no me siento intrigado. La clientela más cercana, inquieta y a la

espera, no bebe lo que pide aunque tampoco hace lo que desea. Temo que los días venideros vengan a convencerme de lo que ahora presiento: este histérico muchachito sabe demasiado.

- Has salido demasiado pronto, ¿no? -me dice Toni.  
- No aguanto mucho tiempo la falsedad.  
- ¿Qué esperabas entonces? Esto es un mugre, menda.  
- Nada. Pero de veras me reí al ver cómo le jod... mi presencia al julá de la barra. So marica.

- ¿Contento?  
- ¿Por qué?  
- Parece que tu chico no habla demasiado.  
- Eso ya lo sabías.  
- Me lo acaban de decir. Tengo mi mosqueo.  
- ¿Dónde?  
- El señor de este otro pub. Es alguien que nos interesa. Debes estar al loro.

- ¿Y por qué no me has llevado a él?  
- Acabo de conocerlo. Hay que atender al nene.  
- ¿Conoces a Carlo?  
- Sí. El chico suele venir con unos amigos a tomar unas copas cuando salen de ahí.

- ¿Te dijo algo más?  
- Que ahí te iban a mentir, qué me vas tú a decir.  
- Había que refregarles el culo a todos.  
- Déjalo.  
- ¿Por qué?  
- Bastante tienes haciéndote otras preguntas. ¿Quién trae a tu chico por aquí? Leches, que vete a ver tú.

- ¿Quién?  
- No lo sé. Ese señor tan sólo lo sospecha.  
Me deja la sangre helada. Miles de preguntas comienzan a caer sobre mí.

Domingo, 25. La tarde es placentera aunque a uno no le guste el calor. Aún soy capaz de hablar después de la larga caminata y corro a hablar con mi amigo. Un domingo es un domingo, percíbese desde las creencias que se perciba. Aunque no sé si es mejor o peor que sea domingo.

- ¿Y no me preguntas por qué no he venido ayer? -es lo primero que le pregunto.

- Por supuesto que sí -me responde-. Pero también es bueno que nos tomemos un descanso, ¿no? Espero que te haya venido muy bien.

- No tan bien como a ti.

- ¿Cómo lo sabes?

- Bueno, no tengo mucho tiempo.

- ¿Traes alguna novedad?

- Una simple curiosidad.

- ¿Qué?

- Al párroco de la chica esa le había parecido un tanto increíble nuestra historia.

- Comprensible.

- No te adelantes. Aún no he terminado.

- ¿Qué pasó?

- Que está aún más sorprendido ahora.

- ¿No exageras un poco?

- En absoluto.

- Dime.

- Dos de las amigas de Carlo le dijeron que no pisarían más la iglesia.

- Se habrá ido de la lengua, claro.

- ¿Cómo? Si tan sólo les preguntó si conocían a un chico italiano llamado Carlo.

- No lo comprendo.

- Pues él sí.

- ¿Y qué piensa?

- Que esas chicas se han visto descubiertas.

- Me dejas de piedra. ¿Y tú qué piensas?

- Eso, lo mismo que el cura. Claro que sí.

- Y ahora, ¿qué? No lo entiendo.

- Desde luego, la cosa es grave.

- ¿Con toda seguridad?

- No sé. Mañana lo pensaremos. No te preocupes.

Lunes, 26. Me encuentro metido de lleno en el revuelo cuando ya me creía distanciado de la trifulca que han formado en unos segundos. Ha acudido la policía para calmar la hostilidad del grupo contra el hombre africano.

Y en poco tiempo realiza el prodigio de apaciguar la irritación de la asistencia. Dejan de agredirle.

- Por el amor de Dios, ¿qué dicen ahora? -pregunto al policía que se ha parado a mi lado.

- Bueno, el negro se ha quedado mudo. Están un poco excitados. Será un recién llegado, así que metió la pata.

- Vaya, pues era el último en la cola. No les habrá pedido permiso.

- Veo que le quieres defender -me dice-. Lo de siempre.

- ¡Cómo! ¿Qué has dicho? ¡Yo no lo conozco de nada!

- No importa. ¿No has visto cómo ha intentado violar a esa mujer?

- ¿Delante de todos ellos? No creo. Habrá querido hacer lo mismo que ellos...

- ¿Sobre un banco?

- Como casi todas las noches. Hay muchos a quienes no les gusta la intimidad.

- Pero esta gente no suele irritarse así como así.

- Es verdad... Pero tampoco suele verse a un africano a estas horas por aquí. No, desde luego. ¿Un intruso que se apuntó a la primera?

De repente, se queda contemplándome como extasiado largo rato. Cuando ya logra incomodarme, me recompongo un tanto. Creo que acabo de disipar ciertas dudas.

- Ya veo. ¿Y qué diablos pintas por aquí?

- Sí, desde luego... ¿Ve usted? También me equivoco.

Pienso que lo mejor es irme a buscar a Antonio. E inmediatamente así lo hago. Me interno esta vez por las calles menos transitadas. Y como lo estaba deseando, me resulta fácil tropezarme con él por Luna. Lo veo hablando con dos jóvenes que nunca he visto. Da media vuelta. Y busco refugio en el bar más próximo. Después de media hora de espera, comprendo que es mejor pagar y marcharme, y así lo hago. Toni me hace una señal para que me acerque a ellos. Sus compañeros venían de Peñaenorme a donde, según dicen, suelen ir a pillar. No les pregunto su nombre, pues sería romper con las normas. Pero tampoco me da tiempo. La policía se acerca a pedirle la documentación a Toni. Me siento confundido. Se hace un silencio imponente. ¿Quién lo puede entender? Me doy cuenta de la rapidez de la operación. Me extraña la mirada que me dirigen. Cuando se van, en plena zozobra, pregunto a Toni qué pasa.

- Tranquilo -me dice-, puro trámite.

- ¿Por qué me han mirado así?
- Eso quiere decir que nos conocen. Nada más.
- Entonces...
- Querían saber quién era esta nueva pieza.
- Pues... no me han preguntado nada.
- Posiblemente...
- ¿Qué querían decir?
- Esta claro. Jod..., no te quieren ver por aquí.

Martes, 27. En verdad, no sé si estoy recordando el sueño o sigo en él. Nunca he pensado que un sueño pudiera dar para tanto. A destrozado la paz del día. Temo que me vaya a resultar difícil reparar sus desarreglos.

Nadie explicaría cómo tal cantidad de agua ha podido anegar en un instante la casa y con tanta virulencia. Es evidente que el cielo no ha mandado ninguna señal de peligro. Al instante, veo sobresaltado que sin duda el agua amenaza con tragarnos a todos. La campana de la iglesia se pone a sonar. Intento ver una salida, mis ojos no perciben más que agua. ¿Por qué razón los chicos se habrán venido a meter también en esta extraña casa? Todo ruge. Pero de pronto me veo fuera. Dos o tres personas conocidas permanecen inmóviles esperando que me acerque. Parece que ninguna ha advertido lo que está ocurriendo dentro de la casa. De pronto me veo en un mundo ciego y ajeno. Quiero contarles lo que está ocurriendo; pero ellos me escuchan como si les contara un curioso sueño. Despierto.

Al mediodía, todo está aparentemente en orden; aunque sólo lo está para una mirada externa. Decido no mencionar en casa el sueño en todo el día. Es interesante observar cómo las noticias últimas me hacen remontar un repecho que, temo, me conduzca a otra manera de pensar. Pese a esto, necesito un máximo de serenidad y de atención a la vez.

- No quiero ser inoportuno -comienza-, pero ¿sigues tan preocupado?
- ¿No lo estamos todos? -le digo.

Se queda mirándome.

- Nunca me sentí peor en la vida.
- No sé. Puede ser que aún las cosas nos vayan peor. Debe ser peligroso ir al fondo de las cosas.

Miércoles, 28. Mi buen amigo ha estado durante muchos años enriquecido espiritualmente al aire fascinante del simbolismo religioso. El mismo es consciente de haberse sumergido en ese efluvio jubiloso, embelesado en su

derroche cegador de ambivalencias. Ahora, como cabe suponer, no gana para confusiones. Lo logra descifrar ese otro ritual que invade y atraviesa la penumbra marginal de las calles de la gran urbe. Cada vez se siente más perdido. Al tropezar un día y otro ese mundo marginal, se siente incapaz de recobrar la mirada no espantada que descubra su significación. Naturalmente, después de acercarse a él, es imposible el sentimiento de satisfacción y bienestar espiritual. Aquí es imposible cualquier consuelo. Es peor el consuelo que la realidad. El consuelo encubriría el enigma de los que no dejan de soñar despiertos en la noche. Sin embargo...

"Bienvenida la noche para quien va seguro  
y con los ojos claros mira sereno al campo  
y con la vida limpia mira con paz el cielo,  
su ciudad y su casa, su familia y su obra.  
Porque la noche siempre, como el fuego, revela  
refina, pule el tiempo, la oración y el sollozo,  
da tesura al pecado, limpieza al recuerdo,  
castigando y salvando toda una vida entera.  
Bienvenida la noche con su peligro hermoso."

Jueves, 29. Hace ya muchos días que no me pregunto cuándo acabaremos con este asunto. Está claro que darle este tiempo hace que los días del mes parezcan estáticos, como si el mes sólo tuviera una larga noche. Pero lo más importante es la seguridad que he venido a darle. Estoy seguro de esto. Confío en que no sólo haya venido a traerle esta seguridad que, por otra parte, ahora tanto necesita.

Se considera afortunado por tener mi ayuda. Y esto me hace más fáciles las cosas.

- Es curioso cómo las situaciones vienen a cambiarlo todo hasta el punto de llegar a asustarte a ti mismo -me dice.

- Si fueras representativo, diría que no conozco a tus compañeros.

- Piensa que no es eso lo que te quiero decir.

Está distraído y deja correr el halago.

- Precisamente por eso -digo.

- ¡Ah!, ahora me encuentro mejor -dice muy pausadamente-. Pero sin duda soy humano ¿Y si, para tu sorpresa, estuviera deseando que se alargase esta situación?

- ¿Qué? ¡Tú estás deseando encontrarlo de una vez!

- ¿Estás seguro? ¿Cuál de los dos lo desea más?

Aprecio, en primer lugar, que manifiesto una mayor tranquilidad. De modo que, sin pensármelo un momento, me pongo a hablarle de lo que pienso hacer esta tarde. Está casi tan interesado como yo en que me vaya a Aluquer. Es alentador dejarle en ese estado de ánimo.

Carlo ha dejado en su agenda un nombre y una dirección que me hacen sospechar. Un despiste más, pero de mucho interés para mí ahora. Sin embargo, compruebo con desilusión que la dirección corresponde a un piso abandonado hacía ya casi dos años. Pero esta constatación no llega hasta el punto de abatirme. Todavía he de seguir luchando. En efecto, entro en la cafetería cercana y marco en el teléfono el número que llevo. Hay suerte.

- ¿Está João Tarso?

- Oh, ¿quién ha dicho, caballero?

Me siento excitado. Juraría que es la misma voz.

- ¡J-o-â-o T-a-r-s-o!

Desde luego, con el mismo fingimiento. No puedo pensar en otra cosa que no sea el Bello Crepúsculo. Me es difícil desearle otra cosa que mandarlo a la mierda. Pero lo haré después.

- ¿Y si sólo preguntase por Tarso?

- ¿De cachondeo? -pronuncia con ambigüedad-. Eso no se hace por teléfono. Ya le he dicho que lo siento, caballero.

- ¡Vaya! ¡Ahora a poner remilgos! Escucha esto, so marica: te voy a meter todas tus mentiras por el culo.

Cuelgo, pero no salgo de la cafetería. Buscaré en la guía a qué número de tan larga calle corresponde semejante abonado. Después de hojear aquella inaguantable monotonía de números, lo doy por imposible. Pero me marchó decidido a volver.

Viernes, 30. Por la zona de Orensanos una multitud de adolescentes, de muy parecido aspecto, se exhibe gritando, bebiendo con notorio gusto por la transgresión, escenificando una confusa espontaneidad, pero siguiendo el ejercicio que dicta el perverso mandato de su insatisfacción. Ahora bien; mis preocupaciones hacen que no me detenga lo más mínimo y deje atrás aquella casi inmersión bulliciosa en un fondo engañoso. No debo andar muy errado. Veo que es una prisión fascinadora, a la que invitan a los que quieren destruirse con ellos. La fiesta dura toda la noche. Dicen que dura todo el fin de semana.

No me ha pasado por la cabeza preguntarle a Toni el porqué de aquella incursión en semejante capilla. "La Encantadora Noche" evoca el erótico burbujeo del vértigo. Los tiempos se han excedido para mi subrepticio pesimismo. Me siento fuera de lugar, de modo que tengo que ir al grano de inmediato.

- Buenas -nos saluda uno de los chicos que están a la puerta.

Trato de aclarar las cosas notando su satisfacción.

- Son ustedes los primeros -continúa muy amable.

Reconozco que me he adelantado. Si éramos los primeros, mi diseño presuroso estaba ya desmantelado.

- Nos vamos entonces. Hasta luego.

- Pero, ¿cómo?

- Lo siento muchísimo, chaval. Pero veníamos en busca de un chico desaparecido.

- ¿Policías?

Le sonrío a Toni.

- No. ¿Tenemos trazas de eso?

- No se ofendan -dice-. Bueno, pueden hacerme las preguntas que quieran.

Como si por fin viera una puerta abierta. No me he equivocado. Al principio no ha dejado de inquietarme el insinuoso amaneramiento del joven. Sus primeros gestos eran sin duda simulacros volitivos o, más bien, conscientes falsificaciones tramitadas por su profesión.

- ¿Conoces a este chico? -le pregunto.

Toni se va. El chico se siente con más libertad.

- No estoy seguro. ¿Qué es suyo?

- Bien, ¿qué crees tú? ¡El mejor chico de la casa!

- ¡No diga!

Estoy convencido de mi suerte.

- ¿Te suena? -le vuelvo a preguntar.

- Sí..., pero... la verdad, no estoy seguro.

- Bien: ¿puedes hablar?

- Gracias. Pero no es eso. Soy play-boy. Sólo atiende a las pocas chicas que vienen por aquí.

No me cabe duda alguna que me está diciendo la verdad.

- Veo que eres sincero.

- Le informarán mejor.

Me siento satisfecho de haber venido y obligado a corregir alguna de mis opiniones. En un momento se acerca el encargado.

- Diga.

- Sólo quería saber si Carlo suele venir por aquí.

- ¿Es usted español o italiano?

Su sorprendente pregunta me aclara.

- Este chico lleva viviendo cinco años en España.

- ¿Y cuándo se ha marchado este chico de casa?

- Hace casi dos meses.

- ¿Y sabe que anda por aquí?

- Me han dicho que venía por aquí con otro italiano. Créame, me lo ha dicho una persona que me merece todo crédito.

- ¿Ese chico es mentiroso?

- No lo era. Pero ésta ya es su cuarta huida.

- ¿Sabe el nombre de su amigo?

- Creo que João; pero me han dicho que por la noche se deja llamar Carlo. Creo que a mi chico también le llaman por otro nombre.

- Parece estar usted muy seguro de lo que dice.

- Desgraciadamente sólo de muy pocas cosas.

- Tráigame una fotografía para ponerla dentro. Y no lo dude más: ¡malas compañías!

E intencionadamente, eso creo, se pone a hablar con el chico que sigue a mi lado.

- La otra noche, cuando la policía vino a pedirles la documentación, ¿dejaron la moto ahí abandonada?.

Momentos antes no me hubiera creído encontrar lo que estaba descubriendo. Toni aparece. Aún en las escaleras, otro joven nos alcanza.

- Me da que ustedes no son brasileños. ¿Desean los caballeros un bonito tema de mujeres?

La verdad es que cometo errores frecuentemente, pero me sorprende la palabra brasileños.

Lo comento con Toni. Quizá me lo aclare por lo menos un poco.

- ¡Pues ya ves: los brasileños les surten! Los conocen muy bien. No, no busques algo más. Estos necesitan clientes.

- Y deben estarlo mucho. ¿O crees que tengo cara de cliente esta noche?

Y no lo dudo. Todos me parecían hombres sinceros. Debo llegar pronto a casa para ponerme a ordenar un tanto mi cabeza. La tengo densamente poblada.

Sábado, 1 de octubre. Me siento mejor de lo que esperaba. Ya por la mañana decido proseguir la búsqueda, y, después de lo encontrado ayer, como si fuera por primera vez. De modo que tendré que sacar fuerzas de flaqueza. Unicamente que me tengo que parar a pensar lo que es preciso poner primero. Ignoro cómo me las arreglaré, pero seguiré adelante.

A mi amigo le veo aparentemente un tanto languidecido, pero tal vez me equivoque. No es que me moleste mucho, pero es difícil salirse de casa cuando uno no sabe lo que está pensando hacer el otro. Cuando llega del instituto, reparo que se siente un poco abrumado. Pienso que es mejor quedarme para hacerle cierta compañía.

¿Qué cuernos hace éste aquí?, me pregunto más tarde al encontrarme con Eugenio a la puerta. Hace años que no lo veía. Está totalmente cambiado. ¿Cómo es posible semejante cambio? Todo es desconcertante. Tan pronto como toma asiento, me muestra una jeringuilla. Está aún más destrozado de lo que yo he pensado en un primer momento. Se ha fugado de un centro de rehabilitación. De repente, me pongo en guardia. No me lo podía imaginar. Su visita me resulta extraña. Voy descubriendo que está medio sonámbulo además.

- Estoy desesperado, quiero ponerme una sobredosis.

- ¿Y precisamente aquí? -le digo.

- ¿Me ayudarás?

- En lo que pueda.

- Entonces, toma y títala por ahí -me dice entregándome la jeringuilla.

No acabo de aclararme, cuando llama a la puerta Toni. Esta llegada sorprende a Eugenio que se despide como un rayo.

- Toni, ¿por qué le has mirado tan fríamente?

- Le conozco. Sólo me atreví a subir porque le vi.

- Eres inhumano.

- ¡Más lo son tus vecinos escuchando a la puerta!

- Problema de ellos.

- En este caso tienen razón. Y no te lo hagas tuyo. Además, Eugenio ya no es el Eugenio que conocías. No pienses ya en aquel chico tan simpático. No se te ocurra abrir la puerta a nadie.

- Cállate. ¿Vino a pedir auxilio, no?

- ¿Qué auxilio? Quien de veras te lo está pidiendo no se atreve a venir a tu puerta.

- Puedes equivocarte.

- Sí... Pero entonces es que no lo dejan acercarse.

Al atardecer, siento el deber de volver a Aluquer, aunque en un estado de contrariedad lacerante. La visita de Eugenio me ha dejado mal sabor de boca. Con cierta rabia salgo del metro y a toda prisa arribo al portal que me interesa. Espero a la puerta a que alguien llegue. No quiero llamar por el telefonillo. Conozco la reacción de sospecha y distancia que suele crear en la gente una llamada así. Bien pasada media hora, aparece una señora, sin duda vecina del inmueble. Me presento y ella me dice que, efectivamente, es vecina del portal. Tengo suerte. Se ofrece a responder a mis preguntas.

- Bueno, no me extraña que me pregunte por ese chico. Hasta su madre tuvo que dejarle, la pobre mujer. Un niño vanidoso y tonto, y al que no se le puede decir nada. ¡Puede usted imaginarse lo que quiera! Nos vuelve también locos a todos. Y esto que le estoy diciendo se lo puede decir cualquier vecino.

- ¿Puedo hacerle más preguntas?

- Evidentemente.

- Me interesa saber más bien quién es este João que aparece en el buzón.

- ¡Dichoso João de las narices!... ¿Lo conoce usted?

- No.

- Más le vale. Es un sinvergüenza. Y peor que su amiguito.

- ¿El qué? -le digo-. Pues temo que uno de mis chicos ande con ellos.

- ¡Pues difícil lo tiene usted! -dice-. Pero, bueno, la esperanza es lo último que se pierde. Y ánimo usted. Lo veo muy triste.

- ¿Sí? Pues también estoy colérico.

- ¡Vaya, hombre! ¡Como todos nosotros!

- Discúlpeme. Siento haberla molestado.

El anochecer se expone con desaliento a las dudas. Unos pedigüeños se ponen a cantar unos metros más arriba sin embargo. Apenas tengo tiempo para darme cuenta de la diferencia que hay entre su mundo y mi mundo. Decido retornar antes de ver quebrada mi esperanza. Y aunque intento confirmarme en alguna seguridad, me resulta imposible todavía.

Domingo, 2. Para evitar cualquier comentario, decido abordarlo antes de que llegue a casa. Mientras camino con él, me enseña las cartas que lleva.

Nunca deja de asombrarme su manera de tomar las cosas tan a pecho. El lugar donde nos paramos es tranquilo y cómodo.

- Hay cosas que no concuerdan -me comenta.
- Tratemos de ver claro.
- ¡Es lo que yo quisiera!
- ¿Saber por qué las ha dejado?
- Quizá me haya explicado mal. No, no es exactamente eso.
- ¿El qué?
- ¡Pobre madre! En todas las cartas esta extrañeza y emocionada preocupación...
- Quizá este chico llegó a ti con problemas.
- ¿Y por qué yo no leí esto la primera vez? Hoy parece que estoy leyendo otras cartas. ¡Dios santo!
- Vamos, si por ahora no te lo vas a explicar.
- ¿Crees en lo de la droga?
- No. En ese caso no te las hubiera dejado.
- Pues no me lo explico -comento.
- ¡Vaya! Pues algo te ha querido decir.
- Ya lo ves: ¡con bastante misterio!
- Naturalmente, no puedo decírtelo de otra manera.
- Me lo pones peor.
- ¡Como si él lo tuviera fácil! ¡Ya es hora que lo comprendas!
- ¡Lo que faltaba! -exclama.
- Cálmate. Carlo huyó de su madre, ¿no te das cuenta? Sin duda a ti te respeta. Confía en él.
- ¿Estás seguro?
- Bueno, no del todo. Pero si lo queremos poner a salvo, hemos de averiguar quién anda tras él. Aunque ya me veo enredado con el mismo trastorno de un sueño.
- ¿Te sientes también perdido?
- Ya te he dicho todo lo que te tenía que decir -le respondo.
- ¿Qué quieres que te diga? Siempre terminas dejándome confundido.
- ¡Basta! No está claro que nos parezcamos tanto. A veces me pregunto si no vuelves siempre al comienzo. Esto es lo extraño.
- ¿Al comienzo de qué? -me pregunta.
- No busques en otra parte pistas más fiables. Los fines perseguidos siempre están dentro de uno.

- No sé... Pero te haré caso. Créeme, no quisiera volverme al punto de partida. Me estoy poniendo en tu pellejo, ¿no?

Lunes, 3. Entro en una cafetería con la intención de pararme tan sólo a tomar un café. No ocurre así. Oigo extrañado cómo personas cercanas a mí están hablando con acaloramiento de religión o algo así. Lo hacen con bastante ruido. A la gente le gusta, al hablar de religión en público, hacerlo a gritos. Es un viejo rito español.

Dan más voces cuando hablan de la distinción cristiana entre lo sagrado y profano. Me hago el distraído. Siguen dando voces aún cuando concuerdan en el tema del matrimonio de los curas. Me pregunto qué hago allí. Llega Toni. Le sorprende aquella discusión tan tempranera. Le recuerdo la experiencia familiar del compañero. Pero estas personas no piensan así, y están en su derecho. Sin embargo, yo estoy seguro que ese sacerdote es sincero cuando dice que salvando su familia, salva su sacerdocio. Lo que dicen no me encaja. Se enzarzan ahora en una inextricable diatriba contra quienes defienden posturas contrarias. Lo tengo cada vez más claro. Sospecho, no de estas personas, sino de las razones que se dan por ahí a la hora de poner una dualidad sacerdocio-familia, tan zafia y contraria a ejemplares experiencias. De todos modos, no quiero arbitrar en algo que no me atañe. Ellos siguen ahí justificando sus afirmaciones. Y yo creyendo que el justificar se hace siempre desde algo que no se justifica.

Una vez en la calle, Toni y yo nos entretenemos jugando con nuestra imaginación.

- Imagínate que eres cura -me propone.
- ¿Por qué yo?
- Porque con esa cara, te resultará más fácil.
- ¡Déjate de pamplinas!
- ¿Vas a ponerte tan serio con esa gente? ¿No me dices que lo tomemos en broma?
- Bueno, sigue...
- Vamos a ver, ponte en lugar de ese cura que conoces. ¿Cómo se lo explicarías a esa gente?
- ¡Qué ingenuo eres! Esos no entrarán nunca en razones.
- Entonces a mí.
- Te reirías.

- ¿Por qué? Vamos, en serio.
- Pues no te voy a dar razones.
- ¿Es que los curas no dan ni eso?
- ¡Estúpido! Habla así, y me marcharé.
- ¿Por qué? Tú eres una persona que sabes pensar, yo no.
- Vale. Si te pones así, te lo diré.
- Dilo.
- Muy sencillo.
- ¿Cómo?
- Con tres cosas.
- ¿Una?
- Con una mesa más grande.
- ¿Dos?
- Durmiendo menos.
- ¿Y tres?
- Trabajando más, claro.
- ¿Se lo dirías así a estos?
- Seguro que no.
- ¿Por qué no?
- Sus convicciones son inquebrantables, despreciarían otras visiones.
- Es curioso.
- ¿El qué?
- Sabes, eres muy diplomático. Llegarías a obispo.
- ¿Y por qué no a papa?
- En ese caso, tendrías que pagarme una pensión en Roma. Al menos para siete días.
- ¿Es que acaso me apellido Luciani?
- Tengo entendido que les cambian de nombre. Pero déjalo. De todas las maneras, a lo mejor te hacían un monumento.
- ¡Más desacato!
- ¿Qué es desacato?
- Pues querer que me pongan una piedra encima. ¿O crees que me la irían a poner debajo?
- Entonces, ¿desacato, o lo que yo no me atrevo a decir ahora?
- Pues déjalo en pedrada.
- ¿Es posible?...
- No. Nos la tirarán antes estos si seguimos diciendo tonterías.

Este estado de ánimo prevalece después de la distensión sentida. Tanto es así, que tengo la sensación de que hoy es fiesta. No vuelvo a casa de la misma manera que ayer. Nunca se vuelve de la misma manera.

El creciente anochecer no lo puede ir borrando todo. No puedo despedirme del día sin antes hacerlo de mi amigo. Hay cosas que no se deben olvidar. Sólo se han de olvidar las que hay que olvidar para que la verdad triunfe. Y además, después de haber perdido el tiempo, pienso que tal vez me espera. Sin duda, hoy no puedo decir lo de San Pablo: "Con los inseguros me porté inseguro, para ganar a los inseguros. Con los que sea me hago lo que sea, para ganar a algunos como sea."

Martes, 4. El próximo final real de las vacaciones nos pone un poco nerviosos a todos. Aunque los chicos lo viesan de otra manera. Esta mañana, mientras se desperezan, veo que están dispuestos a parear la brevedad del tiempo con la intensidad de la juerga. No parecen estar enterados de mucho, y es obvio que es mejor así. Es evidente que el estado de mi amigo no siente ese mismo empuje. No sé qué decirle. Vuelven a faltarme las palabras. Pero, sin saber cómo, salgo al paso. Murmurándole una frase de Santa Teresa: "Ya os dije que algunas veces nos pone el demonio deseos grandes porque echamos mano de lo que tenemos a mano para servir a nuestro Señor con cosas posibles y quedamos contentos con haber deseado imposibles... no queráis aprovechar a todo el mundo, sino a los que están a vuestra compañía."

Los chicos no tardan en despedirse. Le hago las preguntas que quería hacerle. Como estamos solos, está bastante claro que podemos hablar con la mayor libertad.

- En primer lugar: ¿Cómo te sientes hoy? -le pregunto.
- ¿Has observado algo raro? ¿A qué viene esa pregunta?
- No siempre traigo malas nuevas.
- Naturalmente.
- Fuera bromas. ¿De verdad que no te han vuelto a dar la lata?
- No. Te lo hubiera comentado.
- Ya verás, lo harán pronto.
- ¿Quién te lo dice?
- El corazón.

Estoy seguro de que me está entendiendo muy bien, de modo que me parece impropio seguir hablándole de lo mismo. El chasquido del vaso

que se cae hace que pierda el hilo de mi pensamiento. Es él el que me pregunta:

- Me inclino a pensar que quieren darle una trascendencia que no tiene a nuestra búsqueda.

- Es grave eso. ¿Qué te lo hace pensar?

-¿Directos?

- ¡Un momento! ¿Saben que yo ando por ahí?

- En cualquier caso, ¿qué les puede ir en todo esto?

- Nunca lo sabremos. Pero, ¿lo saben?

- ¿Y qué quieres que te diga?

- De todas formas, ¿por qué les estás creando problemas? ¡Me sorprende!

Se fija en mis gestos y sobre todo en mis pausas, que no son pocas. Pero sus preguntas las hace con mayor ansiedad.

Su voz se vuelve inesperadamente seca y tajante.

- ¿Sabes una cosa? -me pregunta.

- ¿Qué?

- ¿Es que yo voy a hacer de mi familia y vocación la paranoia de mundos diferentes? ¡De ninguna de las maneras!

- Ya es tarde. Te resultará inútil. Lo vienes haciendo.

- ¿Por qué me dices ahora eso?

- Se ve a la legua. Ya hace tiempo que vienes haciendo eso, amigo mío. Y por su bien, tendrás que seguir haciéndolo.

- En mi interior eso nunca lo he hecho.

- Lo sé. Pero sabes muy bien que a ellos les basta lo externo. Pero no es eso sólo lo que les preocupa.

- Pero, entonces, ¿qué?

- Pues ya es hora de que lo sepas. Mira, es lo único de lo que estoy seguro.

- ¿La libertad que me tomo?

Es mucho más difícil de lo que yo esperaba el que en las grandes dificultades nos paremos en los pequeños detalles. Pero tengo que pararme a pensar que para otros no.

Miércoles, 5. Antonio me lleva a sitios que no habíamos rastreado. Al principio no me seduce la idea; pero la idea de que Carlo pueda estar metido en cualquier sitio, hace que no ponga mayor resistencia a su propuesta. Me resulta un morbosos trayecto. No sé por qué me distraigo recordando a J.

M. Galbraith: "La vida en las grandes ciudades podría mejorarse en general, y sólo mejorará, mediante la acción pública: con mejores escuelas y profesores mejor pagados, con servicios de ayuda social fuertes y bien financiados." No comento nada de esto a mi compañero. Evidentemente, sería un sarcasmo.

- Vámonos de aquí. No conseguiremos nada -le digo.

- Yo no pienso así.

- ¡Me dirás!

Se para. Guarda unos momentos de silencio. Pero de pronto parece que ha encontrado una idea.

- ¿Has hablado con Marcial? -me pregunta.

- ¿Qué Marcial?

- Ese tipo que tienes enfrente.

- No le conozco.

- Creo que sí. Supón que ése no es su verdadero nombre.

- No, no lo conozco.

- No importa. El te conoce a ti.

- ¿Para decirme esto, me has traído hasta aquí?

- ¿No lo has visto en el Bella Fiesta?

- Para... Claro que sí. ¿Qué pinta por aquí este tío?

- Conoce a bastante gente de la cuerda de tu amigo.

- Yo soy yo.

- No sé lo que piensa de ti. Pero no sé de dónde ha sacado que sois incapaces de mover un dedo contra vuestro chaval.

- Desde luego.

- No hables así -dice enfurecido-. ¡Qué ingenuo eres! Ten por seguro que te van a chantajear por todas partes.

- Pero ¿qué sucede aquí? ¿Tanta gente hay tras de Carlo?

- Bastante.

- Hablaremos con él. Vámonos.

- No, ahora no. Buscaré a alguien que le hable.

Y pronto nos damos la vuelta. Veo que las sorpresas ya no son paréntesis en este cerco de tan abstrusas irregularidades.

Jueves, 6. Tras un despertar desasosegado, se pone a leer una conferencia de Panikkar, como si fuera a buscar en ella esa paz, que por haberse ocultado en las sombras, no ha encontrado en el reposo. Ya no le sorprende su capacidad para cambiar en tan breve tiempo de un sentimiento a otro.

Entender lo que dice Panikkar le resulta fácil. Las teologías cristianas no han sido tales logos sobre Dios, sino cosmovisiones y antropologías sobre el mundo y sobre Dios compatibles con lo que se creía que era Dios. Quiere esto decir en primer lugar que las teologías tuvieron conflictos con las cosmovisiones científicas lógicamente. Pero él mismo no sabría explicar nada de esto en casa. Aquella lectura sólo forzaba su particular meditación que, por otra parte, le hace sentirse incapaz de traspasar a los suyos. Por lo que decide tomar otro camino. Y abandona la lectura.

- ¡Ya es demasiado! ¡Vaya adición!... -le dice Iván que se acerca a él.
- Pues me has dicho ayer que había cambiado.
- ¡Algunas cosas!
- ¿Tan sólo algunas?
- Pero aún tienes arreglo, hombre.
- ¿Lo crees?
- Por supuesto que sí.
- ¿Es que no te gusta?
- No, por mí puedes seguir con tu lectura.

Pero no va a continuar con la lectura.

Cuando se levanta de la silla, se da cuenta de que aún es demasiado pronto para empezar otras tareas domésticas. Aunque cuando se tiene tiempo, no es bueno olvidar la dimensión mística y andar desperdigado en tantas fracciones. Sin embargo, los chicos no lo interpretarán así. Seguro que a Iván le gustaría verle haciendo otra cosa.

Viernes, 7. Cuando pasas una noche con toda esta clase de exilados, te encuentras como en una ciudad más imaginaria que real, como en una ciudad que te devuelve una identidad de la que no reconoces ser portador. Mientras intento comprenderlo, me doy cuenta de que éste no es el lugar adecuado para pensar. La gente conversa y se divierte; pocos observan el espectáculo. La pregunta es cómo no perder algo de lo que depende nuestra existencia.

Cuando vuelvo de mi correría, ya cerca de casa, doy un rodeo. No lo pienso en absoluto. Ni me explico por qué obro así. No encaja en mi comportamiento habitual. No he pensado con lo que me podría encontrar a estas horas. Me cruzo con un hombre enfrascado en un soliloquio emocionado, cambiando el tono de su voz según fuera él o su admirada Rocío Jurado quien hablaba. Pasa de largo sin reparar en mí. Sorprendo a unos jóvenes que en la

oscuridad no sé qué intercambian. De la oscuridad nacen las sospechas. Y ya casi a la puerta, descubro una pareja tal vez esperando. Ellos y mi temor son muy reales. Poco después, les reconozco. Son dos pedigüeños. A él, con más luces que vergüenza, la monja del comedor cercano le ha tenido que parar los pies.

- ¿Qué demonios hacéis aquí? -digo.

- Bueno, ésta es la Pili -dice-. Y venimos a que nos case ese cura tan majo.

- ¿Qué has dicho?

Ella también interviene:

- ¡Este también es muy maja persona! ¿Ves?

- Queremos casarnos esta noche -dice él.

- ¡Conque una boda a estas horas! ¿Queréis que os diga la verdad? No sé a qué viene este numerito.

- No soy demasiado listo, bien lo sé, pero que yo no soy tan tonto como esa puñetera monja.

- ¿Qué pasa? ¿Os quiere casar? -les pregunto.

- Se ve que tú no la conoces -dice él.

- Preguntadle mañana por qué no se casa ella.

- ¿Cómo puedes decir...? No nos dará de comer.

Interviene ella de nuevo:

- No te imaginas los sermones que nos echa. Pero ¿de verdad nos condenaremos por esto?

Sin pensármelo, le digo:

- Ya lo estáis sin duda. ¿O cuántos años lleváis durmiendo en un banco? ¡Son tantas las formas de la condena!

Sé que me he pasado, pero no se me ocurrió otra cosa. Decido irme pronto a la cama. Aquella pareja que estaría ya haciendo lo que no quería hacer. Pero... ¿Por qué no desear que la noche les alargue la inseguridad de su contento y la seguridad de una comida? Al abrir la puerta de la habitación, veo que la quietud me devuelve la identidad aunque mi sombra siga recorriendo entre el desamparo y la audacia de otros.

Sábado, 8. El encuentro con Dios es oblicuo, y no cara a cara. Son las personas las que se encuentran cara a cara. El Dios trascendente no puede ser reconocido más que cuando se le acoge en la proximidad del prójimo. Y entonces se expone solicitándonos la responsabilidad. No sé si ya me he referido antes a esta cuestión tantas veces debatida con mi amigo. Creo de todos

modos, que mi convencimiento remite más a la concordancia de quien me lo explica que a su razonada justificación.

Me parece que Antonio quiere más bien aclarar otras cosas cuando ahora me saca el tema religioso. Pero, la verdad, no soy quién para taponarle la boca a nadie. Tampoco pienso en algo así como en una oportunidad. De verdad. Sencillamente, no me gustan estos lugares para la teología.

- ¡Mentiras y trucos! -me dice, sorprendiéndome.

- ¡Caray! ¡Qué día te traes! No esperaba eso de ti.

- Es imposible... ¿Cuándo vas a quitar de una vez esa venda de los ojos? A tus años..., eso me mosquea.

- ¿No será la fe la venda que tenga?

- ¡No me hables así! ¡Y libérate un poco!

- ¿De qué quieres que hablemos?

Se pone serio y me dice:

- Tienes una esperanza desesperada. Y va a ser verdad.

- ¿De dónde has sacado tú eso?

- ¿De dónde...? Ya ves, tampoco yo lo entiendo. Lo oí a un amigo. Y ése entiende un porrón.

- Pues no hables de lo que no entiendes.

- No me digas. ¿Por qué?

- Es absurdo -le respondo.

- ¿Absurdo? Absurdo es que los tuyos te la jueguen. Y para el colmo, eso no es todo.

- No te entiendo.

- ¿Tú crees?

- ¿A qué viene eso ahora?

- No olvides que tu Dios ni siquiera preservó del sufrimiento al que estaba en la cruz.

- Del sufrimiento no, pero sí a él.

- ¡Claro! No sé para qué decirte estas cosas. Tienes razones para casi todo. Pero lo invocan quienes te jod... ¿o no?

- No hables así. Será mejor que no metamos a Dios en todo esto.

- ¿Qué me quieres decir? ¿Que me calle? Pues es una palabra que bien encubre otras cosas.

- Dale. Tapa esa boca de una vez.

- Sé que no sacaré nada en limpio contigo -dice.

- Te estás liando. ¿Qué me quieres decir?
- ¡Que no se puede ir de bueno por la vida!
- ¿Por qué no me lo has dicho antes? Me conocías.
- No sé. Deberías buscar a otro que te acompañe.
- ¿Te vas?
- Creo que sí. Iros al Bello Vals. Es posible que ese cabecilla de mierda me reviente un día. Pero tú no le tengas miedo. El ya te lo tiene.
- ¿Pero es así? ¿Sabes lo que me estás diciendo?
- Un momento. Pero háblale sólo de religión. Entiende.
- ¿Secta? -le pregunto.
- Entonces, ya me voy. Pero no temas, los tienes peores. Y ya no me dice más.

Silencio. Todo discurso que no provenga del silencio y no conduzca al silencio desconoce por completo a Dios. Pero, en este sentido, me siento más avergonzado que nunca. Mis palabras sobre Dios, en contra de lo que digo, no recaen sobre este sincero chapero que tanto me ha ayudado. Miro alrededor. Toni ha desaparecido.

Domingo, 9. Por la noche, me acerco al Bello Vals sin mucho convencimiento. Lo hago porque sería desleal negarme a seguir el consejo de Toni. Cuando abro la puerta, no veo rostro conocido alguno. Me resultará así más fácil mantener la naturalidad. Creo que hago bastante bien el distraído. Y aprovechando que se vocifera mucho, me cuelo hasta el final de la barra. Espero que me vean como un cliente más. Pero, cuando doy media vuelta para ir al servicio, siento el pisotón. Estaba tras de mí. Me mira y pienso que me va a pedir perdones. Pero no es así.

- ¿A quién buscas ahora? -dice con cierto enfado.
- No busco a nadie, señor Marcial.

Juraría que sí era.

- ¿Qué son esos papeles que lees?
- No vengo a un bar a leer. Pero le diré que son de cuestiones religiosas.

Le miento. Es el programa PPD (Programa Prevención contra la Drogodependencia).

- No soy el señor Marcial. ¿Qué diablos tienes que decirle?
- Nada. No tengo nada que decirle. Otro día será.

No parece defraudado con mi respuesta. Pero, dando media vuelta, se pone a hablar con unos desconocidos. Me escabullo. Y rápidamente me meto en la boca del metro.

Y tengo una gran suerte: el tren está parado en la estación. Me apresuro para poder coger el último vagón. No me da tiempo a lanzar un suspiro de alivio. Veo que dos jóvenes intentan lo mismo. Pero, en un instante, me doy cuenta que uno de ellos se inclina a mis pies como para limpiarme los zapatos. Tal vez diga algo pero en un idioma que no entiendo. Veo que el otro sostiene la puerta para que no se cierre con una mano, pues con la otra intenta arrebatarme los papeles. Inmediatamente adivino lo que pretende.

- ¿Qué pretendes, gili...? ¡Te van a encontrar con el primer tiro en los coj...!

La sorpresa les paraliza con la misma rapidez del rayo. ¿Se dicen: "No es éste"? Desaparecen por donde han venido. Procuero convencerme de que los viajeros no se enteraron. Nadie se inmuta. Pero yo siento que un escalofrío recorre mi espalda. Ya no volveré a ciertos sitios. Y no porque tema riesgos inútiles, sino porque es evidente que las cosas pueden empeorar para Carlo.

Nunca se lo preguntaré a nadie, pero tengo la inesperada sospecha de que muy bien aquellos dos chicos habían sido enviados por el tal Marcial. Cuando llego a casa, intento ocultar mi alarma. Me sale todo bastante bien, pues nadie me hace pregunta inquietante alguna. Sólo, horas más tarde, acabo reconociendo que debo explicárselo. Supongo que no va a inquietarse más que yo.

- Esta noche has tardado más en hablarme.

- Me duele la cabeza -le digo.

- ¿Y algo más?

- Claro que ocurre algo.

- Mira -responde-, no tienes más que descansar un poco. Te conviene.

Como ves, todo es cuestión de tiempo.

- Cada día comprendo menos las cosas.

- ¿Hemos puesto nuestra esperanza ya en la Televisión, no?

- ¿Y si con eso fastidiamos aún más al chico?

- ¿Por qué?

- Pues yo me lo temo.

- No sigas, por favor.

- ¿No quieres que te cuente lo último que me han dicho?

- Creo que no. No aguanto más, Chano.

- Ya lo sé.

- Además, no quiero tener que preocuparme ahora también de ti.

- Vamos, no te pases -le digo-. ¿Cómo demonios vamos a abandonar ahora?

- Hazme un favor, ¿quieres? Espera unos días. No es posible que tengamos al chico perdido para mucho tiempo.

- Me temo que se encuentra muy liado.

- ¿Quién te lo ha dicho?

- Pues claro que sí. ¿O no te das cuenta del movimiento de toda esta gente?

- ¿Y qué quieres que haga?

- ¡Pues ahí está la cosa! ¡No lo sé tampoco yo!



## 6. INESPERADO REMOLINO ENCENDIDO

Me pregunto por qué he de cruzarme de brazos. No encuentro razón convincente para ello por mucho que mi actitud moleste a quienes no dan la cara. Bastante me he demorado ya, retenido en mi indecisión malsana. Además, soy yo quien tiene que creer que lo que he decidido es lo más honesto.

Lunes, 10. La Televisión ha encendido una hoguera en la casa. Esta gente me respira confianza, aunque me hace verme desnudo y como en manos ajenas.

Me siento envarado y con una ingrata intranquilidad ante la luz de tantos focos. Mis palabras se ahogan en la soledad de los silencios que parecen eternos. Me insinúan que adopte una postura menos tensa.

- Pero ¿cómo puede estar tan tenso?

- Soy consciente de ello.

- ¿Y no te parece estúpido entonces?

- Lo que quería decir es que...

- ¿Qué quieres decir?

- La verdad es que me ponéis incómodo preguntándome por los otros chicos.

- No te haremos esas preguntas.

- Además, me imagino que me queréis de protagonista, llevarme a algún lado, no sé dónde.

- ¿Quieres o no quieres seguir?

- No sé. Creo que no me importa hablar de mí. ¿No puede ser Carlo el protagonista?

- No. ¡Eres tú quien lo busca! Si quieres te explicaré de lo que se trata. ¿Estamos de acuerdo?

- No estoy ahora seguro de nada. Pero seguid.

- ¿Crees que merece la pena buscarle?

- Claro que sí.

- Pues déjanos ahora a nosotros buscarlo.

Como si los focos dejaran ahora de molestarme. Los silencios parecen más breves. La casa deja de ser un hoyo.

Carlo, sé bien que tú nunca en esta casa has engañado, no eres capaz de hacerlo. Hemos nosotros estado ciegos para ver tus problemas. ¡Qué cerca y

tan lejos te hemos tenido! Sí, puede ser que este modo de decírtelo no te guste, pero ya no hay otra manera. Seguro que lo estás pasando mal... Juro que no quisiera hacerte daño de esta manera... Esta es tu casa. La puerta sigue abierta, Carlo, para ti..., y si es también necesario para João.

Dejamos los interiores para dirigirnos a una de las calles muy frecuentada en la noche. A la búsqueda hasta el fondo de la agria realidad. Aunque resulte tan duro admitir que todo este zarabando tenga algo que ver con Carlo.

Las cosas se ponen difíciles. Pues cada vez que empiezan a enfocar, la gente desaparece como una exhalación. Sólo están ahí padre e hijo en su puesto de chucherías al aire libre. Se imaginan sin duda a lo que vamos. El chico se niega a hablar. Tal vez no se fía de nosotros. Lo llamo aparte. Le explico lo que pasa. Miro el reloj que señala las dos de la noche. Su padre se acerca.

- Buscando por aquí a estas horas, no necesita darle explicaciones al chico -me dice-. ¿A un hijo?

- ¿Cómo lo sabe?

- Para eso no hace falta ser muy cab...

- ¿Qué haría?

- No soy quien para darle consejos, pero ¿sabe dónde se ha metido?

Hace una señal para que el chico se retire.

- Sólo quería -le digo- preguntarle si había visto al mío por aquí. Sólo eso.

- ¡A usted le ayuda la televisión! ¡Qué gracia! ¿Qué quiere de nosotros?

Cuando quiera preguntarnos algo, venga solo.

- Le ruego me perdone. Ya no sé cómo buscar al chico.

- Váyase de aquí. Si quiere a su hijo, me comprenderá.

- De acuerdo.

- Veo que usted es razonable. Piense que si ven a mi hijo por televisión, esa gentuza es capaz de todo. Pues sí: me lo tienen amenazado.

- Lo siento.

- ¿Qué pretende sacar de por aquí?... La verdad es que no comprendo a qué lo han traído.

- ¿Sabe una cosa? Ya siento haber venido.

El espanto sopla solitario en la estrechez turbia de la calle. El reportero también está seguro de que el chico aquel conoce a Carlo. Mi desasosiego saca fuerzas de flaqueza sin embargo. La noche sólo muestra la cáscara en perjuicio de la verídica pulpa.

Me indican la calle más próxima. Hago lo que me mandan. Juraría que momentos antes me he cruzado con aquella prostituta. Con la mayor iluminación adquiere un tono mucho más provocativo. Exagera el rubio de sus cabellos y la desorbitante exhibición de sus pechos. Es como si cayera en una furiosa corriente de aguas revueltas, en un torrente de ebullición que bien pudiera arrastrarme hacia una catarata.

Pero no es prudente pararme en estas consideraciones. Y sin más me acerco a ella. Pero, como alertada, da media vuelta y va a ocultar su rostro en el portal más próximo. Me acerco. Ingenuamente pienso que lo hace por una especie de cobardía, o de una mezquindad a correr el riesgo de aparecer como confidente. Cuando acabo de decirle que se trata de un chico desaparecido, la inusitada rapidez de su giro me deja cegado. El repentino alarido de su cólera sobresaliendo en el momento de asomarme a la oscuridad me da vértigo. Sin embargo me doy cuenta pronto de que su cólera no va dirigida a mí.

- ¿Por qué no le manda a los maric... esos del Gobierno, del Ayuntamiento, o al gordo ése?

- Tranquila, tranquila, por favor -le digo.

Pero se dirige a la cámara. No es una escena de ciencia-ficción. Me dirijo a la furgoneta. El golpe de la baldosa contra la chapa me produce un sobresalto que no he experimentado en años. Observo que un compañero sale y se lanza tras ella. Se esfuma en un santiamén por la calle más oscura. Algunas voces, desenroscándose de la oscuridad, pretenden intimidar al compañero. No me entero de lo que dicen.

- Bueno -dice el cámara dirigiéndose a mí-, ya no nos molestará más. Descansa un poco ahora.

- Más bien parece que la hemos molestado nosotros. ¿No será mejor que nos larguemos?

- ¡Qué ingenuo eres!

- No tanto. Apuesto a que se ha ido en busca del chulo.

- No.

- ¿Qué apuestas?

- ¡Si es un travesti! Lo conoce todo el mundo.

- ¿Y cómo no me lo habéis dicho?

- ¡Si lo has hecho muy bien!

- Vamos. No es eso a lo que vengo.

Considero la posibilidad de volverme atrás. Uno no puede sentirse atrapado. Pero ¿sería esto una cobardía?

- ¿Qué vamos a hacer ahora?

- ¿Qué pasa? No te preocupes. Nos saldrá bien.

- No quiero hacer una cosa así sin pensármelo primero.

- Cuando encuentres al chico, no pensarás así.

- Sí, ya lo sé. Pero no es eso.

- No pienses en los demás. Ellos no te ayudan. Somos tu último recurso.

Hace días que eso mismo me digo yo.

Por la Puerta de la Luna siento en la boca el mal gusto que me produce entrometerme en las barajas del juego particular de otros. Aunque miro a un lado y a otro. Por fin, me dirijo al señor sentado en la parada del autobús. A estas horas tan intempestivas sólo circula uno de tarde en tarde. El hombre, dirigiéndole una mirada maliciosa al joven africano que tiene al lado, me atiende. No me importa lo que pueda estar pensando. Le hablo. Esperaba otras preguntas sin duda. Se ha equivocado, pero de improviso, me dice:

- No sé de nadie que venga a estas horas a hacer tales preguntas. En mi vida lo he visto. ¿Por qué no vas a otro sitio, diablos? Váyase a Mocedades. Allí le atenderán mejor, comprenda.

La verdad es que el hombre me ha escuchado. Y la mirada que me echa puede interpretarla con ambigüedad: una manera de quitarme de encima o apuntar a una orientación más acertada.

¿De qué me servirá ir ahora hasta la calle Mocedades? Permanezco unos momentos en la duda. Pero pienso que cuanto más tarde en decidirme, más se alargará la duda. Y estoy ya demasiado acostumbrado a andar de un sitio para otro consciente de la carestía de la mentira.

Los chicos africanos que venden tabaco no me dan de lado. Me señalan un punto cercano. Está allí. ¿Otro chico también desorientado? Son ya las tres de la mañana. Mi conciencia de inseguridad es inseparable de la del hallazgo. Nunca me he parado en pensar en la comensalía de estos dos sentimientos en mí hasta ahora.

El tamaño de la soledad me da atrevimiento. Me quedo mirándole por breve tiempo. Probablemente también está a la espera de alguien. Me ve cuando decido ir hacia él. Vuelve la cabeza. ¿Es un drogodependiente? ¿Intenta marcharse? Antes de alcanzarle, le grito lo que busco. El joven da media vuelta. Cojea. Duda, pero viene hacia mí. Después de echar una mirada alrededor, me dice:

- Aquí no. Véngase conmigo.
- Un cúmulo de incertidumbres y conjeturas se entrelazan.
- A este chico le conozco. ¿Quién es usted?
- Le respondo la verdad. Y él continúa:
- ¿Cuánto me vas a dar?
- Si piensas así, ten por seguro que no me voy a dejar engañar.
- Soy drogadicto.
- Es que no necesito saberlo.
- ¿De verdad? ¿Quieres sacarme algo o no?
- Pero no te daré nada para droga.
- Le he dicho que soy drogadicto, no miento. Y a estas horas no puedo ya más.
- Entonces miénteme.
- Eso nunca lo haré.
- Yo tampoco te voy a mentir.
- ¿Quieres que me vaya?
- Quiero saber dónde está.
- Pues yo lo sé. ¿Por qué lo busca?
- Te creo. Además veo que le aprecias. Por eso, por nada del mundo te daría dinero.
- ¿Te ha hecho alguna jugada?
- No, ninguna. Es incapaz de eso.
- Eres un tipo blando. Si fueras más duro, ya me lo hubieras sacado. Un padre que busca a un hijo no debe tener esos miedos.
- ¿Y aparte de eso?
- Saber con quién está hablando.
- Veo que te preocupa también mi chico.
- Habla muy poco, como usted sabe. ¡Es una lástima! Nadie sabe por aquí lo que le pasa.
- Me dejas de piedra.
- Se lo digo en serio.
- Venga, dime.
- ¿Quién le ha mandado a mí?
- Llevo dos meses buscando a Carlo.
- ¡Ya era hora que lo llamase por su nombre!...
- ¿Tanto le conoces?

- Si quiere conseguir algo, amenácele.

Más sorprendido aún, le pregunto:

- ¿A quién?

- Pero ¿no le conoces?

- No sé de quién me estás hablando.

- Dese prisa. Mañana mismo.

- Pero ¿quién es?

- Lo verá con Carlo al mediodía.

- ¿Dónde?

- Carlo viene a buscarlo a esa pensión de enfrente. Se meten rápidamente en ese bar a comer.

No puedo evitar la siguiente pregunta:

- Pero dime, ¿quién es?

- Quien se lo va a destrozar en tres días.

Su preocupación es evidente.

- Vendré mañana mismo.

- Hazlo. Pero ahora márchate. Que no te vean conmigo.

- Lo haré.

- ¡Pero cuidado con los nombres! ¡Es un traidor el mari... ése!

- No quisiera complicarte la vida. Sólo te diré que si no me hablastes de la droga, te pagaría el favor ahora mismo.

- Soy un memo de mierda, pero no te cogería nada.

- ¿Por qué me has hablado del mono antes?

- Una manera de echarte. Perdona.

- Supongo. No me conocías...

- Creo que Carlo te necesita.

- Eres la mayor sorpresa que he recibido en mi vida.

- Pues para que no lleves más, ten cuidado con el mari... ése.

- Gracias.

- Hasta nunca.

- ¿Cómo?

- Es mejor que no nos volvamos a ver.

- Pero yo creo en los milagros. Hasta pronto.

Por fin me despierto de la pesadilla. Arrebatado, enloquecido, no puedo precisar la euforia de mis sentimientos. Deseo volverme pronto a casa. En mi refugio, la fiesta será aún más alegre. Van a creer que he perdido la cabeza.

Pero he de caminar despacio: los efectos de la redada que la policía ha hecho antes se notan. Busco a los compañeros. ¿Dónde se habrán metido? Incapacitado para saborear tantos sentimientos a la vez, me limito a sentir lo que sienten las personas inmediatamente después de recibir la mayor alegría. El espacio de la plaza parece inmenso.

El reportero y los suyos me habían seguido de lejos. Me silban desde la calle Alcatraz. La charla que traen también me estimula. Lo han recogido todo en la furgoneta. Parecen enterados de todo, eso me pienso por la alegría que se traen.

- ¿Qué te ha parecido? -no sé cuál de ellos me pregunta.  
 - Evidentemente -dice el cámara-, ¡enhorabuena!  
 - Todos nos hemos de felicitar.  
 - ¿Conocías al chico ése? -me pregunta.  
 - En absoluto. Fue la gran sorpresa.  
 - Una de muchas -repone.  
 - ¿Cómo? ¿Queréis decirme que puede haberla mayor?  
 - Sí -añade el cámara-. Pues no te habíamos concedido ni el beneficio de la duda antes.

- ¡Venga! ¿A qué viene eso ahora? Déjalo.  
 - Debo explicarte a qué viene -continúa-. Allí nadie te conocía...  
 - Tampoco yo me conocía, ya ves.  
 - No es eso. En serio, esperábamos encontrar otra cosa.  
 - ¿Otra cosa?  
 - Cuando llegó tu petición, sospechamos que aquí había una relación rara, ¿entiendes?

- Anda, no me hagas reír. ¿Y te preocupa haberlo pensado?  
 - Sí. Nos ocurre a los profesionales... Me alegra por ti.  
 - ¡No te adelantes! Verás, yo también tengo mala leche.  
 Cuando vi que me atendías tan rápidamente, pensé lo mismo.  
 - Me sorprendes aún más.  
 - Pues claro que sí.  
 - Vale, puñetero. ¡Qué fácil es hablar contigo!  
 - Otra vez exageras. Se ve que os he contagiado mi alegría. ¡Quién se lo iba a imaginar!

Son ya las cinco y cuarto. Prometo que haré lo que me piden. No iré a buscar a Carlo hasta después que el programa se emita. Todas las cosas, a la luz

de la esperanza, se iluminan. En casa, la luz lanza redes de alegría por la habitación. La oración es corta. Pero si cerrara los ojos, todo seguiría siendo luz.

"Ahora bien, esperanza de lo que se ve ya no es esperanza; ¿quién espera lo que ya ve?"

Si bien no soy nada partidario de magnificar esos fútiles halagos recibidos, tampoco me siento inclinado a no adjudicarles algún valor afectuoso, al menos para remediar en parte mi condición de solitario.

Martes, 11. El sueño que he tenido esta noche fue un sueño peculiar porque no ha tenido nada de extraordinario. Sin más contenido anecdótico que la repetida sucesión de las calles girando interminablemente a mi alrededor. Como si todas o ninguna hubiera pateado, como si todo o nada a la vez en ellas hubiera ocurrido. ¿No ofreciendo ningún signo de verosimilitud? Y lo primero que hago, una vez despierto, es preguntarme por su significación. ¿Me ha dado una idea aproximativa e identificadora del decorado de la escena teatral de mis interiores? No comprendo, sin embargo, por qué me vea desde una lejanía que hacía imposible cualquier acercamiento. Y tampoco me explico por qué, una mañana como ésta, un sueño pueda dejar esta extraña sensación de conjeturas.

Miércoles, 12. Una cosa es lo que uno dispone y otra muy distinta lo que la realidad propone. Considero que pronto ya no necesitaré mi protección y que está cercano el momento de poner fin a esta situación. Sin embargo, me siento obligado a quedar por el temor al cariz que pueda tomar este ronco susurro que no comprendo.

En una de las pausas entre la espera y las cavilaciones que traigo, veo cómo Iván parece dispuesto a llevarse el mundo por delante, ¿sin ver el riesgo injusto de no atender los pequeños detalles? Tendrá que ser así, hace lo que yo hice hace años.

- Sé lo que haría si un día me marchó de casa. Es fácil imaginárselo. Pero yo sigo sin saber qué es lo que puedo hacer ahora. A veces me siento una persona importante para él, y otras me parece que aprecia a otro Iván.

- ¿Sí? -digo extrañado.

- ¿Me estás escuchando?

- ¿No lo ves? ¿No ves que es lo más lógico del mundo lo que estás diciendo?

- Os conozco muy bien. También tú me saltas con frases hechas como él.

- Me alegra que hables así.

- Pues yo no le veo ninguna gracia... Desde luego, yo no voy a hacerme mayor sólo para tenerle contento.

- De acuerdo. Veo que sigues pensando bien.

- ¡Sigues sin entenderme! Dejémoslo en paz.

- No te molestes, Iván. ¿Por qué no hablas con él?

- Déjame en paz.

- Te dejaré. Pero no te creas lo que digan.

- ¡Que me dejes!

- Es ridículo que digan que le tienes envidia a Carlo. No veo por qué te puede decir eso tu hermano.

- ¿A ese gili...? -dice un tanto airado.

Iván es sincero e inteligente. Es muy joven y con muchos años por delante. No le pregunto más. No sé si soy imprudente. Pero pienso que relacionar nuestra imagen con cualquier otra que no sea la de Dios puede ser peligroso.

El llega con más retraso del que me esperaba. Ahora bien, parece que el trabajo no le ha cansado. Pronto me atiende.

- ¿No te apetece hablar un rato? -me pregunta.

- Eso estoy esperando.

- Oye, ¿crees que Carlo volverá a casa?

- ¿Y si viene?

- ¿Qué estás pensando?

- Yo no sé... si tendrás problemas con los otros.

- Eso también me temo yo.

- ¿Y si no viene?

- Me siento totalmente bloqueado. Trato de ver claro, pero me resulta imposible. No sé qué decirte.

- No lo pienses más.

- ¿Pero...?

- Si sigues dudando así, todo nos saldrá peor.

- De veras, estoy hecho un lío.

- ¡Te lo hacen! No lo pienses más. Cada cosa a su tiempo. No te comas el coco dudando ahora si debiste ir al día siguiente.

Como le veo así, no le digo el consejo que me han dado. Que fuera cuanto antes a la pensión ésa.

Jueves, 13. Me esperan dos periodistas. Ellos también se han preparado para el encuentro con Carlo. Llevan ya cierto tiempo esperándome, cosa que

me recuerdan. En semejante estado de tensión ni siquiera me paro a disculparme. La verdad es que no acierto a describir mi estado de ánimo, ni a precisar lo que siento. Es como si de pronto me quedara helado y a la vez mis manos sudaran más que nunca.

Ellos se adelantan a decirme:

- Nos han dicho que era esta pensión -señalando la pensión del segundo piso. Esa es la que te dio el portugués, ¿no?

- Sí. ¿Qué hacemos?

- Tenemos bastante prisa. No podemos perder tiempo.

- Está bien. Pero como si no me atreviera..., estoy sumamente nervioso.

- ¡No jorobes!

- ¿Vais a subir conmigo?

- A eso hemos venido.

- ¿Veis? Me estoy haciendo un lío.

Subimos. Por la escalera se esparce un olor aturdido que confunde a cualquiera. Pero el silencio es un vano reclamo para quien está seguro de no equivocarse. Nuestro laconismo viene a corresponder a la longitud de los viejos peldaños de madera.

Hemos de esperar un poco a la puerta. El escalofrío que siento delata hasta qué punto la pensión no me inspira confianza alguna. Nos abre una mujer de mediana edad y que tal vez pueda ser más amable de lo que yo espero. Le comento lo que pasa. Sorprendentemente, antes de contestarme, se va en busca del hombre que desde el fondo del pasillo escucha. Me quedo de piedra ante su feroz mirada. Ella vuelve a nosotros ¿dispuesta a darme una respuesta? Pero de inmediato veo que la leona es más fiera que la he pintado.

- Pues no. A este chico aquí nadie le conoce.

- ¿Y cómo es eso? -respondo.

- Usted puede pensar lo que quiera. Eso es lo que le puedo decir.

- No es cuestión de pensar. A este chico le han visto. Viene todos los días a las dos de la tarde a buscar a un compañero.

- Aquí sólo para gente de la construcción -me quiere precisar.

- Y a alguien que trabaja para ellos.

- ¿Qué quiere decirme usted?

- Que algunos que paran aquí no trabajan en la construcción. Y que las herramientas que han robado en el barrio tampoco están aquí, sino en el barrio de Batanales.

- Si usted sabe todo eso, ¿por qué no va a la policía?
  - ¿Qué dice? Además, eso no le interesaría a usted.
  - Pero, ¿quién es usted?
  - Podía haber empezado por ahí. No importa.
  - Pero puede estar usted difamando, ¿no?
  - Mejor sería. Pero me gustaría que me lo dijese João Tarso, ese tipo que también busco.
  - ¿João Tarso?... -como pensando en voz alta.
  - Bueno, quiero decir Marco... Como todos ellos, se dejan llamar por otro nombre.
  - Es posible. ¿Pero qué tenemos que ver nosotros con todo esto?
  - En ese caso, no le hablaría así, comprenda.
  - No parece que sea así. Usted no me cree.
  - Le he dicho a lo que venía. ¿Por qué no me ha dicho que no iba a hablar?
  - No lo esperaba tan liante.
  - Vamos, creo que cualquier padre actuaría así.
  - Una también es madre, ¿lo sabía?
  - Perdón. Pero... ¿qué me quiere decir ahora?
  - Que no se le ocurra a usted venir ahora con amenazas.
  - ¿Qué ha dicho?
  - Eso que ha entendido.
  - Verá usted, sólo he venido a preguntarle. Y sabía muy bien adónde venía.
- El hombre se acerca muy severo. Ni siquiera se molesta en presentarse. Los dos periodistas siguen como testigos silenciosos.
- No le den más vueltas -dice el hombre-. Si ustedes quieren averiguar, háganlo de otra manera.
  - Le entiendo. Pero también el mentir ha de hacerse de otro modo -respondo.
  - No se ponga así. Es mejor que nos aclaremos.
- Su mirada ha cambiado lo irritante por lo misterioso.
- Usted dirá.
  - Esta es una pensión. ¿Alguna duda?
  - No, ninguna.
  - Entonces, ¿qué es lo que quiere de nosotros?
  - Ya nada. Creo que no.
  - Veo que no marcha usted muy convencido.

- La verdad que no.
  - Le habrán informado mal.
  - Tal vez. Pero fue la persona, seguro, que menos usted sospecha.
  - ¿Quiere intrigarme?
  - Yo no. Pero otros como el señor Marcial, tal vez sí.
  - No tengo nada que ver con ese señor. Estoy seguro que ese señor no le ha mandado a usted.
  - Por supuesto que no.
  - ¿No se está usted metiendo en muchos líos?
  - No lo creo. Como ve, ustedes no saben nada, y yo bastante tengo en mi casa.
  - Veo que es usted bastante buena persona. Gracias.
- No quiero indultarlo. Ni tampoco que se quede con la conciencia tranquila.
- A ser sincero, mejor que espere -le digo al despedirnos.
- Los periodistas siguen mudos. Tal vez con la misma frustración que yo. Ya en la calle, compruebo que la sensación de podredumbre se ha hecho irrespirable. Imágenes descorazonadoras transmiten el refrendo conturbado de una infinidad de transgresiones. No logro divisar al joven portugués. No hace falta. Hay textos que ya me voy aprendiendo de memoria.
- Uno de los periodistas al parecer no tiene las prisas que el otro. Despedimos al compañero. Pero a mí nada se me ocurre, a no ser el largarme cuanto antes.
- Esa pareja ha respirado cuando nos marchábamos -me dice.
  - ¿Lo crees así?
  - A mí me ha parecido.
  - No lo creas -le digo.
  - No, hombre, no. ¿Por qué?
  - Es muy difícil explicártelo. Esperemos...
- Un joven, con mohines lánguidamente incitantes, no nos da tiempo a continuar. Se entromete descaradamente en nuestra conversación. Aunque se ve de lejos que el interés que le mueve es ajeno a su inquietante devoción.
- ¿Qué os trae por aquí? -nos pregunta.
  - Muy poquito... ¿Pero a ti qué te importa?
  - ¡Ah! De todas formas, si necesitan algo... no duden... Uno se va enterando de todo.

- Pero ¿qué quieres?
  - No todo lo que hubiera querido. ¿Y éste quién es? -dice señalando al periodista.
  - ¡Pregúntaselo a él! -le respondo.
  - Perfecto, lindeza. ¿Queréis que me marche? No, ¿verdad? ¡Más te valiera que antes te abriera los ojos! -dice dirigiéndose al periodista.
  - Pero ¿qué vela lleva éste en el entierro? -pregunto al periodista.
  - No le conozco -me responde.
  - Ni falta que hace. Eso se pierde.
  - ¿Eres homosexual, no?
  - No es eso. Simple puto.
- No dudo que el chico quiere decirnos algo.
- Vamos a ver. ¿Y qué tiene que ver todo esto con nosotros? ¿A qué has venido?
  - ¡Jesús!, que seas tú el que me pongas la vela en el entierro.
  - No te permitiremos que vengas a jugar con nosotros. El entierro no es aquí.
  - Ya veo. Aquí sólo podéis poner el duelo.
  - La verdad, ¿no estás metiendo las narices donde no debes?
  - Te encuentro muy agitado. ¿Quieres que me explique?
  - ¿Para qué?
  - Veo que a quien hay que abrirle los ojos es a ti.
  - No serás tú, ya ves.
  - Pues a lo mejor se los abren en la calle Toledanos.
  - ¿Qué dices? ¿Qué has visto allí?
  - Lo que ya tú no podrás ver.
  - ¿Al chico?
  - Abres, ciertamente, los ojos demasiado tarde. Ya le han sacado de por aquí.
  - ¿Dónde está?
  - ¡No me lo preguntes a mí! A propósito: he metido las narices en el entierro que no me pertenece. ¿Entendido?
  - ¿En qué líos se ha metido?
  - No lo sé. Aunque parece estar un poco más pirado que yo.
  - ¡Coño...! Dilo todo.
  - ¡No me hables así! Debías saber que él te pinta de otra manera. Yo creí que...

- ¿Y sabe que le busco?
- ¡De quién le esconden si no!...

Se marcha.

- ¡Espera! -le grito.

Se vuelve.

- ¿Para qué necesita mi falsa identidad?

¿Cómo es posible? Es difícil aceptar el horror que te puede esperar en cualquier esquina. Bajo la vista. No veo a nadie. ¿Por qué los periodistas han mantenido esta fría distancia?

Viernes, 14. Un proverbio hindú cuenta que "cuando el dedo apunta a la luna, el imbécil mira al dedo". El proverbio es bastante acertado, por lo que vengo últimamente advirtiendo. Y no sólo lo digo por la gente que habitualmente se conforma con los signos externos de la fe, olvidando que someterse a Cristo es obrar y ser para los otros lo que Cristo hizo y fue para nosotros. Siendo sinceros y actuando sin máscaras, nuestras relaciones serán satisfactorias y nuestras vidas no estarán vacías, pienso.

Voy a buscarle al instituto. Y me encuentro con dos ex alumnos suyos. Le aprecian. Esta es la impresión que cualquiera puede tener. Están al tanto de casi todo. El mudo nublado de la mañana que cuelga del cielo parece aludir a ciertas sospechas que no conviniera olvidar. Los gestos nerviosos y la preocupación creciente de los jóvenes son una coreografía ideada para marcar el ritmo de las experiencias que se van a amontonar durante el día.

- Bueno, bueno; que lo piense bien. Y que no se fíe de nadie.
- ¿Por qué lo dices? -le pregunto al chico rubio.
- Desde luego, no le vamos nosotros a aconsejar nada que él no sepa, comprende.
- Lo tiene difícil, lo sé -dice uno de ellos.
- No es eso.
- ¿Entonces?
- Que mire siempre más allá del dedo.

Últimamente me sorprende cada vez menos, y quizá por eso, escucho incrédulo lo que me comunica. Desde el primer momento ya no dudo de lo que se trata. Todo me lo explico, pues bien sé que no se ahorrarán darle algún disgusto. Me voy directamente, sin pensármelo dos veces. Es mejor vernos en casa. Por el camino no tengo que apartar ninguna idea de mi cabeza, pues

desde hace cierto tiempo me he puesto en lo peor, y ya nadie me resulta inaudito.

Tardo tiempo en recuperarme mientras le espero. Hace frío y parece que estoy tiritando. ¿Llega asustado o sencillamente tiene prisa?

- Me dijeron -dice inmediatamente- que te han llamado de la jefatura de aquí.

- Sí, ya lo sé. Llegas un poco tarde, ¿no? Ah, y bien por el término.

- ¿Quién te ha enterado?

- Me ha llamado tu superior -le respondo.

- ¿De qué se trata?

- Ponte en lo peor.

- ¿Te impiden ir a Televisión?

- Sí. Creo que temen que nos manipulen. Pero temo que haya algo más.

- Bueno... De todos modos, ¿hablarán contigo, no?

- Supongo. Ya han hablado con tus superiores.

- ¿Cómo?

- Quieren que no hable de nada de esto con los periodistas.

- No es ese nuestro estilo. O sea que...

- Debemos medir bien los pasos.

- ¿Lo puedes entender?

- Bien lo sabes, no es eso. Algo más debe haber.

- Pero no pueden prohibir algo tan humano.

- ¿Y qué piensas hacer?

- Llamarles.

- Déjalo.

- ¿No merezco algo más que una llamada casi anónima?

- Te comprendo. Pero no es eso lo que más me preocupa.

- No te entiendo.

- En todo caso, ¿por qué esto ahora? Estoy seguro que están enterados de todo.

- ¿De que a Carlo le han sacado?

- Eso ya me desborda. Sin duda hay algo que les atañe.

- No lo comprendo tampoco yo.

- Tienes mala suerte. Te conocen y, a la vez, saben que eso sólo lo pueden hacer contigo.

- Lo aclararé.

- No lo harás si olvidas eso del dedo.

Todos los ramalazos del desconcierto los siento en ese punto más débil. Por la escalera hay un silencio pululante y sospechoso. Al salir, encuentro, prendida en la puerta, la siguiente nota: "Han llamado: te la prohíben y ordenan que suspendas tu intervención en TV esta tarde. Y que abandones el asunto de ese chico." Hago un esfuerzo para no sentir por dentro arder y chispear esos helechos que me desmoronen de una vez. La nota, redactada con la rapidez de una orden en papel cuadriculado, o por quien no se ha enterado de la fiesta. Ojalá me estén ahora espiando. ¡Qué placer! La hago trizas en un santiamén.

Sábado, 15. Pese a la importancia de los hechos cuya gravedad no quiero minimizar, hemos de preocuparnos también de la desorganización habida en la casa y que no puede ir en aumento. Me gustaría sermonear por esto algo a los chicos, pero sería tan inútil como decirles que yo me iba a dedicar de lleno desde ahora a la casa. No soy tan inocente como para creer que el orden de las cosas es ahora lo más importante para mí. Sin embargo, conviene dedicar más tiempo a ello. Ya no me ofende que me digan lo mucho que he cambiado, pues el orden de la casa me delata. No dejaré que pasen los días y echaré una mano todas las tardes a mi amigo. Sin duda, los chicos entonces nos ayudarán.

- Pero ¡no vamos a ponernos ahora a fregar! Déjalo. Lo haremos nosotros después.

- Pero no puede ser que lo dejemos por más tiempo.

- ¡Nada de eso! Tú lo que no quieres es que hablemos de estas cosas.

Los chicos, como no enterados de nada, siguen reunidos hablando de sexualidad. Me invitan a participar. Ros e Iván, como todos los demás, han vivido en sus carnes el fracaso de las relaciones familiares de sus padres. Sin embargo, su actitud es bastante relativa y juzgan menos. Opinan que lo que se realiza en la intimidad es algo que concierne sólo a los participantes. No sé si logro entenderlos. Sin embargo, creo que no necesito que me expliquen la gran importancia que dan a las relaciones personales respecto al comportamiento sexual. Les escucho con atención. Me aceptan en la conversación, aunque me consideran, por lo que se ve, inexperto, o quizá carente de interés en semejante asunto. Efectivamente, los símbolos han cambiado. No sé por qué creo en un momento que además de fregar la casa me tendré que poner a estudiar otro idioma.

- ¡Te hemos dicho que lo íbamos a hacer nosotros!

Me paro para pensar si no debía hacer otra cosa. Salgo de dudas. Con el gesto de los chicos tal vez Dios ha querido venir a dejar alguna contraseña de su amor. Me da rabia sentirme ahora tan torpe. ¿Por qué ahora hay idiomas que tanto me cuesta comprender? Sin embargo,

"Señor, tú me sondeas y me conoces:  
me conoces cuando me siento o me levanto,  
de lejos percibes mis pensamientos;  
distingues mi camino y mi descanso,  
todas mis sendas te son familiares;  
no ha llegado la palabra a mi lengua  
y ya, Señor, te la sabes toda."

Domingo, 16. Nunca pensé que la noche en la gran urbe fuera tan complicada. Hay que verlo para creerlo. Tal como están las cosas, me desentiendo del tema. Los medios de comunicación, por otra parte, están acaloradamente interesados más bien por lo que ocurre en política, a pesar del escepticismo de la gente. Es curioso cómo los personajes conocidos son un desastre cuando intentan una huida exitosa. La noche, en cambio, te va enseñando otras cosas. Sólo la gente anónima logra escaparse de sí misma, de sus contradicciones, y consigue una soportable identidad en la reconocida capacidad de la noche en la gran urbe. En lo más bajo de sus fondos, donde nadie piensa sino siente, y por tanto las decisiones son más imprevisibles y rápidas. Ya no me resulta sorprendente ver cada noche un nuevo huido, ni que el conocido de ayer haya desaparecido. De ninguna de la maneras, consigo comprender que los desheredados se contenten con tan poco en la vida. Pero, a pesar de estas sombras, es difícil tomártelo con indolencia.

Pero tampoco detenerme ahora en esto me ha de dar seguridad alguna. A ver si me explico. La mera insistencia no basta. Esto lo digo porque de ésta mi salida al tuntún de hoy poco cabe esperar. Y esto el pobre chico no lo merece.

Lunes, 17. Se puede decir que mi amigo se sobrepone ante las dificultades. Aunque no soy tan inocente como para no darle importancia al cambio que ha experimentado con esa extraña naturalidad. Es extraño que a mí tampoco ya me sorprenda. Creo que lo mejor es dedicarle el día. Sin él toda ésta mi aventura no tendría sentido.

-¿Cómo estás? -le pregunto.

- Bien.

- Oye, dime la verdad. Es absurdo que vengamos ahora sólo a ser correctos, ¿no?

- Me lo esperaba de ti. ¿Cómo estás tú?

- Quisiera decirte tonterías solamente...

- Dilas.

- Sería peligroso distraerme ahora -digo-. Pero lo haré.

- Pero ¿a qué juegas hoy?

- El mismo juego.

- ¿De Carlo?

- Que tú.

- ¡Explícate!

- No podría. Desconozco las reglas del juego.

- Estás bromeando.

- No estoy.

- Qué ideas más absurdas tienes. No creo que el chico juegue con nuestros sentimientos.

- Ya no es eso. Nos han metido a los tres en otro juego.

- No. Mis superiores siempre han querido diferenciarnos. No me vas a hacer creer que se han vuelto locos.

- No sé... Tal vez ahora se vean obligados a no diferenciar.

- No digas tonterías.

- Y tú no seas ingenuo. Lo hacen.

Se incorpora, se deja caer en el extremo del sofá. Lo veo sumido en un mar de dudas. El hecho de tener que volver a replantearlo todo, nos infunde esta clase de desaliento que viene a ser como el débito privado de otro más generalizado de impotencia.

- ¿Qué diablos querrán? -me pregunta.

- A ras de tierra nunca se podrá ver lo mismo que desde las alturas. ¡Vete a saber lo que quieren!...

Calla. Hundido en el sofá, como si empezara a creer que hay algún otro misterio que él difícilmente le encontraría explicación. ¿Le cuesta creer mis explicaciones? Sin embargo, espero, y estoy seguro de ello, que siga tan obstinado en la idea de seguir adelante.

- Ahora el tema de los otros chicos no lo tocan -le digo-. No sé... no sé. Naturalmente, lo encuentro un poco extraño.

- Hasta ahora me han dejado por imposible prácticamente... ¡Volverán a hacerlo!

- Pues te debo decir que no me gusta nada esto.
- Está claro que no quieren publicidad de esta experiencia. ¿No te parece?
- En ese caso, nos lo dirían de otra manera, ¿no?
- Puede que no.
- ¡Sí! ¿Si no por qué te han dicho que no dijese que te lo prohibían? Se vieron obligados a ello no sé por qué.
- No lo entiendo del todo... Bien saben que me tienen en la cuerda floja...
- ¿Solamente a ti?

Posteriormente, cuando sale a despedirme a la puerta, veo que llaman al ascensor dos compañeros que no viven en el piso.

- Gente peligrosa -le susurro.
- ¡No digas eso! Son bastante frágiles.
- Precisamente por eso. ¡Ten cuidado!

Martes, 18. Tengo nuevas razones para encontrar mayor tranquilidad hoy en casa. De mutuo acuerdo, hemos dado de baja el teléfono y anulado el portero automático. Es una medida un poco tonta, pero seguro que no nos molestarán. Pero la alegría dura poco en casa del pobre, cosa que no hemos tenido en cuenta. De modo que no me extraña encontrar ya a la puerta de casa al desconocido. Y con la misma naturalidad le invito a pasar. Algo mucho tiene su porte exterior que le delata. Sin embargo, lo que me admira es recordar a Hans Küng, sin saber a qué venía a cuento. Será que pienso hablarle del modo más impersonal.

- Pues siento muchísimo que no esté ahora en casa.
- Puedo volver otro día naturalmente. ¿Eres su hermano?
- De siempre.
- ¿Gemelos?
- Como si lo fuéramos.
- Bien. Entonces, contigo también se puede hablar.
- ¡Cómo no!
- Sus superiores están preocupados por él. En consecuencia, tampoco han querido prohibirle la búsqueda de ese joven.
- Mal comienzo es éste, ¿no?... Como saben sus superiores, el chico se llama Carlo.
- Perdona. No quería verte ofendido.
- A mí no me ofendes con eso. Pero, por favor, dejemos el tema. Seguro que no es eso lo que te ha traído a aquí.

Pide permiso para fumar y cigarrillo y continúa:

- Bueno; de todos modos, venía a hablar con él.

Realmente no es fumador, no sabe fumar. Pienso que es mejor así. Sus ademanes ficticios animarán mis respuestas evasivas.

- Con él, seguro, se puede hablar de todo. Hasta de sí mismo. Pero con tal que lo importante sea la legalidad externa en vez de su actitud interior.

- ¿Está convencido de que es eso lo que se quiso en su caso? -me pregunta.

- No le cabe la menor duda. Pero tampoco le preocupa eso.

- Bueno; pero le preocupará sin duda la imagen de la institución que podemos dar.

- ¿Quiénes?

- Todos, por supuesto.

- ¡No me digas!

- ¿Qué me quieres decir?

- Que si se tratara de eso, no estaríamos ahora los dos aquí.

Hay un silencio bastante laborioso. En cualquier caso, no voy a preguntarle quién es. Desecho las maneras falsamente fraternales y las cantilenas supeditadas al formulismo artificioso.

- Ya me temía que vinieseis a pensar así.

Entiendo que no pueda cambiar un guión tan enigmático.

- Te comprendo.

- Comprenderá que hay gente que no le conoce. Y que la pueda escandalizar.

- Lo lamentaría sin duda. Pero una comunidad que se olvida de que está ahí para prestar un servicio desinteresado a los más débiles, pierde su dignidad y su derecho.

Distancia la silla. Vuelve a guardar un largo silencio. Al fin, con cierta lentitud, habla:

- Nos estamos saliendo del tema.

- Pues dígame de una vez de qué se trata.

- No deseo otra cosa. Pues lo que yo me digo: todos somos interdependientes, cada uno de nosotros dependemos de la armonía del conjunto. ¿No lo ves así?

- Perdona; pero soy un poco torpe y no... -le digo.

- ¿Qué quieres decir con eso?... Veo que también tú tienes ideas poco convencionales.

- ¿Tan extraño es querer saber por qué tus superiores se interesan tanto por esta búsqueda? -le pregunto.

- ¡Ese chico os está complicando la vida!

- De verdad, no logro entender nada.

- Está bien. No te excites -me dice.

- No insistas. Ya no me explicarás tú lo que me quieren decir... Ni siquiera a ti te han informado.

Termina la visita. Comienzo, tan pronto como se marcha, a sentirme no sólo temeroso, sino afortunado. El que sigan sin atreverse a dar la cara es lo único tranquilizador que encuentro.

Miércoles, 19. Este día hablo bastante menos con mi amigo. De ninguna de las maneras quiero complicarle más la vida. Y, además, quiero que vea que mis pensamientos se van maliciando. Aunque, en cierto modo, me siento inquieto. Esa injusta prohibición me inquieta por no encajar de ninguna de las maneras en tan sólo la envidia de algún compañero. Seguiré tratando de descubrir lo que hay sin duda detrás.

- Ya que tú no quieres hablar, te preguntaré yo -me dice-. ¿Conoces a Morales?

- ¿A qué viene eso?

- De veras. ¿Lo conoces bien?...

- No creo que esté metido en este asunto.

- ¿Cómo que no? Ahí es donde te equivocas.

- A mí no me importa.

- ¿Cómo que no?

- Lo habrán metido. No me parece un mal hombre.

- ¿Ha sacrificado a su familia, no?

- Ya nos estamos metiendo en lo que no debemos. No me importa saber cómo fabrican los altos cargos. En absoluto. ¿Por qué no hablamos de otra cosa?

- Puede ser. Pero creo que esto es lo que ellos quieren.

- Déjalos ya de una vez.

- ¡No me digas!

- Me pregunto por qué ahora eres tú el crítico. No te va ese papel.

- ¿Y si mi silencio es el precio que me imponen por el rescate?

- Curioso, ¿no?

- ¿Por qué? ¡Lo que faltaba! ¿Por qué me dices ahora eso?

- Es verdad, tienes toda la razón. No es posible que ahora te lo explique.

Está adelgazando. Este hecho visible y, sobre todo, su notorio y progresivo desapego con respecto a la vida externa, me hace difícil saber si esto es el resultado de tu constante ir y venir, o de algo más interior pues, cada día que pasa, tiene la convicción de que nada puede esperar de nadie. Pero, de todos modos, me tranquiliza el convencimiento de que todos estos vaivenes no le conducirán a ninguna crisis de identidad religiosa o a algo parecido. Sin embargo, lamento como nadie que todo el mundo piense que lo que le sucede no es otra cosa que las dificultades que él mismo se ha buscado.

Jueves, 20. Tengo la esperanza de que dentro de poco empiecen a dibujarse ciertos indicios de mejoría. No hay algo que me interese más. Es alentador ver que mi amigo ya no se tapa la nariz ante lo que va descubriendo. Mantengo una breve conversación con él antes de salir de casa acerca del tema que no se borra de nuestra memoria. Le digo cuán acertados hemos estado al dar de baja el teléfono: ahora el que quisiera hablar, tendría que dar la cara.

Pero observo de soslayo que está preparando algún tema para la clase. Noto que se deja llevar, casi con satisfacción por el pensamiento de Heidegger. Piensa que su pensamiento, del que tantas opciones políticas se derivaron y fuertemente criticadas hoy, es sin embargo un estímulo a que atendamos las cosas importantes, los valores profundos que no pueden explicarse, que se dicen con un guiño.

- ¡Pero si a ti todo te lo están diciendo con guiños! -le digo.

- No, no me dicen lo importante. Se pueden ahorrar los guiños.

- Pues yo creo que sí.

- No tiene maldita gracia lo que dices.

- Pues claro que no. ¿Es que algo la tiene?

- Sí. Tiene gracia que la imagen prime por sí misma. A todo el mundo molesta la reflexión sobre la verdad. Es curioso que esto le suceda también a mi institución...

- Es que ya no tendrán nada nuevo que decir -le comento.

- Me lo pones peor -contesta.

- Pues venga, deja de una vez ya a Heidegger.

- ¡Estás loco! ¿A qué viene eso?

- Pero, hombre, si ni los tuyos se acuerdan ya de él.

Viernes, 21. Octubre sigue sofocante. Y me da la impresión de que continuará. Me dirijo al centro ciudad por las calles más solitarias. Ni siquiera pienso en lo poco o nada que consiga, pues lo hago como sintiendo la necesidad de huir de algún maleficio no desactivado o de una incipiente claustrofobia. No tengo motivos para temer, ni tampoco para lanzarme a estas horas. Camino medio sonámbulo. Cerca ya de la calle Alcázares, se me acerca la Agradable. Su nombre contrasta con el color de su chal y el sabor a amargura que siempre lleva encima.

- Dame un cigarro, guapo -es su saludo.

Se lo doy. Veo que tampoco tiene mechero. Se le ofrezco. La observo mientras tanto con una mezcla de conmiseración y repugnancia.

- ¿Echamos un p...? -me dice casi susurrando.

- Querida, ¿para qué quieres un puro si no vas a poder con el cigarrillo?

Se excita. Llevada por la iracundia, empieza a maldecirme. Sus ojos adquieren un brillo desorbitado. Mira mi perplejidad sin embargo desde una irritación que no le pertenece.

- Claro: a ti te gusta que te jod... ¡Vamos, hombre!

Intento comprender su mal humor. Pues juraría que no me conoce. Pero mi extrañeza, motivada tal vez por esta suposición, salta.

- Eres tú el que me das pena. ¿Y eres tú el que te ríes de mí? ¡Desde luego, con tan poco espíritu nunca encontrarás lo que buscas!

- Perdona. ¿Quieres otro cigarrillo?

- ¡Vaya! Me entristeces aún más.

- ¿A qué viene eso?

- Anda, vete con Dios. ¡Si otros no lo lograron, no voy a ser yo quien te espabile, está claro!

Siento haberle hablado en ese tono y le pido de nuevo perdón.

De vuelta, me siento un navegante solitario. Además, llevo la incómoda sensación de la cobardía por no haberme atrevido a preguntarle lo que sin duda esa mujer sabía. Me parece que ya no voy a sacar nada en limpio con todas estas correrías. ¿Volverá Carlo un día a casa? ¿Se habrá complicado en exceso la vida? Es inútil. Comprendo que poco voy a lograr comiéndome el coco de esta manera. Como enmascaradas, las figuras desfilan colgadas de otras ilusiones. Es alarmante: de pronto, me descubro hablando solo. Como si estuviera perdiendo la razón por completo.

Sábado, 22. La hora que es me hace sospechar que vamos a encontrar en la plaza Oliver un desahogo. Pronto compruebo el acierto de mi elección. A mi amigo no le gusta largarse a los sitios en los que para hablar deba antes comprobar la escena.

- ¿De quién dices fue la ocurrencia? -me pregunta nada más llegar.

- ¡Prepárate para oír cosas peores!

- ¿Lo dices en serio? A mí me parece bastante lógico que Carlo diga a sus amigos que no me conoce de nada.

- ¿Te agrada?

- Ni me agrada ni me desagrada. ¿A ti?

- Me preocupa más bien. Es un chaval muy contradictorio. ¡Por otra parte, dice al policía que es italiano y que viene para con su padre!...

- ¡No me lo habías dicho! -dice con gran sorpresa.

- Pensaba decírtelo.

- Desde luego, no es ésa una mala noticia.

- Pero ¿crees que si Carlo se marcha fuera ahora, volverá un día?

- Eso no te lo ha dicho nadie. Eso es lo que tú temes.

- Vamos, hombre, ¿no es la idea que también a ti más te preocupa?

- Estoy seguro que Carlo volverá.

- ¿En qué te basas?

- ¿Qué? ¡A Carlo no lo sacarán contra su voluntad!

- No veo muy bien tu razonamiento.

- Yo sí -dice.

- ¿Cómo?

- ¿No es razonable la vergüenza que pueda sentir a la hora de volver a casa? Le conozco bien.

El anochecer inicia en la plaza una complicidad casi veraniega. Los movimientos casi vertiginosos de los niños que van llegando imprimen en la paz un giro que presumiblemente ya no va a tener tregua. Nos levantamos y nos vamos.

Domingo, 23. Llego tarde a casa. Son las cinco de la tarde aproximadamente. Lllaman a la puerta cuando aún no me ha dado tiempo a nada. Debe ser alguien que me ha visto entrar. Me pregunta si puede entrar. Me pongo a dudar. En un primer momento, me muestro bastante inconsiderado. Me pregunto aún por qué pensé que venía de parte de alguien. Comprenderé más tarde el porqué de esta pregunta. Pero eso es lo que pienso. Se sienta. Y, ni

corto ni perezoso, se pone a preparar la papelina. Me doy cuenta de su desasosiego y prisa compulsivas.

- ¿Eres también drogodependiente?

- ¡No seas gili...! ¿No lo ves?

Se dispone a aspirar la heroína. Sé que no es un delirio mío.

- ¿Cómo te atreves?

- ¿Quieres que me vaya a meter ahora en una cabina?

- No, no es eso. Creo que aquí no lo debías hacer.

- Dime dónde tienes el servicio. Me iré allí.

- Tampoco es eso.

- ¿Lo has probado?

- ¡No!

- Bueno, tampoco habrás probado las mujeres, ¿no? Estoy seguro. ¿Te van los hombres?

- ¿Es eso lo que te dice Eugenio?

- No. Soy muy intuitivo.

- ¡Muy bien! ¡Dime uno que por activa o pasiva pueda decir algo así!

- Déjalo. Te vas a liar.

- No me gusta lo que has dicho. ¿Qué pretendes?

- ¿Quiénes viven en este portal? ¿Colegas?

- Viven compañeros. ¿A santo de qué me lo preguntas? ¿Te has equivocado de piso?

- No. Y te diré que estoy sin blanca.

- ¿Y crees que yo tengo pasta?

- Necesito 46.000 pesetas.

- ¡Estás loco!

- Di lo que quieras, me tiene sin cuidado.

- ¿Me estás amenazando?

- O me das la pasta, o se enterarán tus colegas que en tu casa dejas que se droguen.

- Veo más bien que intentas chantajearme. No me vas a meter miedo. Vete a decírselo.

- No pretendas ponerte borde. Tengo a quien decírselo.

- Pues mejor es que te vayas a otro sitio.

- Se lo sacaré.

- ¿A quiénes?

- Macho, es que no te enteras. ¡A los que han sacado a tu hijo para Inglaterra!
- Pero ¿hablas en serio?
- Claro, bolinga. Es que no te enteras... No conozco al Eugenio. ¿Conoces a Toni, no?

Casi me desplomo. Pero ¿es posible algo así? La conmoción psíquica hace que tarde casi una hora en recuperarme. Debo sobreponerme pronto. En la casa nadie ha de enterarse de lo ocurrido.

Lunes, 24. Es curioso que la gente crea que por muy mal que se presenten las cosas aún le quedan algunas armas secretas, que en ciertos momentos olvide con tanta facilidad que el ir al fondo de las cosas es siempre lo más peligroso. No importa, tiene que venir el azar a descubrirte que en realidad no tienes esas armas secretas.

Le reconozco fácilmente. Toni se disculpaba y me mandaba esperar mientras entraba en este bar a saludar a un colega. A veces salía con él hasta la puerta. Callo y espero. Se desprende que ha tenido suerte en la máquina tragaperras. A mi espalda, está con otro. Mientras le oigo tan parlanchín, pienso que hoy puedo preguntarle por Toni.

- ¿Cuánto te escupió esa cabr...? -le pregunta el otro.
  - Sólo 5.000, la mari... -dice él.
  - Lo suficiente para que pagues el manguete hoy, ¿no?
  - Vamos, estás a la que salta, ¡qué tío este!
  - Pero, ¿qué dices, so mierda? ¡Serás...!
  - Lo que te digo.
  - ¡Anda tú! ¡Mira que tener a esa madre con setenta años de chaperona por aquí! ¡Una madre es algo santo para mí!
  - ¡Dímelo fuera!
- Inmediatamente, le hace un guiño, y como señalando hacia mí dice:
- ¡Cuidado! Esas cosas no se dicen aquí.
- El otro vuelve la cabeza.
- ¿Quién? -dice después.
  - Para que veas: a ése le están puteando más.
  - ¿Y a mí qué me dices?
  - Un conocido de Toni. Pasa...

No tengo por qué marcharme, aunque sé que allí no encontraré arma secreta ni lograré información provechosa. Pero ¿por qué no contentarme de empezar una nueva semana?

Martes, 25. Le sustituyo en la clase. Los alumnos del tercer curso le habían pedido un debate sobre religión y ciencia. Les ha sugerido la conveniencia de la participación de otros profesores. El, con relación a esto, parece que lo tiene claro: el encuentro entre el pensamiento científico y el pensamiento religioso no debe tener lugar en el terreno científico ni en el terreno religioso. Debían debatir en campo neutral. Desde el primer momento vi que había de todo menos neutralidad. El debate fue un estrepitoso fracaso. Sus alumnos son excesivamente jóvenes.

- ¿Lo has comentado con ellos después? -me pregunta.
- No -le contesto-. ¡Si no se pararon! Se enzarzaron, lo mezclan todo.
- Es natural -comenta.
- Tú lo ves todo sencillo.

La mayoría de sus alumnos lo admira precisamente por eso; y eso que desconocen su capacidad de asumir distintos papeles con la mayor sencillez. Y, sin darle mayor importancia a lo ocurrido, se pone a hablarme del noble proyecto del profesor: perforar decididamente el rostro misterioso de la condición humana, aspirando a entroncar con la radicalidad cristiana.

- Me parece que eso ya lo he leído -le digo.
- Claro, es de Laín Entralgo.
- ¿Y tienes tiempo ahora para leerte eso?

Es su manera de superarse en las dificultades. Pero ahora, sin embargo, no veo claro si la lectura es para él un refugio, o un testarudo intento para ver las cosas desde otra perspectiva.

Miércoles, 26. Lo único que no puedo hacer es no hacer nada. Aunque mi búsqueda dé lugar a escenas extrañas. La gente bien pensada comentará: "Se habrá vuelto loco"; la mal pensada: "¿Qué querrá éste que pensemos?" Pero no, mi búsqueda no es nada de esto, ya no es saber lo que pueda pensar ahora el chaval pues creo conocerle lo suficiente, no es tener la certeza de que alguien que me conoce muy bien ande detrás, no es temer que le hagan ya un mal mayor, no es temer que las tornas se vuelvan en contra. No, no se trata de nada de eso. Aunque no estoy seguro que me libre de ciertos golpes, rencores o resentimientos. Lo importante, lo verdaderamente importante, es poder ayudar ahora a mi amigo. Así de sencillo. Y, aunque a muchos pueda parecer una ingenuidad irracional, éste es el móvil que no me hará retroceder.

- ¿Cuántos enemigos tienes? -le pregunto.
- ¿Querrás decir adversarios, no? Y estos, sólo los que tú conoces.

- Entonces, te quedas con pocos. Y llámalos como quieras. Pero son bastante buenos, no lo dudes.

- Así lo creo yo también.

- A mí hay algo que me preocupa. ¿Sólo te envenena el que Carlo se haya metido en un pozo?

- ¿Qué esperabas de mí? ¿Que me cruzara de brazos?

- Eso lo comprendo -le digo.

- Vamos a ver: ¿Y qué es lo que no entiendes?

- Tampoco toda esa gente que nos echa una mano. ¿Cómo se lo podrías explicar?

- ¿Por qué no?

- Amigo... te conozco muy bien. Sé que no podrías.

- ¿Quieres decirme de una vez lo que estás pensando? -me dice con verdadero mal humor.

- Eso: que no comprendo que aún no veas tú.

- ¡Se acabó! ¿El qué?

- Ese tu pánico a fracasar con los chavales, con tus chavales.

- ¿Te parece así? -me pregunta.

Cierra los ojos, pero no por pereza o ensoñación sino por la urgencia de autoconvencimiento.

- Y eso no es lo peor.

- ¡Pues qué difícil resulta!

- ¿El qué? -ahora le pregunto yo.

- Reconocerlo.

- ¡Que no, hombre, que no! ¡No lo pienses ahora!

- Entonces ¿qué me voy a poner a pensar? ¿Para qué me lo has dicho?

- ¿Hay algún modo que me comprendas?

- ¿Aún más?

- Ese tu miedo lo conocen muy bien tus superiores y... ése es su fuerte.

- ¿Qué es lo que quieren?

- Ahora ya no se atreven.

- Pues... me dejas más confundido. ¿Y antes?

- Estaban seguros que no podrías con la carga que te habías echado encima.

- Y todo esto... ¿qué tiene que ver con el chico?

- Mucho. Habrán encontrado una ocasión para recordarte ciertos consejos.

- ¿Eso piensas? Pues no sigas averiguando. Ten cuidado.
- Te he dicho que ya no se atreven.
- ¿Y cómo lo sabes?
- Nunca nos lo dirán.
- Pues lo que yo te digo: eso es lo que tú piensas, no ellos.
- ¿Y si descubrieras su apresuramiento en tapar ciertos trapos sucios descubiertos en el mismo saco?
- Pero entonces no entendería por qué se los tendría que lavar yo.
- No hables así.
- Un momento. Entonces, ¿qué piden de mí?
- Que no sigas averiguando -le respondo.
- Pues... podían decírmelo abiertamente.
- No pueden. Las cosas se les habrán puesto muy feas. Saben muy bien con quién tratan. Eres una persona fácil para ellos.
- ¿Qué harán entonces?
- Lo de siempre. Tapanán tu engorro con la sonrisa de su amabilidad. Pero con tal que no olvides que son ellos los que tienen el poder, no tú.
- ¿Y la injusticia? -me pregunta.
- ¿Qué injusticia?
- La que podemos estar cometiendo con Carlo. ¿O es que no has reparado en eso?
- Me alegra que me lo digas -le digo.
- Pero no es eso. ¿Qué piensas hacer ahora?
- ¿Y tú? A eso es precisamente a lo que venía. Puede ser que los dos estemos equivocados.

La verdad es que esta cita se ha hecho necesaria. Algo hemos aclarado. No mucho. Pues los temores que se creen vencer conviven con las contradicciones y jamás del todo se cancelan.

Jueves, 27. El día ha pasado improvisando momentos imprevistos de concordia. Aún ahora, a estas horas de la noche, se nota ese raro placer que ha dejado resonando en las calles. Pero mal asunto es éste de andar buscando. Desde hace días me cuesta poder disfrutar de estos momentos. Y no es que sepa que algo malo pueda ocurrirle a uno o si me puedo estar adentrando por donde no debo. No es eso. No, mi caminar, olvidando toda contemplación, es como un avanzar hacia lo que ya ha ocurrido. Y sólo me quedo quieto ante otra inesperada sorpresa.

- ¿Chano?

Quedo como a quien sus familiares cogen en un mal sitio. Sin embargo, al momento me alivia ver que el joven desconocido frota sus manos de satisfacción por haberme por fin encontrado.

- ¿Y tú quién eres? -le pregunto.

- Verás. Me sacaron hoy... -dice, con una sencillez que no parece fingida.

- ¿Y de qué me conoces?

- Fue Antonio... Créeme.

- ¿Por qué no ha venido él?

- Te lo contaré. ¿Tienes mucha prisa?

- Estoy sin blanca -le digo-. No me vengas a pedir pasta.

- Oiga, si viniera a eso, no me presentaría.

- ¿Con ganas de perder el tiempo, no?

- Eres bastante incauto, por lo visto. Nunca habrás oído que a un ingenuo le hayan salido dos jugadas seguidas.

- ¿Qué es lo que quieres? -le pregunto.

- Debes hacerme caso. Lo harás, estoy seguro.

- Me pones por ingenuo ¿y después quieres que te obedezca?

- Sígueme.

No se me despinta el gesto de seriedad con que me lo dice. Me callo con aparente indiferencia. Empiezo a creer que no tiene misterio. Cuando por segunda vez me dice que le siga, noto que no lo hace con mala intención o con arrogancia, sino con la satisfacción que se conforma con espíritu disciplinado a la tarea que le han encomendado.

De vez en cuando me mira con cierta conmiseración. Como es lógico, esto no me agrada. Pero estoy tranquilo, sin problemas. Los últimos meses han sido tan confusos, que agradezco su poco interés por las confidencias, su incapacidad para escuchar o hacerse escuchar. Me sobran los dedos de la mano para contar las palabras que me dirige en casi estos tres cuartos de hora. Pero algo tiene que decirme.

- Fíjate en el número de ese portal -me dice.

Me lo podía haber temido. Afortunadamente está oscuro y no ve mi cara de contrariedad.

- No me gusta nada este juego -le digo.

El parece no darse cuenta; o si se la da, lo cierto es que lo disimula muy bien.

- Sube en ese otro ascensor. Hasta el tercero. Y espérame allí.

Pienso que he cometido un error no haciendo caso de mi primera intuición. No hemos encendido la luz del portal. ¿Estoy cogido en una trampa? De pronto, recuerdo que de este número me han hablado... ¿Quién? El ascensor alarga los momentos sin aliento. Nada más salir, enciendo la luz de la escalera. Espero a ver si llega. Pronto oigo el revuelo que se está armando en el segundo. ¿Qué pasará? Me bajo. Alguien ha prendido una pequeña hoguera ante una de las puertas.

- ¿Qué pasa? - pregunto.

- Nos conocemos, ¿no? ¿Qué haces por aquí?

No contesto. Pero, efectivamente, me resulta una cara conocida.

- Pero ¿qué pasa?

- Alguien que nos habrá querido gastar una pesada broma, ya ves.

No me contagia el nerviosismo de aquellas personas, pero empiezo a pensar que lo mejor es quitarme pronto de en medio.

En la calle, lo primero que me pregunto es dónde se habrá metido. No hago ningún intento por pensar en lo que he visto. No tiene objeto pararse a pensar en una broma. Miro a una y otra parte. Me está esperando en la acera de enfrente. Observo que ha encendido un cigarrillo.

- ¡Ya! -me dice señalando la calle por la que ya nos podemos ir.

- Pero ¿qué haces aquí? - le pregunto.

- ¿Alguna duda?

- No, ninguna. Sólo que no entiendo nada.

- ¿Te has fijado en esa gente?

- Pero ¿has sido tú?

- ¡Basta!

- ¿Cómo?

No me responde. Me doy cuenta de mi debilidad por haber seguido sus pasos tan inconscientemente. No le pregunto más pues no podría darme una explicación satisfactoria.

Lo que hablamos después no tiene otra trascendencia que la de sentirme más confusamente distante. Hasta llego a pensar que tal vez mi acompañante esté loco. Tengo ganas de que me deje de una vez. Pero el pensar en su inocente ocurrencia puede más que mi voluntad tardía. Subimos y bajamos calles. Atravesamos casi la ciudad sin detenernos. Cuando, al fin, llego a las cercanías del portal, pienso: "¿Qué pretenderá este tío?" Temo no poder ahuyentarlo. Pero no estoy dispuesto a exponerme a su fastidio.

- Bueno, agradezco tu compañía. **Espero volver** a verte.
  - ¿Por qué? Confío en que no nos **volvamos** a ver.
  - No te entiendo.
  - La cárcel nos come el tarro a todos... -dice pensándolo mucho.
  - Lo siento. Pero para decirme eso, ¿me llevas por ahí a perder el tiempo?
  - ¡Claro! Usted no se entera de nada. Ya me lo temía.
  - Pero ¿qué diablos pasa? ¿A qué viene ahora eso de "usted"?
  - Creo que he hecho el imbécil. Pero no, no me he llevado una sorpresa.
  - ¿A qué me dices eso ahora?
  - ¿Para qué seguir?... Te sacan a un hijo de casa, ¡y te cruzas de brazos!
- Ves ahora a tu enemigo, ¡y no te enteras!
- No me grites, por favor.
  - Está bien. Pero ¿qué puede esperar Antonio?
  - Bien; lo siento. ¿Te vas a ir de una vez?
  - Yo, sí. Antonio es el que se quedará encerrado.
  - ¿Por qué no me lo has dicho antes?
  - ¡No me vengas ahora con lamentaciones! Antonio poco puede esperar de ti.
  - Sí, ya lo sé.

Desaparece calle arriba. Confundo la llave al ir a abrir la puerta. Me dirijo con desgana al despacho hastiado y vencido. No podría dormir con esta suma abrumadora de pensamientos. A pesar del cansancio, me pongo a leer revistas viejas.

Viernes, 28. Tengo que ir a la cárcel. Es algo que no tengo que pararme a pensar por más tiempo. Toni se ha portado muy bien conmigo. Y aunque me haya sabido muy mal que a veces sólo me contara parte de todo lo que sabía, eso es ahora lo de menos. No debo pensar mucho para suponer lo poco que esperará de mí. Estoy bastante confundido viéndole alejado definitivamente. Lo buscaré para que me comprenda. No lo dejaré para mañana. Le voy conociendo. Sé que no se mueve por ideas abstractas sino por gestos.

No me preocupa en absoluto tener que perder toda la mañana esperando. No me sorprenden estas largas esperas. Transcurren las horas. Pero lo cierto es que me veo sujeto a ellas. Dos mujeres preguntan ansiosamente. Las respuestas oficiales no sé lo que realmente quieren decir. Llego a temer que Toni no se presentará. También yo pregunto con la intención de saber la conveniencia de permanecer allí esperando hasta última hora.

Decido ir a ver a la asistente social. Paso largo tiempo hablando con ella. Me entero que al chico de ayer ya no le dejarán salir por haberse presentado tarde. No ha tenido esa suerte que por algún momento acompaña a los desgraciados. Me muerdo los labios al sentirme tan duramente humillado por mi torpeza.

- Te juro que nada de esto me esperaba -le digo.
- Tú lo tienes que entender, no me digas que no.
- ¿Qué me quieres decir con eso?
- Estoy seguro que les has desconcertado. Pero no eres tú quien les ha complicado la vida.
- ¿Cómo sabes eso? ¿Es eso lo que piensa Toni?
- ¿Antonio? -dice, parándose un momento-. Sabes que tú puedes salvar el pellejo, él no.
- ¡No le he engañado! ¡Ni sé lo que pretendía!
- Si le hubieras dedicado más tiempo, no dirías eso. ¿Se lo preguntaste acaso?
- Me estoy haciendo un lío. Me choca...
- Veo que desconoces su caso.
- ¿A qué me ha mandado a ese cura? A mí nunca me ha dicho que tuviera problemas. Desde luego..., nunca me habló de sus complicaciones.
- Yo no sé. Sacas tú mismo las consecuencias pues.
- Se pone más seria.
- ¿Será conveniente que le escriba? -le pregunto.
- Le molesta mi pregunta sin duda.
- Le vendrá bien que le dejes por un tiempo.
- También es posible. Pero me parece tremendamente preocupante, sobre todo no sabiendo de qué se puede tratar.
- Supongo que algo te quieren decir. ¿Tú qué concluyes?
- No sé si seguir o dejarlo... ¿Por qué no se habrá presentado?
- ¿No tendréis adversarios comunes?
- Pues no es tan mala pregunta. Pero, mira por dónde, nunca se me ha ocurrido pensarlo. No estoy tan seguro de eso.
- El es inteligente, sabe lo que hace.
- Claro que sí.
- ¿Qué te ha dicho el último día?
- Que a ese señor sólo le hablase de religión, y algo más que no recuerdo.

- Bueno -dice haciendo una breve pausa como para pensar-. Créeme, si no se ha presentado, es que no quiere que sigas.

No tengo nada que añadir. El sentimiento de impotencia vuelve a surgir de ese fondo ahora aún más oscuro. Ya a la puerta, veo el insistente y silencioso resplandor del cielo. Gruño para mis adentros: ¿por qué, para qué todo esto? El áspero crujir de los portones me empuja hacia la calle humillada y escéptica.

Sábado, 29. Aunque parezca extraño, hasta hoy no he hablado con Magnolia de todo este asunto. No recurrimos a ella para no complicarle más las cosas. Bastante tiene para ella. A sus veinticinco años, con tres hijos, bastante es encontrarla feliz con lo que tiene. Ha venido con Santiago, su hijo mayor, para llevarlo al médico. Confío en que se trate de poca cosa. Entra en la salita. Observa el cenicero colmado de colillas y lo vacía. También abre el balcón. Me mantengo en silencio observando sus detalles. Una casa no puede evitar el vacío sin la presencia de una mujer. Es evidente.

- ¿Cómo van las cosas? - me pregunta.

- Bueno, hoy bastante mal - le digo.

- ¿Qué ha pasado?

- ¡Me han robado!

Por la noche me di cuenta que me faltaba la tarjeta.

Corrí, al no haberla encontrado por ninguna parte, al teléfono para que me bloqueasen mi cuenta. Por la mañana me entero que a las siete y media de ayer tarde me habían sacado 170.000 pesetas. Lo que tenía.

- ¿Hay más?

- Veras... Acabo de venir del banco. Es extraño... Si en vez del defensor del cliente me sale el fiscal, salgo a tiros.

- ¿Qué estás diciendo? -dice más extrañada.

- No me creen. Encima, pretendió chulearme.

- Pues ten cuidado.

- No. En realidad, uno no tiene que ver con lo otro.

- Pues lo debe tener. ¿Qué pensarán los otros?

- Que piensen lo que quieran. ¡Estoy harto!

Se para, para mirarme de abajo arriba.

- Temo que las cosas se vayan a poner peor. ¿Sospechas de alguien?

- No sé de qué se trata. Eso es lo peor.

Su cara se descompone.

- ¿Aún hay más? -me pregunta.

- Me lo temo. El que hayan podido sacar todo el dinero cuando yo sólo podía sacar 25.000 pesetas, me hace pensar que están muy preparados.

Me pone la mano sobre el hombro.

- Déjalo. Si no, vas a tener problemas.

- Eso no. No lograrán meterme miedo.

- ¿Estás ciego? ¿No te han quitado el dinero?

Pienso un momento lo que le voy a decir.

- Claro, claro... Pero ¿temen que yo les arrebate algo de más valor? Pienso que sí.

Sin embargo, me quedo bastante amilanado, y no sólo porque Magnolia viniera a inculparme tácitamente de estar despreocupándome en exceso de tan numerosos desarreglos. Es muy difícil estar con el corazón en todo. Un hombre empieza a acrecentar sus incapacidades cuando una mujer entra en su casa para vaciar el cenicero o abrir el frigorífico. El silencio que me deja tras de sí, es la medida de mi insuficiencia. También la de él.

Domingo, 30. El blanco y negro desvanece la confusa exactitud del momento. Todo ocurre ahora, aunque la penumbra del sueño todo lo mezcla, como si lo cierto fuera lo más incierto. Como si hasta lo más seguro te viniera ahora a inquietar. El espejo grande sin dar razones todo lo traslada silenciosamente al desnudo gris de la vieja casa. Traslado al mismo tiempo los medrosos sentimientos a las confusas preguntas. La fusión yace destrozada en el turbio fondo de tantas fugaces sombras. Pregunto y pregunto a mi amigo. Hasta las paredes tiemblan como cuando me enteraba de las cosas más tristes. Es difícil explicar lo absurdo. Tampoco mi amigo parece entenderlo. "¿A santo de qué vendrán mis padres a quererse divorciar ahora?" Guardo silencio, estoy sin palabras. "Estás percibiendo el humo triste de la perplejidad. No te vuelvas atrás." Tal vez sea mi amigo. "¿Eres tú? ¿A mí me hablas?" Sin recibir respuesta, al momento, como siempre que me pregunto algo, mi soñar despierta.

Iván es quien me trae el aviso. Puedo pasar a recoger el carné de identidad a la calle Libertadores. No tengo otro remedio que explicarle lo que ha sucedido. Procuo decírselo de la forma menos melodramática posible. Le digo que, después de todo, no tendrá trascendencia mayor ya que, seguro, me abonarán la mayor parte del dinero robado. El chico no se toma, sin embargo, ni la molestia de disimular su enfado. Ros y Javier intervienen. Quedo sin palabras.

- No importa que te devuelvan el dinero. No se trata de eso. ¿Por qué andas con esa gente? Si no te importa, no me hables más de ese asunto. ¿Lo ves? ¿Eso es lo que nos dejó Carlo tras de sí? Me sulfura. Si este tío aparece a la puerta, te lo tiro por la ventana.

El sueño y la realidad van juntos. No dudo de que esta imprevisión será la imprevisión de este domingo. Sin duda, mi reacción ante las palabras de Iván es un remolino. Quizá los nervios de los últimos días sean una equivocación que no hace sino empeorar las cosas. ¿Es lo pronunciado lo dicho? Son jóvenes, pero ¿no pueden decirme las cosas de otra manera? Me veo tentado a detenerme en algún comentario interior absurdo. No lo hago. Estoy seguro de que no se desatarán sentimientos desconocidos por mí. Es verdad que nada concuerda con nada, por lo que me convendrá azucar ahora el sentido del olvido.

Y, efectivamente, el sueño me acompaña hasta la calle Libertadores arrastrándose por las penumbras cercanas. Y así llego a la pensión con bastante poca ilusión. La sencillez y el silencio poco casan con la sonoridad del nombre. No cojo el ascensor y me subo andando, aunque veo que está parado en el bajo. Ayer han atracado a un joven cuando subía con el encargo de una "pizza". La señora que me abre la puerta es, sin duda, tan charlatana como agradable. Me invita a pasar.

- ¿Es suyo, verdad? -dice mientras me entrega la documentación.

No tengo una gran alegría porque estoy pensando en otras cosas.

- Sí - respondo.

- Ha tenido usted suerte.

- No mucha.

Al levantar mi cabeza, veo que ella tiene interés por continuar hablando.

- Lo habrá denunciado, ¿no?

- Pues no. Ultimamente ya no me creen nada. Estoy teniendo bastante mala suerte.

- ¿Qué le pasa? - me pregunta.

- Le diré que me han robado todo lo que tenía.

- ¿Y no lo ha denunciado usted? Me sorprende.

- Pero ¿para qué?

- ¡No todo el mundo es igual!, se lo decía yo ayer a mi marido. Verá usted: uno de esos jóvenes que se cae por aquí de pascuas en ramos, recibió una visita de otro joven. ¡Menuda la armaron! ¿Y qué le parecerá a usted? Pues

parece ser que el nuevo cliente, que luego se marchó muy pronto, le amenazaba con cantar si no devolvía no sé qué dinero.

- Evidentemente, todavía hay gente con conciencia.

- Somos una familia que no queremos complicaciones. Cuando mi marido vio que los chicos se amenazaban, les dijo que se arreglasen en la calle.

Me siento un intruso. ¿Para qué habré entrado?

- Hoy en día es fácil llevarse una sorpresa a diario -comento.

La mujer va de una pregunta a otra, con la sensación de que alguna pregunta más importante no ha echo.

- No lo puedo evitar. Aunque a mi marido no le gusten estas preguntas.

- Se hace un silencio.

- Pregunte usted -le digo.

- Yo lo veo así -explica-. Pero usted ¿sospecha de alguien?

- Puedo pensarlo todo.

- Se ve que es usted un hombre bueno. Se entendería bien con mi marido, sin duda.

Empiezo a inquietarme.

- ¿Por qué? -le pregunto.

- La verdad es que es el primero en intervenir... Y luego lo abandona todo. Yo no soy así, soy más mal pensada.

- Todos somos de muy distinta manera, es verdad.

Me mira incrédula y desconcertada.

- ¡Igualito a él! -añade-. ¿Pero no tenéis una cabeza para pensar?

- ¿Quiere que denuncie el robo?

- Eso no es asunto mío. Hágalo como usted vea. De todas maneras, el joven llevaba alguna razón, pienso.

- Pues no sé qué hacer.

- Pues a mí no me parece tan difícil -dice un tanto enfadada.

- ¿El qué?

- ¡Sospechar!

Me despido de la señora con cierta sensación de soledad. Contento con el tono de la charla, pero insatisfecho con el cariz que han adquirido mis dudas. Se me acentúa la impresión de que ella también quedaba con cierto mal estar.

Me siento un tanto confundido. Me pregunto que cómo puedo seguir terminando siempre en las mismas preguntas. Vuelvo a verme por entre aque-

lla pululante concurrencia. No me he quitado ningún peso de encima y vuelvo a actualizar el irresuelto sentido del sueño. Así pues, con estas ideas que rondan mi cabeza, me encuentro de nuevo en la calle.

Miro en todas direcciones por si alguien conocido pueda verme por aquí. Me fijo en él. El Tábano pasa por la acera de enfrente a toda prisa. Espero que no me haya visto. Se pierde pronto, cruzando la calzada, por la calle siguiente. Mi reacción no es señal de desprecio hacia él; es simplemente cansancio e indiferencia. Espero tan sólo un momento para volverme sin más demoras. Ya me encontraba aliviado lejos de él, cuando con gran sorpresa lo veo a dos pasos de mí. Lleno de mal humor, intento apartar mi mirada. Pero viene hacia mí. Con todo, a pesar de mi aversión. Pienso que no tengo razón alguna para negarle la palabra.

- ¿Has encontrado al chaval? -me pregunta.

Quizá me pregunte con sinceridad.

- ¡Que se las apañe como sea! -le respondo sin embargo-. Me preocupan ahora otras cosas. ¡Encontrarlo! Pero ¿para qué?

De pronto, en uno de esos sus giros de cabeza, deja al descubierto que le agrada mi respuesta.

- ¿Qué pasa? -me pregunta.

- Nada.

- ¿Te habrán informado en la pensión? Esa es una buena mujer, no lo dudes...

- Pero ¿para qué?

Era mejor que se quedase mudo. Aquella información sobre un desconocido era un despilfarro que no me iba a sacar de ningún atolladero.

- Espera y tomamos una copa -me dice.

- Ya me conoces -le digo disculpándome-. Te voy a dejar.

La impresión le embarga y con dificultad apenas logra disimular su sorpresa.

- De verdad, te entiendo -insiste-. A ese gili de mierda no hay coco que lo entienda.

- Dios mío. ¿Crees que estoy como para oír la historia de nadie más?

- Te juno un poco amuerdado.

- Di lo que quieras. ¡Pero termina pronto!

- Comprendo que estés hasta el gorro. La verdad es que no sé por qué han vuelto. Si vienen pensando vengar a alguien, saldrán con el cuero cuarteado.

do... No, no tienen el tarro igualado. Sus colegas ya lo han dejado por imposible. Los pringaos esos, que yo lo sé, van a terminar en el sumidero.

- Cada día comprendo menos cosas. Y encima me vienes tú con estas historias.

Me atraviesa con la negrura de su mirada.

- Aunque no te lo creas, ya debías estar mosqueado.

Repentinamente se despidió sin darme tiempo a que le responda. Le grito:

- ¡Tábano, por favor!

Un remolino entorpece mi apresuramiento. Desgraciadamente no sé si me escucha:

- ¡¡Tábano!! Pero ¿de quién me estás hablando?

Lunes, 31. Tengo la sensación de que ahora todo está más complicado. También le encuentro más extraviado y confuso. Y ante mí no se abren más caminos que sepa recorrer. Y cuanto más pienso las cosas, más piezas encuentro que no encajan. Es evidente que necesito pararme para reconstruir, con una mayor confiada serenidad, pieza a pieza la desconcertante situación con la que me he encontrado. El corazón me dicta que no he de fiarme de nadie. La situación puede ser más inverosímil y expuesta también para Carlo. Puedo estar desafiando inconscientemente muchas cosas, y no puedo precipitarme.

- Pues claro que sí -me dice-. Creo que ya no puedes tener ninguna duda al respecto.

- ¿Sabes qué pienso?

- Me lo supongo.

- Te quedarás más tranquilo. No podemos perder la cabeza. Parémonos a resolver ciertas paradojas, porque a menudo lo que parece más opuesto al sentido común es el camino más acertado.

- ¿Y si te dicen que en vez de defender una causa noble y general, te estás amargando así?

- Yo no me amargo. Ellos sí que se amargan y por algo muy concreto. Nunca me gustaron esas palabras que son armas arrojadas. Me gustan más las que son fragmentos de la realidad. Y si se empeñan en lanzarlas, es que no sabrán que aquí barremos todos los días.

- ¿Y si nos dijeren que somos los que quitamos la fe a la gente?

- Sí eso fuera de quita y pon, no dudes que me gustaría llevarla a otro sitio.

- Luego ¿no vas a parar?

- Para algo tengo dos piernas, ¿no? Terminaremos confundidos, pero nadie nos vendrá a confundir.
- ¿Qué querrán ahora?
- No lo pienses más. Sigue siendo decisivo, actúa tranquilamente y conserva la esperanza.
- Es demasiado...
- Pero no te podrán quitar el amor de tus chicos.

## 7. CUANDO ABRIÓ LOS OJOS

También por otras razones pienso ir a verlo. Será mejor que esperar a mañana. Por una u otras razones he ido dejando esta obligada visita. Sería imperdonable que no fuera a verle. De ninguna de las maneras lo puede demorar más. Llamo al hospital para informarme del número de la habitación. Está francamente mal, según me comunica también la señorita que ha cogido el teléfono. No puedo seguir dándome el injusto lujo de esperar más. De modo que, sin pensármelo más, me encamino hacia el hospital.

Ojalá llegue a tiempo para disculparme ante este anciano sacerdote. Estoy convencido de que nunca encontraré a otro semejante a él. Merece la pena escuchar sus consejos. Hablo por experiencia propia. Nunca me he encontrado tan alejado de una manera de ver las cosas, y tan cercano a la vez a una persona que iba siempre a lo profundo. "Cristo dijo que limpiemos por dentro la copa, porque es la única manera de desarrollar una verdadera personalidad y evitar una existencia superficial." Ya hace unos meses que me lo ha dicho.

A medida que me acerco, más me obsesiona mi tardanza. Cuando llego, subo la escalera ansiando verle. Nunca he estado aquí. Lo encuentro en estado de coma. Lo veo desgredado y muy agotado. Todo es silencio en su entorno. Me siento un tanto en desacuerdo conmigo mismo, como si ahora mi conciencia estuviera remordiéndome por mi retraso. Pienso también en aquella soledad.

Al momento llegan varias personas. Son los enfermeros a quienes acompaña su sobrina. Esta los observa ahora con la suspicacia del que lo único que quiere es que de una vez dejen ya al enfermo en paz.

- Ha pasado las últimas horas con desasosiego -me dice-. Te juro que por mí no le llevarían otra vez al quirófano.

- Válgame Dios. No esperaba encontrarle tan mal.

- En fin, ya veremos...

- ¿Eres su sobrina, no?

- Sí. El me hablaba mucho de usted.

Salimos de la habitación mientras lo suben a la camilla. Sin duda alguna, lo aliviarán. Los enfermeros no dicen nada. Acompaño a Margarita hasta la cercanía del quirófano. Allí nos sentamos a esperar. No sé el tiempo que hemos de esperar. Pero da igual.

- Me lo pude suponer -me digo-. Sin duda debí venir antes. Han pasado unos meses desde que nos hemos visto por última vez. Su serena sabiduría, esa especial vibración de su lucidez, siempre me infundieron ánimos para seguir adelante. No te lo podría explicar ahora ni en tres horas ni cuatro.

- ¡Qué se va a hacer! El llevaría una gran alegría...

Le he oído decir que te iban mejor las cosas, ¿es así?

- Y así es. Siempre le resultó fácil adivinar.

Sin embargo, me da la impresión de que a él le gustaría que ahora le hablara más bien de mí mismo. Y a mí me resultaría más fácil que nunca. Ahora le hablaría de que tan ni siquiera me paro a juzgar a los que no me comprenden. Hablar con él sería la única manera de poner fin a esta situación y de reparar la injusticia de haberme espantado. Sin pararme primero a ver lo que pasaba, me impacienté de forma repulsiva desde el primer momento. Nada más que veía lo que yo tenía en juego. No me lo dijeron, pero a lo mejor hubo quienes se sintieron aún más débiles. Pero no quiero que me siga resultando extraño que la ocultación de la degeneración de un sacerdote hiciese necesario todo eso que no acabo de entender. No quisiera pensar más en ello. Pues hay otras cosas que debían importarme más en este momento. Dejar de culpar a los demás, asumir la responsabilidad de nuestros problemas es esencial para alcanzar el equilibrio. Por otra parte, no me gustaría que mi vida resultara el ritual repetitivo de una búsqueda. El me ayudaría a comprender que ésta es la curva natural de la vida a la que en cierto momento se le pide mucho. La angustia no es otra cosa que el preludeo de la realidad.

- Persevera, porque nunca verás la luz si te cansas de hacer lo necesario. Pero no olvides que la dureza de corazón es arrogancia.

- Continúa...

- A juzgar por lo que he oído -dice Margarita-, lograrás encontrar al chico. Claro que estoy segura de ello.

- Aún está por verse.

- Pues mi tío don Jesús estaba muy seguro.

- ¡Dios te oiga! Te lo creo. Yo siempre he creído más en su opinión que en la mía.

- Puedes creer que estaba muy seguro de ello.

- Desde luego que cuesta creerlo. Pero sin duda me estás abriendo los ojos.

Don Jesús desconoce muchos detalles sin duda. Tampoco es ahora el momento, como se ve, de pensar en contárselos. Pero el esperar ahora qué pasa ya no será desde ahora la misma angustia. Me siento más calmado. Me encontré con lo que de ninguna manera esperaba. Tener que reconocer que Carlo estaba enfermo, cayó sobre mí como una cosa que pesa en exceso. Todo se volvió delirante. Como golpeado por un rayo, me puse en pie de un salto para actuar. Pero sin organizarme. Con ese miedo, tan peligroso en mí, a fracasar con los chicos. Sigo demasiado sensible a esa impresión. Lo hice sin pararme a pensar que tal vez los reproches que hacía fueran inmerecidos. Que el miedo siguiera influyendo así en mi vida era un desafío a la hora de comprometerme con realismo. Pienso que estoy saliendo de ese sentimiento de impotencia que me hizo recurrir a lo más bendito para mí. Quiero pensar que todo pertenece a esa suma de sentimientos que aún no he logrado superar. Hay también otras cosas que me sorprenden. Es como si no hubiera sabido escuchar, como si no hubiera visto en realidad a tantos seres con quienes caminé en la noche. Me tendría que enorgullecer el que, si recupero al chico, también otros lo recibirán con las manos abiertas.

El médico sale para decirnos que pronto le devolverán a su habitación. Lo ve bastante más aliviado. Será así, pues varios enfermeros salen con contenidas sonrisas. Dudo que a Margarita esto le llame la atención. Nos dicen que ya podemos irnos. Así que nos levantamos y nos vamos para allá. Ahora no pierdo la esperanza de poder hablarle. Aunque observo que Margarita no parece albergarla.

- Hay que agradecer estas atenciones que tienen con él. Pero seguro que no van a servir de nada -dice bajando la mirada.

- Me cuesta mucho creerlo.

- Ya lo sé.

- Yo, sin embargo, Margarita, no pierdo la esperanza de poder comunicarme con él.

- No lo sé. Nadie me explicará lo que está pasando ahora por su mente. Estará pensando sus cosas, claro.

Le vuelve a mirar. La enfermera que llega le indica con un gesto que tiene otra visita. Es la hermana de don Jesús que llega de Cantabria. Su mirada lánguida, como inundada de desfallecimiento, tiene una razón de ser: viene del entierro de un cuñado. De repente, después de pasarle la mano por la cara del enfermo, se volvió y se queda contemplándome como esperando que yo

hablara. Me siento en absoluto tranquilo. Y tengo dos razones para ello. La primera: una mujer buena, y una mujer comprende que es necesario el orden y la armonía cuando el mundo es hostil.

Segundo, dada su experiencia tan cercana al mundo clerical, logra situar con discreta habilidad la importancia de los sentimientos en el mejor ordenado territorio de la memoria.

Las batas, las paredes, todo me parece más blanco. Durante unos segundos ninguno de los dos nos decimos nada. En un instante me pasa por la mente pensar el que cada uno vive, en cierto sentido, una vida en presencia de los muertos.

- Es curioso lo que estoy haciendo -le digo-. Vengo a ver a un amigo en este estado, y todavía no me he parado a hablar de él...

- No, no. Haces bien en hablar de otras cosas. A él no le gustan estas cosas.

- Es una persona maravillosa.

- Eso le repugnaré. ¿Sabes una cosa?

- ¿Qué?

- A mi hermano no le daba miedo de que alguna vez se descubrieran sus sentimientos. Vamos, convéncete de que a él sí le gusta oírte.

Estoy de acuerdo con ella. Me siento como un hombre afortunado viendo la sencillez con que algunas personas aguardan, con consuelo callado, a que despierte la soledad que en este mundo termina.

No necesito dedicar tiempo a consolarla, pues ella sin duda está segura de la paz de su hermano. No soy nada partidario de releerme ante los demás, pero ahora, cuando ella me dedica toda su atención, me siento obligado.

- Siempre supo considerar las cosas más sencillas de lo que son. Eso es lo que quisiera yo...

- Tú también lo puedes hacer, también podrás hacerlo.

La verdad es que hoy estas largas horas de la mañana me parecen segundos. Necesitaba este momento. Para aclararme la mente sobre todo. Cuando nos vemos sometidos a tantos ruidos, es cuando más nos cuesta detenernos. Y ciertamente es cuando más lo necesitamos. Pero ahora me doy cuenta de que la mujer quiere seguir hablándome.

- ¡Cuánto siento no haber venido antes!

- Yo no lo diría - interviene Margarita-. Dicen que los moribundos no pierden el sentido del oído hasta el último segundo.

- Preferiría que no fuese así.
- ¿Lo dices en serio? - pregunta la hermana.
- Claro que lo digo en serio.
- No pierdas la cabeza.
- La verdad es que yo...

- Mi hermano y yo - me dice - hemos hablado muchas veces de ti durante los últimos meses. No te lo hemos dicho, aunque no sabíamos cómo decírtelo. Jesús me regañaba, me decía que necesitabas más apoyo y menos consejos. Después vino su enfermedad y hablamos menos, aunque lo que le preocupaba vino a aminorar su miedo al mal que pudiera tener. Yo no entendía esa tu preocupación por ese chico, aunque nunca se lo dije. Pasaron unos meses sin que hablásemos de ello. Pero me volvió a sacar el tema. Sólo tú eres capaz de hacer esas cosas por un chico. De ninguna de las maneras él podía imaginar una actitud tan cristiana. Pasaba muchas horas pensándolo. Esperaba que culminara pronto la búsqueda. Has hecho bien con olvidarte de esas chicas que tan ingenuamente se liaron. No entendía a muchos jóvenes. Temía que fueras un poco ingenuo con los de arriba. Sólo una vez me dijo que debías ser más político. Cuando se enteró de tus problemas, empezó a pensar que tú recuperarías pronto al chaval. De modo que me preguntaba una y otra vez si te había visto. Sin duda has pensado en lo que cualquier oveja perdida que precisa su búsqueda, pero no te dabas cuenta de que, en un momento, las cosas propias se convierten en intereses ajenos. Sí. Te conocía muy bien. Sabía que a ti no te gusta la diplomacia, pero en el rompecabezas que te has metido la exigía. Los de arriba no son tan simples. No. Si te habían impuesto un sacrificio sin explicación alguna, era indudable que en tu búsqueda algo les iba. Tal vez nunca lo sepas. De modo que, cuando lo recuperes, procura olvidarlo todo. No sabes lo fuerte que eres, ¿verdad? Pero mejor así. Sería lo más peligroso para tu chaval. ¿Por qué has de estar tan triste?. Piensa que has tenido mucha suerte. No lo dudes, has salvado a tu chaval.

- ¿Y todo eso pensaba don Jesús?...
- Tú sabes que te aprecia mucho.
- Me siento mejor. No sabes lo que me consuela escucharle. ¿Cómo pude no haber pensado en esto?

Cuando termina, permanezco callado. Sonrío y trato de mantener dentro de mí el rayo de luz que encendieron sus palabras. La respiración del enfer-

mo es muy lenta. Siempre tan amable conmigo. Cuando al final siempre me decía algo animoso. Su respiración se hace jadeante. Entran para ponerle de nuevo la botella de oxígeno. En el jardín unos chicos se ponen a cantar. Hago un esfuerzo para que su canto no me distraiga. Sólo don Jesús permanece igual. ¿Nada, nada ha cambiado hoy?

- Es bueno sentirse entre gente amiga -me dice Margarita-. ¿Cómo es que te quedas con tanta seriedad?

- Sigo pensando en lo que me acaba de decir tu tía.

- Don Jesús no lo aceptaría, le gustaría verte más animado.

La obvedad de su aprecio no quedará a trasmano de los registros indagatorios que tanto me inquietan. Pronto todo concordará. Sin embargo, no puedo dejar de pensar que el chico sigue atrapado en manos peligrosas. El amago de rabia, ¿pretendían que se me ocurriese sacrificar a nadie?, me sigue afectando y temo que quede soldado en mi parte más vulnerable. Debo comprender a la gente, pero yo no puedo quedar sentado y decir: "Es la voluntad de Dios." ¿Por qué me lo han sacado de España? ¿Por qué no han tenido esta deferencia con su amigo? Además, estoy convencido de que aquí hay cosas muy distintas que no entiendo. Soy consciente de que ahora, mientras rastreo todo este río revuelto, estoy olvidando la importancia de las pequeñas envidias ocasionales que muchas veces terminan enturbiándolo todo. No soy capaz de calcularlo, pues la verdad es que tampoco es recomendable que pierda ahora el tiempo. ¿Pero es obligatoria mi resistencia?

- Cuando se pierde la esperanza, dejamos la acción -me dice su hermana-. ¿Por qué no rezamos un poco?

Inesperadamente el enfermo abre los ojos y, con el asombro que es de suponer, le dice con la mayor claridad.

- ¡Abre esa ventana! Y no os comáis tanto el coco. Que mire a esos chicos cantando orgullosos de su voz y sabiendo quién los escucha.

No tiene sentido que yo siga desanimado. Qué grandeza tiene el amor. Sobre todo cuando un moribundo sigue moribundo y pretende morir en paz, abriendo los ojos al presente incomprensible para cerrarlos a un futuro incontrolable.

## 8. COMO SI A VER UN ESPANTO ME LLAMARA

Sabía perfectamente que el Tábano tenía alguna nueva propia desde el momento en que me citó en un lugar del todo desconocido. Con cierta dificultad logro localizarlo. Desea estar a solas conmigo. Me lo pidió con cierta urgencia. No le opongo resistencia. Pero la verdad es que llego sin ninguna ilusión, pero no tengo tampoco disculpa alguna que darle. Temo que sea una manera de perder el tiempo, pero también las hay peores. En fin, la cuestión es que estoy aquí como le he prometido.

Me tiene reservada una mesa al fondo del bar. Discretamente echo una mirada. Me parece todo muy normal. Veo que no conoce a nadie tampoco él. Estoy dispuesto a escucharle. Me doy cuenta de que no a venido solo. Invita al joven que le acompaña a sentarse a cierta distancia. Creo que me dijo que vendría solo, pero esa es una cuestión que no me atañe.

- ¿Dispuesto a darme la coña?

- Es que... ¿Cómo te lo diré? No conoces a Hadmed..., pero ya te lo presentaré.

- ¿Te podré entender? ¿Qué es lo que quieres decirme?

- Claro - añade -, él no se explica. No es español. Un amigo guay me lo presentó el otro día. Verás, su padre ha pasado a la sombra. El anda perdido por ahí.

El chico tiene en sus ojos la tristeza más misteriosa. Y no parece que le interese otra cosa que nuestra conversación.

- Te comprendo - le digo -. Y también quiero decirte otra cosa..., prefiero que me vengas a hablar de mi chaval. No, no quiero hablar. Si supieras. Quisiera que también me comprendieras a mí. Me da por pensar si no le habré fastidiado con andando por ahí en su búsqueda.

- Sí, te comprendo, pero en realidad no venía a hablarte de tu chico. De Hadmed, nada más que de él.

- Di. ¿Por qué no voy a escucharte, si hemos quedado en eso?

- ¿Cómo te lo podía explicar? Si te digo que no lo entiendo, dirás que para qué te he llamado. Pero no te contaré mentiras.

- Y ¿por qué? Si te he dicho que te iba a escuchar.

- No es eso. Temo que hoy tampoco te vayas a enterar de nada.

- ¿Y qué más? ¿Por qué estar constantemente repitiéndome lo mismo?

- Ya ves que un simple recadero y que no voy a hablar por mí. Te lo diré todo. Luego te presentaré a Hadmed, este al loro.

Por fortuna lo han dejado volver. Llegó aterrizado de no sé qué país extranjero. Estos jóvenes pasan la vida buscando sin éxito ese supuesto oro. Pero él no pasó la frontera ni para mejorar su existencia. Y no es que tenga miedo a la vida, parece ser. Su padre piensa que, más que devolvérselo, lo quitaron de circulación de muy mala manera. Y fue la misma gente que le engatusó comprándole una moto. Como quiera que sea, le enviaron a hacer fotografías porno en otro país. Pero se encontró con algo más que una sorprendente aventura condenada a no servir de nada. De fotografías, nada. Terminó empaquetando mercancía. Parece que su amigo lo llevó mucho peor. El hecho lamentable de verle cayendo en la locura le resultó torturador. Pero al fin los de arriba cedieron. A su amigo hasta le pagaron un avión pero con la condición de que no volviese por aquí. Al padre de Hadmed le hicieron saber dónde podía encontrar a su hijo. Lo encontró efectivamente pero muy cambiado.

- ¿Habla el castellano? - le pregunto.

- Bueno, no sé. No fui capaz de sacarle una palabra.

- ¿Le conoces?

- Tampoco.

- ¿Es verdad todo eso?

- ¿Vas a dudar ahora de mi buena voluntad? Vamos, digo yo.

- ¿Lo buscó su padre?

- ¿El padre?, no lo sé ciertamente. Pero creo que alguien anduvo por ahí buscándole.

- No lo comprendo. Pero, venga, es mejor que me lo cuentes todo.

Ni él, ni mucho menos su amigo, lo pensaron dos veces.

Aquella noche liaron sus vidas sin saber a qué entrando en un pub. Les había hablado de él un amigo que les esperaba. A la mañana siguiente los enviaron a la brasileña esa de la calle Los Mensajeros. A través del amigo, les hicieron ver que necesitaban entrenamiento con la señora Arlinda si aspiraban a un trabajo interesante. Les resultó difícil entender todos aquellos sacrificios rituales y las interpretaciones visionarias ante la luz de las velas del valor de aquella sangre de gallina. No entendieron el porqué de todo aquello. Por otra parte, la mujer les parecía un demonio brillante. Su amigo, a los pocos días estuvo al punto de desertar. Ella les hizo saber que cualquier conato de disconformidad sería tenido por grave indisciplina. Sin embargo, él tiene la vaga sensación que fue precisamente por la actitud de su compa-

ñero por lo que les llevaron a comprar ropa a unos grandes almacenes. Fue entonces también cuando lo de la moto. Pero ocurrió algo peor. Como no podían pagar las 75.000 pesetas que costaba aquella cruz bañada en sangre de gallina, la señora Arlinda les hizo una proposición: le pagarían trabajando. Aceptaron. Pero lo que encontraron fue algo más que desastroso. Algo excéntrico y desagradable, que nada tenía que ver con la elegancia. Todo un mercado de mari... y marimachos, y además en un lugar incómodo para su amigo. A Hadmed le asustó mucho ver a su amigo al punto de desertar. Y alguien debió observar aquel punto de rebeldía, pues pronto descubrieron que vigilaban todos sus movimientos. Fue el comienzo de una larga serie de peripecias.

- Eres un buen fabulador -le comentó-. Se ve.

- ¿Y eso qué es?

- Que dices muy bien las historias interiores. Me las dices como si fueran propias.

- No me vengas con coñas. Yo entiendo menos que el Adán ese en el Paraíso. Ves que soy un ignorante, solamente le digo lo que me han encomendado.

- Pero no hay que ponerse triste por eso. Yo tampoco sé para qué nos puede servir esta historia, pero sigue. A, ¿Hadmed querrá tomar algo?

El chico se pone nervioso. No puede saber a qué se debe por supuesto. Como si nos entendiera. Miro para otra parte. No quiero excitarlo.

- Déjalo -me dice-. Mejor que se pueda marchar cuanto antes.

- Yo no sé... Pero en ese caso, yo no lo traería...

- Cada día comprendes menos -dice enfadado-. Si no viniera a lo que vengo, me iría ahora mismo.

- Por favor. ¿Por qué?

- ¿No te he dicho a lo que venía?... Me imaginaba que ibas a escuchar lo que él quiere que tú sepas.

- Eso, precisamente, no me lo has dicho.

Hadmed está sin duda intranquilo. A lo mejor es que espera que terminemos.

- Dime lo que quieras -le digo-. No te cortaré más.

- No desconfíes de mí. Yo no te invento nada.

- Habla, hombre, habla.

- Que conste, yo sólo he venido por ti.

- Vale, que lo acepto.

- Y si quieres mi opinión, deberías estar más contento de que este chico quiera que te enteres de sus cosas. Para que veas lo mucho que te aprecian. Seguro que no se lo ha dicho ni a su padre.

- No, no es importante, pero me gustaría que sólo me hablases de él.

- Quedé en decirte las cosas como me las han contado. Lo siento.

- Bien. Hazlo como quieras.

Pronto se encontraron en Holanda. Allí todo respiraba por fin un aire elegante. Pero el encanto primero se convirtió pronto en un mundo material de ficción. En un cierto Lupanar de Angelitos encontraron las cosas más increíbles, como aquel enorme Cristo crucificado que a media luz presidía una inmensa eclosión carnal. En aquel inmenso mar flotaban los divanes del placer extasiado y de los orgasmos sin escrúpulo. Muy pronto, el silencio de los jefes españoles lo entendieron como ambiguo mensaje. El polaco que habían conocido aquí empezó a ejercer de consejero. "No debéis tener buenos sentimientos. Este puñetero trabajo necesita cierta seguridad de espíritu." Por supuesto, no entendieron a qué fin les obligaron a asistir a aquellas sesiones de espiritismo. ¿La belleza es irracional? No entendían que la razón fuera necesaria y, por otra parte, no tuviera que explicar ciertas cosas. Después, vinieron las sesiones de teosofismo. De que lo secreto significase simplemente prácticas no oficiales, no dedujeron la razón por la que ahora pretendieran pasarles droga. Lo pensaron todo. ¿Por qué debían olvidar cuanto antes algunos nombres? No les dieron respiro. Empezaron a pensar que les resultaban molestos.

- Vete más despacio. ¿Una cerveza?

- Sí, sí, claro.

- No me imagino qué puede estar pensando ahora Hadmed.

- Quién sabe.

- Quizá me equivoco, pero me parece muy extraño todo. ¿Qué pretendrá?

- Vuelves a liarne. Te he dicho que tampoco lo sé.

- ¿Y qué más? Sigue.

Pronto les enviaron a ¿Irlanda? Sin que nadie les explicara nada. Llegaron temiendo lo peor. Aguantaron un mes. Se arrepintieron de todo lo hecho. Su amigo casi de haber nacido.

- ¿No me contarás más?...

- Lo demás... no tiene importancia.
- Y ¿por qué?
- Yo sólo sé que Hadmed no te va a pedir nada. Pero ya no entiendo lo que pretendan los que le hablaron de ti. No lo sé y tal vez no lo sabré jamás.
- ¿Por qué has escogido este sitio?
- ¿No te lo ha dicho? Es muy sencillo. No quiere que le vean contigo.
- ¿Es que tiene miedo?
- No. Pánico.
- ¿Por qué? Dime por qué.
- Es un buen muchacho. Cuando supo que su amigo andaba de nuevo por aquí, temió aún mucho más. Lo primero fue reprocharle su vuelta. Tenía la sensación de que lo dejarían solo, completamente solo; pero resultaba imposible hacérselo ver, traerlo a la realidad...
- Se ve que se aprecian. ¿Tan mal lo encontraba?
- Imagínate que no era capaz de explicarse por la mañana lo que había hecho por la noche. Así que Hadmed le resultó imposible convencerlo. ¿Qué podía hacer? No le gustaba nada que su amigo viniera como a vengar alguna desaparición. Estaba jugando con fuego. Y la cólera se apoderó de él cuando le llegaron ciertas sospechas. ¿Quién le estaba introduciendo en el rollo? A altas horas de la noche o de la madrugada resultaba intratable, a veces llegó a pensar si no sería peligroso abordarle. Por el día no salía de aquella destartalada pensión de la calle María Arrepentida que le pagaban dos putitas. Hasta que éstas llegaron también a compadecerse de él. Como quiera que sea, desapareció de la noche a la mañana.
- Bueno, veo que Hadmed recapacita. Esperemos que también su amigo lo haga.
- No tenía otra manera de contártelo -me dice-. La verdad es que siento haber sido tan pesado.
- Hadmed parece esperar que el Tábano mire hacia él. Supongo que a descubierto que el relato no me ha incomodado.
- Le digo al Tábano:
- Claro que te creo. No ibas a exagerar trayendo al chico.
- Por favor, ahora no intentes localizarme por un tiempo.
- ¿Y eso por qué?
- Supongo -dice, ahora más enfadado- que ya ves cómo esa canalla desinfla la mercancía molesta. Yo no quiero ningún problema con ellos.

- Bueno, espero no causarte problema alguno. Ya lo ves, no hemos hablado de nuestras cosas.

- Tú nunca me mosqueas. ¡Imposible! No me entrará en la torra el que tú cambies. Mira, la basca lo sabe, tú eres un tío que escucha.

- Pues ya está... sobran los halagos.

- No soy el primero.

- Ya está bien. ¿Puedo preguntarte lo que siento?

- Pues, sí.

- Entonces, ¿me lo vas a presentar?

Hadmed se pone en pie. Yo guardo silencio, pensando que algo me va a decir. El Tábano también se levanta. La música de fondo convierte el local en un mar de connivencia. Sorprendentemente parece que se va. El Tábano le acompaña hasta la puerta. Me sorprenden las palabras del chico: "Marcho muy satisfecho."

- ¡Pero si hablaba el castellano!...

- No te preocupes, no venía a eso.

- Pues será, pero entonces os entiendo menos.

- Como ves, tenía ganas de conocerte.

- Ya... Eso no te lo crees ni tú.

- ¡Qué divertido!

- ¿El qué?

- Bueno, me voy. Toma la carta que te ha dejado.

- ¿Qué misterios os traéis? ¿A qué jugáis? No me dirás, si no ha podido decirme lo que quisiera...

- ¿Quién? -me pregunta, sorprendido.

- Ya no sé qué pensar.

- Claro que, como eres quien eres, desajustas un poco el borrador. Pero, la verdad, es que nunca llegarás a asustar al callejero.

- Creí que ibas a seguir por la vena esa literaria que enmarañaste hoy.

- Misión cumplida.

- Cada uno es como es.

- Ya lo veo.

- ¿No nos íbamos a ir? -le pregunto.

- Espera un momento. ¿Vas a ser así de desagradecido? No puedo marcharme sin aceptarte el regalo.

- ¿De qué hablas tú?

- ¿Lo quieres saber?

- Sí.

- Pues como todos, digo yo: también tengo corazón. Déjate de coñas, quiero saber qué te dice.

- ¿Quién?

- ¿Por qué no abres la carta de una vez?

"Sé que me perdonas. Siento haberte disgustado tanto. No te preocupes, lo has hecho muy bien. Yo también te aprecio. Ten sumo cuidado con esa gente y no salgas más por la noche. Sal pronto de ahí. A mí me gustaría mucho que vinieses para Italia. Debes obligarme a arrepentirme, no lo estoy. Perdona que haya querido olvidarme de todos y de todo. Vete siempre delante de mí. Soy muy ignorante, no me des nunca tanta libertad. Cuando no tenga estas ideas en la cabeza que no me dejan dormir, iré a verte. Escíbeme. Mejor es que vengas. Te pido otra vez que me perdones. Por favor, no me dejes. No te imagines lo que te aprecio. Carlo."



## 9. LAS COSAS QUE SOSTIENE MI VIDA

Ya va siendo hora de que intente justificarme, aunque no se a capaz de interpretar muchos elementos de sus mensajes. Mis sueños no se atienen a ninguna otra realidad que aquella en cuanto, como se dice, es en sí misma un sueño turbador e inacabado. Y por otra parte no hay que confundirse. El soñar despierto nos transporta hacia un mundo de intimidades muy extraño donde cambian sutilmente todos los sentidos. Y por si fuera poco, también el final de un año amargo me desvía de la ilusión de controlar el oscuro rumor de tantas imágenes ambiguas. Entre la confusión y la decisión, mi merodeo alcanza hoy esa situación absurda de lo onírico. Cuando debí atender los detalles, no lo hice; ahora que me importan los grandes, disfruto con los pequeños.

Vuelvo a caminar por la calle Remonta abajo, cansino y lento como aquella noche. Tampoco el helado sinfín de mi deambular sin sentido me permite desviar mis pensamientos hacia las frivolidades que también existen en la zona de los fracasados. Pero tampoco tengo razón alguna para no responder:

- No vengo a eso. Hoy no necesito alforja.

Es una sabandija dispuesta a confiar su enfado a un desconocido.

- ¡Hay que ver! -dice-. ¿Es que no te gusta?

- ¡No!

- ¡No me jod...! ¿Y sales por ahí colgado? ¡Pues anda! Naturalmente, por aquí hay mucho que ver. Ya tengo unos años encima y conozco a muchos hombres. Cada día más difícil. ¿Es que eres homosexual?

- ¿Quién, yo? ¿Lo quieres saber? Pues si te dijera que sí, de nada te serviría; si te dijera que no, me tendrías por un chiflado ¿no? Pues piensa lo que quieras.

- No, si la culpa ahora va a ser mía... ¿Eres policía?

- Muy emocionante. ¿Y qué podría hacer ahora por aquí?

Le desilusiona mi respuesta naturalmente.

- No sabes lo que me alegro. Pero no olvides que hay bastantes maderos gili...

- Sí, y por qué no los puede haber. Tiene que haber de todo.

No encuentro una disculpa medianamente razonable para despedirme. Ella continúa:

- No me lo tomes así. ¿Lo digo?

- Dilo.

- ¿Estás un poco loco, verdad?\*

- No, pero creo que sí.

- ¿Qué demonios pintas por aquí?

- ¿Qué tonterías estás diciendo?

- ¡Qué horror! Por aquí no se puede venir tan jodi... Pues no, señor. Ya lo ves tú mismo.

No me deja muy halagado. Pero termina mirándome de reajo y disimulando una sonrisa.

- Resignación -dice con la cara de no haber roto un plato.

Cuando la mujer se calla definitivamente, me doy cuenta que el frío está insensibilizando mi cuerpo. Sigo adelante. Parece que también toda aquella gente no busca nada, simplemente vocifera. Quizá en las sombras se expondrían a mayores riesgos, pero por aquí no parecían que estuvieran pensando mucho las cosas. Pienso que para proseguir es necesario meterme más dentro de mí. Subo la bufanda hasta las orejas. La ciudad está gélida. La vacilación sería peligrosa. Aunque me sorprende pensando que hoy he tomado esta resolución sin perseguir ningún objetivo. Y descubro sin sorpresa que, aunque penosamente, empiezo a acostumbrarme al aislamiento.

¿Estoy a punto de habitar un mundo donde lo esperado y lo inesperado se confundirán misteriosamente? Inesperadamente, la Puerta de la Luna está casi desierta, y esto hace cambiar su carácter. Es sorprendente e incomprensible. Este hecho me desorienta dejándome sin rumbo entre la verdad y la mentira. Mi percepción anda extraviada. Sin embargo, la verdad es que hoy no regresaré de ninguna de las maneras desanimado. Ahora ya no busco nada.

No me lo explico a mí mismo. Como se sabe, ciertas experiencias no se pueden pensar porque ocurren demasiado pronto. Como hay tan poca gente, veo que en un instante se planta frente a mí. También advierto extrañado cómo en seguida el desconocido se convierte en familiar. El horizonte se torna menos amenazante. La noche preludia y me tranquilizará un poco, será menos triste.

- ¿Qué haces por aquí? -me pregunta.

Me hace la pregunta que quería evitar. Pero ahora considero que no tiene mucha importancia pues se derivaba del momento.

- ¿Qué pasa? ¿Es que te interesa?

Se para. Sin embargo, no me siento obligado a responder por las consecuencias de responder o no a sus preguntas.

- ¡Vaya, vaya! Pues hasta contradices al refrán: genio y figura... Pues, la verdad, es que no te entiendo.

Me resulta una sorpresa creciente. Es como si mi mente se convirtiera en un juego de espejos.

- No sé, no sé... No quiero pararme a pensar ahora si me siento diferente.

- ¿Interrumpo? -pregunta.

- Pues no.

Parece que recibe una honda satisfacción con mi respuesta.

- Hace poco se produjo una refriega.

- Me lo suponía.

- Hay que andar con cuidado. ¿O crees que por aquí no se te conoce?

- Pues mire usted, hermano: se cambia de nombre uno, y todo arreglado.

- ¿Qué...? ¡Ya decía yo que habías cambiado!

Le respondo sin pensármelo. Me da un golpecito en el hombro señalándome la calle Carretillas. Empezamos a caminar en esa dirección. Me temo que no se vaya a separar de mí en toda la noche.

- ¿Qué estás pensando? -me pregunta, en un impulso espontáneo.

- No, no; no estaba pensando en nada -le respondo, buscando una fugaz liberación.

No sé si mi revocación reproducía los hechos o si estos se establecían en mi cabeza. No estoy seguro de nada. Tal vez sea ésta la razón por la que mis sentimientos vuelven a ser los de noches anteriores.

La respiración de cada cual se combinan en un ruido apenas ahora imperceptible pues el rumor de gente no lejana se hace notar. La policía cachea a dos jóvenes africanos donde comienza la calle Puerto de Santa María.

- ¿Los conoces?

- ¡Cállate, leñe! ¡Ni que fuera yo San Pedro! -le respondo con cierto enfado.

- Pues, la verdad, sí.

- Pues no conozco a esos chicos. ¿Por qué los voy a conocer?

- No es lo que te preguntaba.

- ¿Qué es lo que quieres saber?

- Es igual. Déjalo.

- Es como para troncharse. A ver, ¿es que me preguntabas por los policí-  
as?

- ¡Ves cómo ya no eres tan ingenuo! Digo, ¿sigue tu enfado con ellos?

- ¿Cómo, qué?

- Pues te mientes a ti mismo.

- No, y bien lo sabes. ¿Tú qué te crees? ¿Ves? Te equivocas. Además, sabes que no hago las cosas que quiero, sino como puedo. Sé que me he portado desconsiderablemente con ellos. Debí disculparme pero no lo hice. Pero a esos no los conozco.

- Entonces, ¿por qué te has desviado al verlos?

- ¡Vamos, vamos, estás enterado de todo!

- Les has dicho que también tú les estabas pagando tu inseguridad.

- Exageré en esa ocasión. Pero tenía ganas de soltárselo a ese tío que se mete en todos los fregados de la parroquia.

- Bueno, me callo; haz lo que te dé la gana.

Algo nos va separando, pero no lo sabría detallar. Pero temo que voy a seguir aguantándolo.

- Me sorprendes -me dice.

- ¿En serio? Pues te diré que lo único que me importa ahora es lo que estoy haciendo esta noche, y lo que no hago... y que estoy aquí.

- ¿Sólo eso? ¡Qué te lo voy a creer!

- No temas. Gracias a Dios, los malos tiempos ya han pasado.

- ¿Y tengo que creerte yo eso?

- Bueno, haz lo que quieras. Pues..., ya ves..., sólo me interesa saber lo que pienso, no lo que piensan otros.

- No es por nada, pero no te entiendo.

Somos muy diferentes, no hay vueltas que darle. Ahora la calle vuelve a estar abarrotada de gente, en su mayoría jóvenes.

- No me digas más. ¡Mira que yo, que creía que sólo querías pasear, y ahora me encuentro con un predicador ambulante!

- ¡Y que lo digas!

- ¿Pero te vas a callar de una vez?

- Entonces es que ya sabes algo del chico desaparecido.

- Sí, y bien que lo siento. Aquí nadie se interesa por nadie. ¿Qué crees que puedo hacer yo?

- Anda, vámonos.

- Sí; más vale no hablar de cosas tristes.

Los policías han dejado ya a los dos chicos africanos que deciden seguir vendiendo su tabaco.

- Fue buena tu disposición, pero has olvidado cosas fundamentales para ti.

- ¡Anda, vete! No estoy ahora para teologías.

- ¿Qué has dicho?

- Sí, es lo mejor para los dos.

- A veces me cuesta creer lo que veo.

- Vete, por favor.

- ¡Pues me quedo!

Por esta otra plaza de Tránsito de Molina parece que la gente no prevea otras circunstancias. Vamos atravesando sorprendido mundo de jóvenes, pero no corremos, sino aprovechando la lentitud para observar con mayor cuidado aquellas actitudes tan extrañas. Aceleramos sólo nuestro paso al llegar a los rincones malolientes. La helada luz de las farolas se refleja en el ensimismamiento de muchos y confunde con su centelleo a otros que mero-dean esperando a ver si se apacigua su incontrolada necesidad. La inmensa mayoría son drogodependientes. Alguien nos mira con zozobra. ¿Es una situación amenazadora e impredecible? Más bien pienso que, haciendo un esfuerzo, sea posible entender su proceder, tan espontáneamente expresado pero tan ajeno a lo habitual.

- Estos necesitaban un nuevo Larra -me espeta.

- No seas panoli. ¿Y para qué tienes ahí a Umbral?

- A mí que a ése le van más los modos que los temas, no sé.

- ¡Qué estupidez! ¿Cómo quieres que esto lo arregle un periodista? Yo no entiendo cómo puedes pensar eso.

- Deja eso. Pero ¿Juan Madrid, Escohotado...?

- Vamos, no perdamos el tiempo. Bastante es que todo esto ya no sea pecado netando. Además, si sólo los percibimos por su aspecto exterior, somos personas poco razonables.

Sería demasiado complicado explicarme. De modo que no estoy dispuesto a extenderme. Pero él insiste. Tal vez esté convencido de que soy un cobarde.

Un joven cierra su navaja y la mete en el bolsillo con un ademán desdeñoso, musitando unas palabras pero dando a entender que tenían un signifi-

cado inequívocamente peligroso. Comprendo que quiere pedirme. Me encorjo de hombros pero sin miedo.

- ¡Qué cosa más extraña! -me dice-. ¿A qué juegas? ¿No te sientes mal por lo que acabas de hacer?

- No creo que nadie en este país haga lo que dice.

- ¡Le has mentido!

- ¿Qué querías? ¿Es muy lindo ayudar a los demás, no? Pues quítate esa idea de la cabeza.

- ¡Hombre, no sé! ¿Se te puede preguntar, no?

- Bueno; anda, pregunta.

- Me parece que te has vuelto un poco pasota. Vamos, es mi opinión.

- No lo sé, la verdad. Tampoco sé si soy realista.

- No te hagas el desentendido. Es más fácil andar a tu aire y hacer las cosas a tu gusto. Pero eso tú no lo puedes hacer.

- Aún no me conoces bien. Te advierto, por si sigues en mi compañía, que no he querido involucrar a nadie en este asunto. Si algo me quieres reprochar, será esto precisamente.

- Te escucho. Pero, hombre, si te has quedado solo. Y no puedes abandonararte.

- ¡Cállate! Que yo ahora tengo mucho que ganar.

- Me lo pones cada vez más difícil.

Se calla. Pero su silencio no me resulta útil. Seguimos el paseo sin rumbo fijo, pero sin la ansiedad de quienes intuyen su propia pérdida.

Durante unos momentos, sin que me lo pueda explicar, el mundo interior me parece dorado y esperanzador; aunque el exterior siga sombrío y agonizante, ficción o engaño. Es una extraña sensación. Pero he de admitir esta falsa existencia propia como la absurda e inusitada realidad que me rodea. Tengo la sensación de estar y no estar a la vez de sobra por aquí. Estoy al loro y me mosqueo a la vez.

- ¿Ya no vas a hablar más? -le pregunto.

- ¿A qué viene eso? Claro. Si no fuera por eso, no estaría aquí. Esa es la pasión que no puedo abandonar.

- Toda pasión es buena cuando es dominada.

- ¡Muy bien dicho! Pero yo quisiera saber si vamos a hablar de todo.

- Pues no, señor. Ya te lo dije antes. Pero, en fin...

- Te comprendo. Es triste. Sé que te molestó que taparan ciertas fachadas a tu costa. Debían ser más cuidadosos en eso.

- No te preocupes. No, si me disgustó. ¡Por los chicos!
- Bien; callemos entonces. No, no diré más. Sólo, que no dejes que te arribaten lo que para ti sea fundamental.
- ¡Me da igual! No me voy a comer el coco. ¡Y pensar que todo te lo pueden echar abajo convirtiendo la verdad en noticia!...
- Estás aún dolido, no lo puedes negar. Se atrevieron contigo. Tengo para mí que les resulta más agradable ofender y pedir más tarde perdón que ser ofendidos y otorgarlo.
- No sigas, por favor. Si esto no se lo he contado a los chicos, tampoco a ti.

Tal vez esté en lo cierto, pero no me convence. En este momento me siento difícil de convencer. Las cosas ya no tienen remedio.

El caso es que, de las ganas con que empecé esta caminata, en unas horas he pasado a sentir una incomodidad que no está sólo en lo cansado del andar de un lado para otro, sino en algo mucho más profundo: el descubrimiento de que no sé si podré mantener por mucho tiempo el esfuerzo de reordenar mis pensamientos.

- Bueno, verás -me dice-. No sé exactamente lo que quieres.
- ¿No? ¿No lo sabes? Pues es muy fácil.
- ¡Explícate!
- ¿Qué te parece si vamos a otro sitio?
- ¡Pues es verdad! Pero ¿adónde?
- ¡Qué más nos da!
- ¿Y si volvemos a casa? -propone, aunque con aire de incredulidad.
- ¿Volver a casa?
- ¿Por qué no?
- ¿Estás loco? ¿Después de lo mucho que me costó dejarla?
- ¡Anda! ¿Y qué tiene de locura?
- Nada. Pero ahora no quisiera tener que explicar nada. Ya te lo dije antes.

No comprendo por qué la atmósfera de la noche me va resultando vagamente familiar. Miro de un sitio para otro y todo me refuerza la sensación de vacío.

- ¿Hablamos de otra cosa?
- ¿Vale la pena? Piensa que ya son las tres. Pero haz lo que quieras.

Un aspecto desconcertante de la noche es que cambia según la calle. Aunque parece que no es la misma la experiencia de mi acompañante.

- A mí me parece -comenta- que todo esto ya es lo mismo en todas las partes.

No sé realmente qué decirle. No me encuentro capacitado para dar un nombre a esta soledad en multitud. Cierto es que estoy aún bajo los efectos de la resaca. Y, al fin y al cabo, he de esperar que la serenidad y la calma pronto dejen arrinconadas todas las consecuencias ahora en suspenso o aplazadas. He deducido que lo extraño en una búsqueda no es lo que sucede en ella, sino el cambio de sentido que en ella se experimenta. El buscar no fue para mí un previo o superable escalafón hacia un hallazgo, sino que, paradójicamente, se convirtió en la forma más iluminada del encuentro conmigo mismo.

- Bueno, aún no sé lo que pretendes ahora -repite.

- Pues... ¿no lo sabes todavía? Muy sencillo. ¿No crees que debíamos celebrarlo?

- ¡Pues estaría bueno! ¡Aguántate! Creo que tu imaginación obvia demasiadas cosas.

- Lo dudo mucho. La verdad es que también puedo aguantar un poco; ya llegará el día.

- Yo me río.

- ¿Te ríes?

Pero creo que por aquí nadie con dos dedos de frente pueda sobrepasarse en la alegría. Además, mi asombro es como un objeto sólido a través del enredado fluir, con tantos borrosos fragmentos, de gente reducidas a su pérdida. Sería inconcebible que ahora nos pusiéramos a reír. Mi compañero se ha sorprendido con mis palabras, eso es lo que creo.

- Pues te lo juro, quisiera entenderte...

- ¿De verdad, de verdad?

- Sí, algo... ¡Hay que ver!

- Pues por aquí no hay mucho que ver.

- No sé... Creo que te va gustando cada vez más la noche.

- Pues ya ves..., no había caído yo en eso. ¿También tú dices lo mismo?

- ¿Y cómo quieres que piense?

- Me hago cargo. Pero no esperaba de ti esa deducción.

- ¿Es que no tienes miedo?

- Todavía no.

Pienso que mi inmersión en este mundo excluido no es, no lo fue, una decisión gustosa. Tal como me lo temí, he llegado a preguntarme qué hacía

yo por aquí, en estas miserables noches, y a dudar de lo acertado de mi proposición. Pero tampoco sabría responder si no estaba actuando como un sujeto equivocado de personalidad, o asumiendo unos papeles que no me correspondían. Con todo, es obvio que, si las cosas no hubieran ocurrido al contrario de lo esperado, no me detendría ahora en estos pensamientos.

- ¿Qué es lo primero, la marginación o la automarginación? -me pregunta.

- Hombre, no. ¿Qué quieres que te diga? No irás a decirme que el hecho de que sean simultáneas les vaya a hacer más comfortable la noche a esta gente. Vamos, ¡digo yo!

- Pues sí, no sé lo que hacemos aquí.

- Ya... Pero eso ya lo tenías que tener claro desde el principio.

- ¿Y tú?

- ¿Es que no lo ves? Es una buena zona para esperar un tren.

- Pues no, yo no saco nada en limpio, ¡qué quieres! ¿No hay sitios mejores para esperar un tren?

- ¡Pues claro que sí! Sin duda estaría más cómodo. Pero, en confianza, no esperaba que me negases este favor. Sin duda en la estación no te encontraría.

- Entonces ¿te vas?

- ¿Te parece?

- No serás capaz.

- Quizá. Pero...

Mi estado de ánimo debe estar gravemente alicaído, pues ni puedo sentir nada por unas gentes que, si advierten mi presencia, la rehuyen. Sea lo que sea lo que piense, toda esta gente seguirán pululando, no sabrán quedarse tranquilos en un habitación.

Puede suceder que mi proceder no sea justo, pero no me siento culpable ni desplazado. No, definitivamente esta noche no soy yo. No estoy dispuesto a hacer un esfuerzo para comprender lo que me puedan decir. Por otra parte, no es nada agradable, cuando no deseas satisfacer ninguna curiosidad, pensar que tu presencia pueda resultar enojosa. Sin embargo espero que quien me acompaña me entienda. Estoy seguro que no necesita mis justificaciones. Sé lo que no busco, y me basta.

De pronto, descubro que mi estancia por aquí viene a intranquilizar a los dos jóvenes que en un primer momento se quedan con cierto ademán envarado.

- Ya ves que no te tratan con indiferencia -comenta mi compañero-.  
Considéralo así, y no te fijas tan en lo anecdótico. Piensa más en ti.

- ¡Caramba! ¡Ahora eres tú el que me hablas así!...

- Ya te voy conociendo. No tienes que ir por ahí pensando sólo en la gente,  
tienes que ser tú, pese a quien pese.

- Bueno, bueno, no te pongas así. Que si lo dices por esos dos mendas,  
son ellos los que salen de naja sin rechistar.

- Pues que... No es por nada, pero para mí que te temen.

- ¿Eh?

- Pues, sí. Eso me parece. ¿Brujulean mucho por aquí? Te miraron como  
a un peligro.

Ahora es el joven que he visto en el Black Black el que me mira con un  
gesto de rechazo evidente y tira hacia la calle de la izquierda apurando sus  
pasos. No parece ser un gesto pueril. El otro joven desconocido que le sigue  
me depara una malhadada mirada. Juraría que se trata de aquel desconocido  
que descaradamente sonreía cuando yo no barruntaba ni por asomo que  
Carlo pudiera estar ya fuera de España.

- ¿Tienen algo contra ti? -me pregunta.

- ¿Quiénes?

- Pero, ¡qué pregunta! ¡A mí me van a dedicar esa mirada!

- Por aquí hay gente muy rara. Pensarán lo mismo que nosotros dos.

- Ya, ya.

- ¿Y qué?

- ¿Quieres que te lo diga?

- Es mejor que te vayas cuanto antes de aquí. ¿Me oyes?

- Ya me lo has dicho. No es por nada, pero te voy a hacer caso por una  
vez.

- ¿Qué te parece si nos vamos a otro sitio y hablamos? Quisiera hablar  
contigo.

- Alguien dijo que sólo los que velan tienen un mundo común. No me  
parece un mal pensamiento, ¿a ti?

- No entiendo nada. ¿Qué es lo que podemos tener en común?

- Pues no sé. Yo sin, embargo, creo que cuanto más difieras de mí, más  
me enriquecerás.

- No sé, no sé...

- ¿Qué pasa?

Se produce un lío enorme. Unas mujeres se encaran a gritos en plena calle. Ya vale todo. Aunque tal vez tan sólo se trate de un ramalazo zascandil que se quede en amago. Ahora somos nosotros lo que imitamos a los jóvenes de antes. Salimos corriendo, hasta que comprendemos que estamos ya lejos. Nos detenemos a respirar. ¿Y ahora a dónde?

Mi acompañante no es un loco. Tengo en consideración todo lo que me está diciendo; aunque, últimamente, soy muy difícil de convencer. Quizá esto tenga que ver con mi estado de ánimo. Tengo la impresión de que esta noche no podré dejar nada detrás, lo cual me fuerza a seguir sus pasos.

- No quiero tener que hablar con nadie -le digo.

- Me cuesta creerlo. ¿Quieres que vayamos a un sitio? Yo te propongo un rincón y, si lo encuentras interesante, quizá te entren las ganas de hablar.

- Vale. Pero ¿sabes una cosa? -le digo sin querer mirarle de hito en hito-. Empiezas a resultarme un poco pesado.

- ¿Quieres o no quieres venir?

- ¡No! Pero lo haré. No te puedo defraudar esta noche, lo siento.

Y sigo sus pasos sin más. Ya, casi al final, descubro que me orienta hacia el lugar directamente relacionado con los desasosiegos que tanto obstruyeron mi cabeza. El rincón está situado en el aparcamiento de un Ayuntamiento. Está bastante apartado del ruido pero es inquietante. Me gustaría no estar tan seguro de ello ahora. Pero sí, aquí durmió el chico durante casi un mes, escondiéndose de mí y huyendo de sí mismo. Pero no quiero ahora hacerme más preguntas, ni ponerme a describir sentimientos pasados.

- Ya hemos llegado.

- ¿A qué?

- Bueno, es verdad, nunca se llega. ¿Qué quieres que te diga? Me lo explico.

- No digas necedades. Y sabes que no me gustan estas bromas.

- Pues la verdad, ¡qué quieres que te diga!, yo creo que es lo que esperabas.

- Bueno... de acuerdo.

- Basta ya. Has dicho que no te gusta la ambigüedad, ¿no? Pues no sé cómo llamar...

- ¿A quién?

- ¿A quién va a ser? A ti.

- Verás como terminas enfadándome.

- Hombre, no. Cálmate.

No fue ningún placer un viaje tan largo al ritmo de aquella expectación. Cuando le vi por fin en la estación casi me desmayo. Corrió hacia mí. ¿Cómo pude sentirme tan emocionado? Claro que un joven puede cambiar mucho en dos años. Pero no me imaginaba que tanto. No parecía el mismo. ¿Quién éramos exactamente? No era el momento de hablar claramente.

No podré olvidar esta noche. Cuando te quitan mucho, es que no pueden arrebatártelo todo.

No me dejes, no me dejes, no me dejes, no me dejes...

Evidentemente, cuando la noche se agita, Dios nos está amando.

- ¿Has logrado pegar ojo?

- Estoy entero, todo lo entero que puedo estar.

- ¿Qué estás pensando? -insiste.

- ¿Conoces Asturias? ¿Has visto las nevadas que caen en el invierno? Te propongo una cosa. Lo he pasado muy bien. Me gustaría verte con nosotros disfrutando de la nieve.

- Bueno, bueno... Pero ¿es eso lo que quieren también tus chicos?

- ¿Por qué no?

Muy intrigado, descubrí muy palpablemente que todo estaba hecho con exquisita habilidad.

No tengo nada que reprocharles. No tienen casi nada. En pocos días, mientras estaba en Italia, les ofrecieron lo que a mi me habían negado. No acaba de parecerme justa la manera; pero, en cierto modo, reaccionaría como los chicos. Son jóvenes. Les presentaron una oportunidad. Estoy seguro que pensaron en mí al aceptarlo.

Pero no siento nostalgia de lo que dejo atrás, ni me da pena porque no me separo de él. Aunque a estas alturas no me esperaba tener que preguntarme cómo se empieza de nuevo.

- ¿Qué demonios miran ésos? -pregunta, señalando a los jóvenes que cuchicheaban no lejos de nosotros.

- Venga, ¡no faltaría más! No me voy a preocupar de eso... Si ni siquiera puedo ponerme a pensar en los que no aparecen.

- ¿Por qué no?

- Porque me marchó.

- Pero ¿va de veras?

- Me voy.

- Sí es un capricho...

- Ya no hay nada que me retenga aquí.

- No sé qué decirte. Cuando ves que las cosas de Dios entran también en el juego, me lo pones muy difícil.

- Me lo figuraba. Tan poco tú te arriesgas a pensar. Creo que debería contarte a qué viene todo esto. He sido feliz contigo, eso sí. Pero bien sabes que en todo esto no hubo ni una sola cosa divina, ¿o sí?

- ¿Me lo preguntas a mí?

- ¿A quién si no?

- Pues haz caso al corazón. Pues está claro que nada alcanzamos, todo nos viene.

- ¿Sabes? No me ha venido del todo mal esta noche. Pienso que un día volverán los que hoy no he visto.

Afortunadamente se acerca el momento de irme hacia la estación. Para celebrar el acontecimiento se me ocurre una idea insospechada: invitarme a un café en el Dulce Vals. No esperaba encontrarme con La Agradable. Está ufana hoy esta vieja prostituta. Aparte de ella no veo a ningún conocido. Procuero no mirarla. Pero, ni corta ni perezosa, se dirige a mí con pasos quedos. A mí me gustara que no me hubiera visto. Pero no se lo puedo reprochar. Por lo pronto he sido yo el que no me lo he pensado al entrar en la primera cafetería que encontré abierta. Hago todo lo que puedo para no sentir nada.

- Pues estoy aquí -dice-. No pienses que te he olvidado, qué va.

- ¿Qué me tienes que decir tú?

- Oh, no seas pesado. Toma las cosas con calma. No vuelvas a las andadas.

- ¡Por favor...! ¿Qué te pasa ahora? ¿Quieres predicarme?

- Esta vez precisamente, no. Nunca lo hago, ni lo aguanto.

- Te lo agradeceré.

- Esto no impide que te diga algunas cosas. Por ejemplo: ya era hora de no verte por ahí hablando solo. Piensa lo que quieras, no soy quién para dar lecciones a nadie... No. Pero es una alegría verte así, más natural, ¿comprendes? Y esto que te digo lo hago sin el menor interés. ¿Por qué no te vas de una vez?

- Gracias, Agradable. No te preocupes.

También yo me pregunto por qué he de andar más de esta manera. Ella me mira como si yo no hubiera salido todavía de mi aislamiento. Es evidente

que, a la hora de tomar esta decisión, ya no deba recurrir a desenterrar y resucitar seres queridos.

- Entonces ¿cómo te llamas?

- Brindemos por esa pregunta. Es bueno sentirse uno mismo.

- No me has respondido, pero es lo mismo. Te veo realmente feliz hoy. Eso yo nunca lo pude conseguir.

- Yo tampoco sé cómo lo conseguí.

- Es seguro que has tenido mucha suerte.

- Sí, todo ha sido muy fácil. Como un sueño al despertar, como imágenes que uno no desprecia al despertar.

Es imposible que ella comprenda mis sensaciones. Yo me marché exultante a Asturias. Donde ya uno no se realizará en la búsqueda, sino en la contemplación amorosa, mirando la imagen espiritual de los seres queridos que guardaré siempre en mi interior.

- No lo comprendo -insiste-. ¿Y nadie te viene a despedir?

- No seas pesada. Ya todos se han adelantado.

- ¿Y las maletas?

- ¿Y qué más? Estoy acostumbrado a dejarlo todo cuando hago un largo viaje. No me gustaría hacer el ridículo de esa manera.

- ¡Oh, Dios Santo Todopoderoso!

Como si una ola de compasión inundara su pecho.

Me pregunto ahora por qué estoy recordando **Tallo de Hierro**. Helen no me diría estas cosas. Tampoco nadie, como Francis, hay aquí que quiera seguir el hilo de su vida hacia atrás.

- No digas eso, Agradable. He aprendido tarde que las grandes preguntas permanecen sin respuesta. La verdad es que para saber cosas, uno necesita ser enseñado; y para conocer el corazón humano, ser iniciado. Pero he tenido mucha suerte, ¿no lo ves? Alguien ya me ha señalado el sitio donde yo me pueda ir.